REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN

Invierno 2014 - VOL 1 - NÚM 4

FUTUROSCOPIAS

www.futuroscopias.com

EL SABEDOR Y LA SORGUIÑA

por José Luis Carrasco

y otros relatos por Daniel González y Fernando Cañadas Mora



Ilustración por Ricardo García Hernanz

FUTUROSCOPIAS

Revista de ciencia ficción



Contenidos para Vol. I, Núm. 4, Invierno 2014

Edición y maquetación: Ricardo García Hernanz.
Corrección y ayudante del editor: María Requena Castañol.
Ilustraciones: Vicente Balbastre, Marcos Hidalgo González y Ricardo García Hernanz.
Portada: Aitor Moreno Melcón.
Contraportada: Ricardo García Hernanz.
Diseño de la página web por rojo2 info@rojo2.com
Contacto: correo@futuroscopias.com, http://www.futuroscopias.com



EDITORIAL

Las distopías cotidianas

Amanece. Suena el despertador en tu *smartphone* e inmediatamente el sistema publica un mensaje en la red social de moda avisando de tu disponibilidad para interactuar. Tus hábitos son compartidos y se activan los mecanismos mercantiles asociados.

Una ducha rápida mientras escuchas música con tu sistema de *streaming* preferido. La aplicación te ofrece la música que cree que puede gustarte. No se lo has pedido, pero tus datos interesan a los ejecutivos de las grandes discográficas y ellos quieren darte la mejor oferta. Puede que hoy no compres ninguna canción, pero algún día pasarás de cliente potencial a cliente de facto.

Mientras tomas un café miras el periódico en internet y un cartel te avisa del uso de *cookies* en tu navegador. Nadie te avisa de los usos que van a dar a los datos recopilados durante la navegación.

Después de abrigarte dejas tu hogar y caminas hacia el suburbano. Bajas las escaleras y te encuentras con un cartel de protección de datos informando de cómo puedes ejercer tus derechos para ser eliminado de los archivos de datos. Nadie te informa del uso de esos datos que se puede llegar a realizar si no ejerces tus derechos. Es habitual ver imágenes de las cámaras del metro en los informativos y esperas no verte nunca en esa situación.

Sales a la calle y caminas hasta el edificio donde trabajas. En la entrada te registran los datos personales para el control de seguridad, también tienes un cartel que te informa de cómo ejercer tus derechos pero en ningún momento te informan de sus obligaciones a la hora de custodiar tu información. Esa información no se ofrece, hay que pelearla.

Vas a comer y usas tu tarjeta de crédito para pagar. El restaurante registra tus datos, la hora de la comida y el importe. Además el banco obtiene esos datos a través del datáfono. Son datos interesantes para explotar y nadie te dice qué están haciendo con ellos ni cómo ejercer tus derechos. No dudes de que esos datos son útiles al departamento de *marketing* del banco.

Al rellenar de combustible el depósito de tu coche un cartel te informa de que tus acciones están siendo grabadas para evitar que huyas sin pagar. Lo curioso es que todos los surtidores de combustible están en prepago, lo que quiere decir que sin un pago previo no te suministran combustible. Entonces... ¿por qué grabar a una persona mientras maneja una manguera de un surtidor?

Consultas tu buzón y descubres varios correos electrónicos de publicidad. Los marcamos como *spam* sin preguntarnos cómo ha llegado nuestra dirección a una lista de distribución. No le damos importancia.

Abres tu libro electrónico con conexión a internet gratuita por parte del proveedor. Desde que lo empezaste a usar comenzaste a recibir correos electrónicos con recomendaciones de lectura que encajan exactamente con lo que tienes en tu dispositivo.

Cuando ves una película en el último dispositivo de moda te avisan contra la piratería. Es irónico que esos mensajes solamente los vean los que han pagado de forma legal por el contenido multimedia. En los contenidos pirateados nunca aparece ese mensaje. Tu eres el objetivo comercial, no los piratas multimedia.

Todas estas acciones cotidianas han ido entrando en nuestra vida poco a poco, sin hacer ruido. Nuestra intimidad es un negocio que está siendo explotado en silencio y con nuestro consentimiento.

Vivimos una distopía consentida, cotidiana.

Alimentamos a un sistema que no busca nuestra felicidad ni nuestro bienestar. Busca el beneficio comercial y para ello nos convierte en engranajes del intercambio de información. Y nosotros entramos a formar parte del juego de forma voluntaria.

Cuando nos ofrecen algo gratuito deberíamos desconfiar, ya que en lo gratuito es tu información el pago que estás ofreciendo. Orwell y Huxley se habrían escandalizado al ver cómo hemos vendido nuestra intimidad por algo tan nimio como un falso ocio. Nos crean necesidades comerciales por las que somos capaces de pagar y que son utilizadas para obtener datos estadísticos con los que crearnos nuevas necesidades comerciales.

Nuestras libertades permanecen intactas hasta que se interponen en el camino de una necesidad de un poder mayor. Entonces se maquillan y se incluyen carteles para que podamos ejercer nuestros derechos. No se nos pregunta cuando usan nuestra información pero sí se nos invita a participar activamente en evitarlo a posteriori.

Cuando usan nuestros datos personales nadie nos pide permiso, pero, cuidado, el uso por parte de un particular de una marca comercial puede acarrear consecuencias legales. Es el pez grande contra el pez pequeño y en este mar tormentoso debemos aprender que la fuerza del cardumen puede parar los motores del barco más potente.

El individuo tiene tanta fuerza como el movimiento social al que pertenece. Las cartas de derechos humanos, los derechos laborales, el derecho a la intimidad y la privacidad son el escaparate con el que nos han vendido un sistema que no funciona, que juega con nuestra información y nuestra privacidad como moneda de cambio mientras nos sigue vendiendo la libertad como el fin último. ¿Libertad con qué objetivo? Con el objetivo de perpetuar la rueda de la macroeconomía y el reparto de beneficios.

El peligro no es la llegada de un gobierno o sociedad que cambie la vida de los ciudadanos. El peligro son estas distopías cotidianas, que admitimos a cambio de chucherías y que van calando poco a poco en la sociedad hasta que nos parece normal el renunciar a ciertas libertades.

El peligro no llega con una explosión, llega con un gemido.

El editor.

«El resto del espacioso lugar había sido conquistado por el grueso de la maquinaria que ya conocían de anteriores visitas; un grabador/reproductor digital de última generación, aún no disponible en el mercado, un servidor enorme, alto como un armario liso y negro y provisto de un rectángulo para la ventilación y dos botones oblongos, una máquina de lectura cerebral con una serie de electrodos y un transmisor inalámbrico del tamaño de un paquete de tabaco engarzados en una serie de varillas rígidas de plástico blanco, dobladas en forma de casco, todo ello sellado con el clásico logotipo de la compañía. La máquina desplegaba sobre un mueble propio dos pantallas planas, una con el esquema de un cerebro, con sus dos hemisferios separados por colores y todas sus terminaciones nerviosas extendidas como ramas de un árbol sobre la corteza, otra con un registro de patrones de ondas cerebrales, con la indicación de la actividad en hercios.»



EL SABEDOR Y LA SORGUIÑA

Por José Luis Carrasco

Ilustración de Vicente Balbastre

I. SABEDOR

–¿Quién escribió el poema que comienza: «*Lean out of the window/golden hair...*»?

–James Joyce.

–¿Cuál es la raíz cuadrada de 589,757?

–767,956378969535.

–¿En qué fecha nació el mariscal alemán Rommel?

–El 15 de noviembre de 1891.

–¿Qué estoy sosteniendo en mi mano dentro de mi bolsillo?

–No hay datos suficientes.

Una conmoción colectiva que desemboca en suspiro de alivio que deviene en pausa para recuperar el aliento. El presentador de televisión se dirigió al interlocutor, así como a la audiencia del programa, sin perder ni un segundo su sonrisa más profesional, a través de la cual destellaban los dientes más profesionales, unos ejemplares blanquísimos como no se habían visto en las pantallas.

–Por favor, les recordamos que los concursantes conocen cosas, no adivinan ni leen el pensamiento. En el caso del sabedor la diferencia es sutil, de acuerdo, pero ténganlo en cuenta. Por favor, respeten las reglas del concurso, de lo contrario serán penalizados en puntos. A ver, el siguiente, sí, ¿la chica de la camiseta de tirantes, quieres preguntarle algo? El sabedor te escucha.

Al ser llamada, la muchacha (caucásica en la veintena, pelo rubio de apariencia y tersura natural, blusa azul de marca con bordes gastados en el cuello, pendientes de plata redondos) se puso en pie, aceptó el micrófono, contempló al sabedor. Aun de pie (pantalones vaqueros nuevos, zapatillas de deporte, uno de los pares

con los cordones desatados), tuvo que mirar desde abajo la enorme mole de dos metros y diecisiete centímetros de altura, mano sobre mano, las mejillas como el rosa de la aurora, y reunió después fuerzas para mirar a sus enormes ojos como lámparas de tungsteno. El sabedor sintió la mirada de aquella persona. Aquello era real, pero también, y cuánto más interesante, las partículas y fibras de su propia camiseta, una prenda de la talla grande que aun así apenas escondía sus redondeces y que por sus bordes deshilachados y sus círculos rojos de lejía acusaba un uso excesivo, lo cual generó reflexiones rumiantes sobre la curiosa composición del agua en la ciudad que terminaba en las lavadoras de los hogares, en un fluir concéntrico que repicaba en los tambores, y así a vueltas con la esencia del agua, y su descomposición natural en hidrógeno y oxígeno.

En la tercera emisión de la segunda temporada de «Tú tienes talento», edición de noche, la mecánica de realización del programa había mejorado considerablemente y el público había comenzado a amoldarse al método de pensamiento del sabedor para formular las preguntas, o proposiciones, como él las llamaba, de la manera en que él las respondía. Les iba en juego una cantidad de hasta tres ceros, pues ellos participaban en el concurso, compitiendo por la pregunta más ingeniosa. Ya no se colaban individuos que buscaban trucos de magia o telepatía, ni filósofos de salón, chavales universitarios en su mayoría, bien peinados y acicalados, ropa de marca con un punto leve de desgaste que afincaba su estatus de bohemios y que insinuaban, con un deje rayano en la altanería, si el sabedor aceptaba o no la existencia de Dios. Tres chicos distintos lo preguntaron. Decepcionados quizá con la contestación primera, recibieron las mismas palabras los dos siguientes:

–La proposición no está bien formulada.

El primero de los universitarios se colocó las gafas subiendo el puente hasta lo alto de su nariz y trató de componer una frase distinta y más comprensible, pero fue inútil; cuanto más intentaba ser claro, más se perdía en cuestiones y condiciones trascendentales. Primero se perdió en un laberinto filosófico sobre su definición de Dios, luego se enfrascó en lo que entendía por existencia, para más tarde embarullarse sin remedio en las selvas de la religión, la espiritualidad y la vida eterna.

La regidora del programa perdió la paciencia y con una seña al presentador, dio paso a la publicidad. La misma pregunta se coló dos veces más en la emisión, pero para entonces el realizador estaba preparado: el espectáculo, que se preciaba de un riguroso directo, contaba para entonces con un retardo de cinco segundos, intervalo suficiente previsto para cortar cualquier intervención inapropiada. En la práctica, no se volvió a mencionar a Dios en «Tú tienes talento», y el sabedor no dejó pregunta sin su respuesta correcta, y la bolsa acumulada de los preguntadores de la audiencia, igual que la suya, creció y creció, y pasó de los cuatro ceros. Después de una temporada de capa caída, los concursos culturales y otros formatos por el estilo lograron encaramarse a los puestos superiores de audiencia y ocupar los mejores horarios en las parrillas de emisión. Pero ningún programa se igualaba a «Tú tienes talento», y ningún fenómeno o estrella invitada alcanzaba al sabedor.

Su conocimiento, desmesurado, ilimitado, impropio de un ser vivo racional, pasmaba a columnistas de prensa en las secciones de espectáculos y audiovisuales, se citaba en corrillos, cafés, conciertos, en las mismas Cortes Generales, neurocientíficos elucubraban en espacios de salud sus hipótesis de cómo un individuo había llegado a acumular tal cantidad de saber. Le reconocían y lo paraban por la calle, tirándole de la manga con ojos chispeantes. En los pasillos desde el camerino al plató, técnicos, maquilladoras, visitantes, le miraban respetuosos y en silencio. Deseaban algo de él, lo podía intuir por la forma reticente y tímida de abrirle la puerta o traerle una botella de agua. El silencio era su única respuesta a todo lo que no fuera una cuestión directa y llana. Todo lo demás, las conversaciones derivadas de conflictos etéreos, sentimientos y emociones, le producían picores en la nuca, desvíos y atascos capturados en una tos nerviosa sin solución, excepto los adioses y las gracias.

¿Cuál es el peso de una pelota de tenis reglamentaria? ¿Cuántos conos y bastones se encuentran en un ojo humano en buen estado de salud? ¿De qué se compone el material fotoquímico de una película de cine? ¿Qué distancia separa Júpiter y Alfa Centauri?

Los orígenes del sabedor habían despertado tanta fascinación para los espectadores como los procesos mentales que regulaban su memoria y sentidos. En su primera participación en el programa, el inquieto presentador quiso saber su edad, lugar de nacimiento y profesión. Palabrería vana y sin sentido. Las lucecitas colgadas del techo, a una docena de metros del suelo, brillaban para él, sí, tan intensas y cálidas. Ojos de vidrio y labios resecos, qué interesante, tanto como para olvidar beber un trago de su botella de agua. El presentador, que parecía acostumbrado a rápidas improvisaciones, se giró hacia su cámara, listo para anunciar al siguiente personaje. Le detuvo el mensaje de la pizarra de la regidora, que le indicó que se dirigiera a un caballero de entre la audiencia, un hombre entrado en kilos y en la cincuentena, de cara redonda cruzada por un encrespado bigote de plata. Vestía con zapatillas de deporte de marca y camiseta con manchas de grasa de un vetusto grupo de rock duro, y la imagen en su conjunto recordaba a la de un viejo lobo de mar que no se resiste a aceptar los años que tiene. Se definió como el tutor del magnífico sabio. El presentador insistió en las preguntas sobre el trasfondo del supuesto prodigio. El tutor, con inocencia pero también con un gran dominio de la situación y las cámaras, admitió que él tampoco sabía nada: su nombre, edad y oficio eran también un misterio para él. El presentador arqueó las cejas, intuyendo las posibilidades dramáticas de una conversación en apariencia no muy dinámica. Rogó que se pusiera de pie para que las cámaras compusieran un mejor plano y que explicara brevemente cómo se conocieron.

El tutor miró a su alrededor y se aclaró la voz:

–Verán ustedes, yo trabajo desde casa. Soy redactor de gastronomía en revistas y espacios radiofónicos. Me siento en mi despacho, lejos de la luz directa del sol, con mi portátil y un café. Siempre escribo con tapones para los oídos, el teléfono desconectado y la televisión encendida pero sin sonido. Vivo, o más bien vivía, solo, por lo que ningún ruido se me escapa. Una mañana escuché un follón de platos rotos al otro lado de la pared. Salí disparado, y en el descansillo vi la puerta de mi vecino abierta de par en par. Nunca he mantenido contacto con nadie en el bloque. Llamé con los nudillos. Nadie apareció, así que me colé. El piso olía a cerrado. El parqué estaba cubierto de vajilla sucia, latas de comida en conserva y todo tipo de porquería. Avancé con cuidado de no pringarme. La suciedad era ingobernable. Comprobé varias habitaciones, todas vacías, hasta llegar a un dormitorio en oscuridad total y silencio, salvo una respiración pesada. Abrí la puerta y la luz del pasillo lo iluminó. Un hombretón lampiño se rascaba el brazo con la vista fija en un cuadro con un retrato de la Virgen y el Niño Jesús. Por más que intenté hablar con él no logré que reaccionara. No encontré rastro de que alguien hubiera abandonado la vivienda, pero tampoco me apetecía husmear. Como me pareció que se hallaba en estado de shock, me lo llevé a casa a darle algo de comer. Nunca nadie reclamó su custodia, y en la policía no me hicieron caso. Indagué en colegios, centros de educación especial, en el censo de población del Instituto Nacional de Estadística... como quien trata de hablar con un sordo. Me resigné a la idea de que este muchacho no existe, y a ignorarlo todo de él. Un día se puso a enumerar información de manera aleatoria. Datos precisos sobre cualquier objeto o tema. Miraba un aparato electrónico y desgranaba su historia, componentes y funcionamiento. Tomaba un libro en sus manos y recitaba la biografía del autor de memoria. No necesitaba más que una hora de sueño diario. El resto del tiempo lo dedicaba a leer cualquier texto que se le pasara por delante. Lo di por una buena señal. Desde entonces vive conmigo. Alguien del trabajo me propuso llevarlo al programa y usar el dinero para cuidarlo como se merece.

La explicación había durado una eternidad para los ritmos apresurados de un programa de televisión, y, sin embargo, ni el realizador, ni la regidora, ni los cámaras, ni mucho menos el presentador apartaron los ojos del tutor,

zambullidos en el relato. Uno había mantenido la autoridad de su dedo índice en alto, dispuesto a ordenar el cambio de plano y a agilizar el programa, otra se aferraba a su pizarra con una mano mientras con la otra presionaba el intercomunicador contra su oreja, a la espera de las órdenes del control, al igual que los demás, congelados frente al tutor, y, finalmente, al presentador, que solo asentía, su sonrisa ya borrada, y cuando el tutor finalizó su relato, el concurso parecía un difuso recuerdo de vacaciones para él, y solo preguntó:

–Entonces... ¿nadie se acercó a tu puerta a dar señales? ¿No tiene ni un amigo?

II. SABEDOR

–Hombre, el rey Arturo y doña Ginebra, puntuales como siempre. Adelante, no os cortéis. Estáis en vuestra casa.

No le gustaba el ascensor, demasiado tiempo confinado en un lugar estrecho y frío para su gusto. Prefirió los rayos cálidos que le llegaron al entrar en aquella sala enorme y diáfana, con cristaleras del techo al suelo en lugar de paredes, tres isletas divididas para cuatro puestos con ordenador personal, mesa y silla cada una. Tras los cristales, la vista inmensa, copando el horizonte entero, de un parque industrial rocoso y cuadrado de las afueras de la ciudad. El joven en traje y corbata que los recibió lucía un peinado que se remataba en un estrecho tupé, esculpido finamente con un fijador que marcaba su pelo en luminosas hebras. Llevaba un café recién hecho en un vaso de plástico en la mano izquierda, cuyas ondulaciones aromáticas flotaron en espirales hasta su nariz y la del tutor. Con gran firmeza los dos hombres chocaron las manos, para luego palmear con afecto el hombro del sabedor. Este miró la mano que entraba en contacto con él y, a falta de mejor respuesta, tironeó mecánicamente de la fina tela azul que colgaba de su cuello, en cuyo extremo se balanceaba, igual que en la del tutor, una tarjeta de visita, cuya banda magnética les había abierto las puertas automáticas del primer piso. En paralelo, a los lados de mayor longitud de la tarjeta, se inscribían las siglas «IBM».

IBM (acrónimo de International Business Machines), empresa de investigación e ingeniería fundada el 16 de junio de 1911 por Charles R. Flint y Thomas J. Watson. Un millón de empleados y 30 billones de dólares de beneficios el presente año. Actual presidenta...

Atravesaron dos pasillos de puertas cerradas; al final del segundo, una estaba abierta.

–Qué moreno está nuestro pequeño campeón. ¿No te habrás olvidado de la crema solar con las radiaciones que hay ahí fuera?

–Factor máximo, Xabel, y ni por esas se libra del rojo en las mejillas y orejas. Tiene la piel suave como la de un bebé. Basta un rayo de sol para que cambie de tono.

Alguien tendió al tutor otro café, caliente y ácido y en un vaso como el de Xabel, y entraron en la sala numerada como 113. Una mesa pequeña se estrujaba en el centro en busca de un poco de espacio confortable para los operarios. El resto del espacioso lugar había sido conquistado por el grueso de la maquinaria que ya conocían de anteriores visitas; un grabador/reproductor digital de última generación, aún no disponible en el mercado, un servidor enorme, alto como un armario liso y negro y provisto de un rectángulo para la ventilación y dos botones oblongos, una máquina de lectura cerebral con una serie de electrodos y un transmisor inalámbrico del tamaño de un paquete de tabaco engarzados en una serie de varillas rígidas de plástico blanco, dobladas en forma de casco, todo ello sellado con el clásico logotipo de la compañía. La máquina desplegaba sobre un mueble propio dos pantallas planas, una con el esquema de un cerebro, con sus dos hemisferios separados por colores y todas sus terminaciones nerviosas extendidas como ramas de un árbol sobre la corteza, otra con un registro de patrones de ondas cerebrales, con la indicación de la actividad en hercios. Otros tres ingenieros trabajaban en la pequeña estancia, tomando notas y comprobando el correcto funcionamiento de cada

máquina. Xabel se abrió paso entre los muebles y empujó una cómoda silla con respaldo de tela hasta el sabedor.

–Buenas noticias; esta es la última sesión. Se acabó coger el autobús hasta el fin del mundo.

–No es que me importe, pero dijiste eso hace tres semanas.

–¿Quién puede resistirse a las tentaciones? Hemos registrado y analizado medio centenar de personas de altas capacidades, aquí y en las oficinas de otros cinco países que participan en el proyecto. Lo de tu chico es lo nunca visto. Sus ondas cerebrales se salen del gráfico. Nuestros ingenieros se han vuelto locos de felicidad con él, y yo os deberé pronto una cena, porque ya me hacen la pelota con ascensos por los avances en el proyecto. No podía negarme a aprovecharme un poco más de vuestro valioso tiempo. No sufras; ya tenemos casi todo lo que queremos saber en nuestro bonito disco duro de mil hekatobytes. Si no nos pasamos de los plazos, el próximo otoño, la Sorguiña saldrá a la luz.

Aquel término –¿quizá de origen vascuence?– se coló en la percepción del sabedor como un amante indiscreto, y hasta logró retraerle una centésima de segundo de sus otras ocupadas evasiones, las cuales hicieron un hueco suficiente en su cabeza. El tutor también demostró interés por la palabra.

–Nunca te había oído llamarla así.

–Ya sabes que la referencia oficial de la iniciativa es una serie alfanumérica, aburrida y larga de pronunciar, así que nuestro equipo la bautizó primero. Tenemos un historiador en el departamento, y en una cena salió el tema de la mitología. Reconozco que llevábamos unos margaritas de más, y no sé quién dijo que lo que íbamos a lograr era prácticamente magia. Nuestro compañero sacó un libro de su bolsa y nos habló de las sorguiñas, las brujas del País Vasco o, más bien, las sacerdotisas y matronas, herederas de los rituales celtas. Sonaba como un apodo fantástico para la inteligencia artificial que estamos incubando entre todos y se quedó como término extraoficial para referirnos a ella. Y entre tú y yo, me encanta usar una palabra que a los ingleses les traba la lengua. ¿Nos ponemos en marcha, caballeros?

El sabedor tomó asiento. El casco de varillas con electrodos se posaba ya en su formidable cabeza, dividiendo en secciones el pasto rubio de su cabello con un frío pellizco. En la pantalla, las cuatro ondas, de cuatro colores distintos, clasificadas por sus nombres: beta, alfa, theta y delta. Alerta, relajado, creación y sueño moderado y profundo, enumeró para sí. Xabel abrió varias ventanas que blanquearon sobre el fondo neutro de la pantalla de su ordenador, pulsó un botón de registro de nueva actividad y un piloto rojo parpadeó en el transmisor sobre su cráneo. El mapa del cerebro mostró en su esquina inferior izquierda el escueto nombre del paciente en letras blancas sobre fondo negro: «sabedor». Él leyó la pantalla y reconoció la palabra como de su propiedad.

La repitió varias veces, del derecho y del revés, de una sola vez, luego por sílabas y al final letra a letra. Luego analizó cada letra y mientras Xabel realizaba los primeros ajustes, se retrajo a los orígenes de cada una de ellas en el idioma castellano, prosiguiendo después en latín e indoeuropeo. Una mano le rozó con delicadeza. Era Xabel. Se había dado cuenta de que cavilaba sobre algo.

–¿Estás pensando ya, amigo? ¿Con qué prefieres empezar hoy, superhéroes o prensa deportiva?

Dos publicaciones se tendieron frente a él, una pequeña y colorida, impresa en papel satinado, encuadernación de grapa, cuarenta y ocho páginas, la otra en formato tabloide, doblada en dos y con fecha del mismo día. En la primera, las imágenes de héroes en vistosos trajes en una gran batalla de proporciones cósmicas prometían intereses visuales. El sabedor señaló el cómic, dejó que su barbilla aterrizara entre sus pulgares y las ondas alfa bulleron de actividad como un cazo lleno de leche en una vitrocerámica a fuego rápido. Una vez que se aseguró de que tomaba el cómic en sus manos y pasaba sus páginas con atención, Xabel se colocó frente al ordenador para supervisar la grabación. El progreso de las curvas era un caos; picos y valles irregulares saltaban arriba y abajo, se detenían un instante, casi a punto muerto, se encrespaban de manera violenta al siguiente, y su forma

resultante carecía de orden o patrón lógico. El gráfico del cerebro ardía de actividad en el lóbulo frontal con manchas de rojo profundo que palpitaban con espasmos arrítmicos.

La historia era digna de un repaso detenido. Explosiones a gran escala en cada viñeta, conversaciones en frases que saltaban de las minúsculas a las mayúsculas y siluetas musculosas que batallaban por doquier para sus ojos, capaces de acrobacias sin par, en un desfile mayestático de hombres, criaturas antropomórficas y un surtido fabuloso de robótica animada y autoconsciente. Atendió a cada elemento como si fueran seres vivos, repitiendo con los labios, pero sin hablar, sus líneas de diálogo, las onomatopeyas, y observando muy cuidadoso la composición de cada página antes de saltar a la siguiente. Los colores y el entintado eran atractivos y el tacto resultaba agradable. Pese a lo barroco de la narración, la ligereza del soporte era como la de un sueño. Se felicitó por escogerlo en lugar del periódico, que se veía más rugoso e impreso en una tinta de peor calidad que sin duda mancharía sus blancos dedos y le obligaría a mirar al tutor hasta que le permitiera escapar al baño a lavarse, y cuya franca monotonía tipográfica le hubiera aburrido sin límite.

Al terminarlo, depositó el ejemplar con cuidado en la mesa de madera frente a él. Al mismo tiempo, las ondas se relajaban y estabilizaban, pero solo un momento, pues tan pronto Xabel lo recogió y lo guardó en una carpeta de cartulina azul, el sabedor enfocó allí su atención y las ondas reanudaron con pasión su enloquecida escalada y los bruscos descensos, y pronto la negra pantalla se llenó de un violento maremoto de rayas verdes. Xabel sonrió y sacó de debajo de la mesa una mochila de montaña negra.

–Relájate, chico, no te hagas daño, que todavía vamos por el primero.

Un rápido silbido de cremallera, la mochila se abrió y de dentro apareció un busto de Beethoven. Era una copia barata, esculpida en escayola, de la imagen más característica del compositor, con su pelo rabioso y sus ojos de tormenta famélica, tan sensibles como enérgicos. Antes de colocarlo en la mesa frente al sabedor, los dos monitores ya burbujeaban a toda velocidad, como siempre en una danza de puro miasma, sin orden ni armonía.

Ludwig van Beethoven, nacido el 16 de diciembre de 1770 en Bonn, fallecido en Viena el 26 de marzo de 1827. Compositor de treinta y dos sonatas para piano, dieciséis cuartetos de cuerda, siete tríos, diez sonatas para violín y piano, nueve sinfonías…

Clasicismo: período musical comprendido entre mediados del siglo XVII *y principios del* XVIII*…*

Música: arte basado en la combinatoria de sonidos y ritmo…

Arte: …

Cruzado de brazos y a una prudente distancia, el ingeniero llamado Xabel repartía su atención entre el tutor y él.

Un aviso apareció en la pantalla del monitor de grabación, Xabel hizo clic y todos los procesos se detuvieron. El aviso se convirtió en mensaje: sesión finalizada. Uno de los informáticos abandonó la sala, el resto se dedicó a recoger el equipo, el busto, el cómic y el periódico. A él no le apetecía levantarse, entretenido como estaba con el interesante tacto de la silla de respaldo azul. Respaldo azul de sala de cine y teatro, de tardes de oscuridad, gominolas y refrescos, de no saber dónde se encuentra uno, salvo que ahí, si se abre bien el oído, ahí están papá y mamá, pendientes de la pantalla, pero si uno se remueve en la butaca, muy pronto llega la mano de mamá a sostener la tuya, como los niños normales.

Medido el lapso entre sensaciones, la presente y la pasada, las comparó en cuanto a la tersura de su superficie, la calidad del aire (curiosamente similares ambos; fríos y secos, por exceso de aire acondicionado, le provocaban la tos, seguramente por exceso de ácaros en el ambiente) y su propia condición, pues su mano ya no era tan suave como antes y sus yemas encallecidas registraban con menos precisión cada dato disponible. Rememoró las películas y obras, sus actores, directores, sus planteamientos y desenlaces, el olor de las palomitas en sus envases de cartón y las críticas de cada una publicadas en la prensa. Cada pequeño detalle fue recogido, repasado, analiza-

do y puesto a punto para que no cayera en el olvido y al fin, almacenado nuevamente en su lugar correspondiente, listo para usos futuros.

Los hombres de la sala captaron que algo rumiaba y, gentiles, se ocuparon de recoger los elementos de la sesión sin interrumpirle. Pasados unos minutos, los objetos, tanto reales como abstractos, tanto puramente materiales como animados de la sala perdieron su interés potencial. A veces era difícil calcular cuándo aminoraría el volumen de información, y si este sería copioso, interminable, como un géiser, o tan simple como una línea recta dibujada con rotulador sobre un papel en blanco. Xabel y el tutor se portaban siempre de manera amable, ya necesitara unos cuantos segundos para volver o si el tiempo se alargaba un poco más.

¿Cómo terminaba la sesión? Sin cambios en ese sentido, como las otras; un helado bien frío de limón, de los de hielo, no de esos cremosos que se descongelan rápido y dejan manchas en ropa y manos. El tutor chocó las manos de Xabel y del resto de ingenieros, que también, como de costumbre, lucían sonrisas luminosas. El sabedor terminó su helado en tres mordiscos y extendió el envoltorio, señal que todos interpretaron como que estaba listo para marchar. Los que estaban sentados se pusieron de pie y Xabel abrió la puerta para acompañarles, a través de pasillos iluminados por luces de tungsteno y puertas automáticas de metal, hasta el ascensor que los devolvería a la calle. Mientras caminaban, el tutor se rascó la mal afeitada perilla con curiosidad.

–¿Sabes? Siempre me dio corte preguntarlo, pero con todos los viajes que hemos tenido que hacer a que este pobre chico mire objetos que has comprado en tiendas de todo a cien, hay algo que me gustaría...

Xabel extendió sus brazos y manos, como queriendo decir que no guardaba ases en sus mangas.

–¿En qué te puedo ayudar?

–¿Qué vais a hacer cuando la Sorguiña esté acabada?

–Buena pregunta. Al contrario que en experiencias anteriores, no vamos a ponerla a jugar a las damas con un famoso ni a resolver crucigramas. Puedes estar tranquilo, que la Sorguiña, o como rayos la llamen mis jefes cuando la presentemos en sociedad, no va a perder el tiempo. Estamos en conversaciones con la policía para que ayude en la resolución de casos delictivos. ¿Mola o no mola?

–Me dejas impresionado.

–Ahora es cuando me emociono hablando de ella. Verás. Esta IA va a ser autónoma, se autorregulará, aprenderá de la experiencia, basándose en constataciones empíricas. En este sentido trabajará con el modelo de razonamiento humano, pero también formará un sistema experto, sin sus limitaciones habituales. Es decir, manejará su base de datos de forma heurística, pero con los fundamentos del sentido común y la lógica, con la capacidad crítica para discernir las cuestiones importantes de las secundarias y los errores de los aciertos. Por tanto, la Sorguiña aprenderá de sus errores. Y solo nos ha supuesto dos años de trabajo, doce horas al día. Venga, dime otra vez lo impresionado que estás.

El tutor lo reconoció, y después se dijeron adiós. El sol de julio, tan duro, los persiguió hasta que se cobijaron en la marquesina del autobús que los llevaría a casa. Tarde de verano en el polígono industrial. El sabedor miró las leves ondulaciones del pavimento candente frente a él y su cerebro jugó con los compuestos de su materia y su aplicación en las obras humanas, y los pensamientos volaron, se alzaron y cayeron sin red, como mariposas efímeras e invisibles.

III. SABEDOR

Siempre había gran cantidad de trabajo, sostenido en altas pilas blancas de papeles cada superficie del piso, o bien en amarillos arcos sobre su cabeza, las de las notas variopintas pegadas por las paredes, como una hiedra de quita y pon que escalaba desde los interruptores de la luz hasta el vano de cada puerta. Salvo un día. Una vez a la semana, más concretamente los domingos, el tutor abandonaba su actividad rutinaria y dejaba que los acontecimientos llegaran a su propio ritmo.

Su uso del tiempo, económico y racional, cambiaba por la despreocupación radiante al apartar la silla de oficina, apagar el ordenador y ocuparse sin prisa en preparar un desayuno de puro lujo. La casa se llenaba con el olor de las tostadas con jamón y tomate y con el ruido del exprimidor para llenar dos vasos de zumo de naranja natural con mucho azúcar. Luego, una vez dispuesta toda la comida sobre la mesa, escogía un disco de entre su vasta colección de música clásica y lo hacía sonar a todo volumen. A veces, al comenzar un aria de especial intensidad o un movimiento brioso de una sinfonía, el tutor se ponía en pie para dirigir la orquesta con las manos y, en esos instantes, cerraba los ojos y se agitaba con energía y con gracia, y el pelo revuelto en su flequillo saltaba arriba y abajo. Cada golpe de brazo y muñeca, una inflexión en el tempo, una esquina en el camino de la pieza. El rubor colmaba sus mejillas de pura alegría. No parecía tener conocimientos superiores musicales como para conducir una orquesta real, pero su entusiasmo era sin duda verdadero. Luego, al terminar la pieza que tanto le gustaba, volvía a sentarse, exultante, y continuaba el desayuno, y en alguna ocasión aún se escapaban sus manos, como queriendo volver a ese instante de concentración y felicidad.

El sabedor sabía muchas cosas, por ejemplo, que entre los discos del tutor había otra numerosa colección de heavy metal, pero nunca los hacía sonar. Por muchas camisetas de aquellos grupos que llevara, siempre se decidía por la clásica. Algo o alguien había influido en el tutor de tal manera que aquella música dejara de oírse el resto de su vida. Ese era el único reducto misterioso de aquella persona.

A diferencia del resto de la semana, limpiar y recoger no era la prioridad, y el sabedor podía permanecer en cualquier habitación de la casa sin preocuparse de que el suelo estuviera fregado o asomara una inoportuna escoba o, peor aún, el monstruo aullador cuellilargo que aspiraba las pelusas, justo bajo sus pies. La paz reinaba en la casa. La mayor parte de los domingos, el tutor se tumbaba en el sofá a leer el periódico en la tableta con un cuenco de frutos secos al alcance de la mano. El sabedor prefería un asiento de una sola plaza, no muy lejos, y venga a mirar las paredes, observar un objeto de interés por su forma, composición, la posible motivación por la que se colocó en tal o cual lugar o la larga cadena de acontecimientos históricos recorrida por el ser humano para que, con el paso de los siglos, ese objeto concreto hubiera evolucionado desde una versión primitiva hasta la más sofisticada que ahora veía sobre una mesa o colgado de una pared. El juego era muy divertido y no tenía principio ni fin; uno podía deambular por la historia, adelante y atrás, como en un vídeo, de manera lineal o a zancadas, a lo largo de infinitos procesos de causa y efecto, de relación, oposición y parentesco, de prueba y error y de mil pasos en falso. Así disfrutaba del suave transcurso del día, vestido con ropa cómoda o directamente en pijama y con una bolsa de algo rico siempre disponible. La sensación de algo crujiente cascar entre sus muelas, un efecto salado que dejaba una lámina de sabor en el paladar, hermanada al vaivén perezoso del domingo, reinaban en sus sentidos.

Aquella vez el tutor acabó pronto el periódico y deambuló por la casa indeciso hasta que se acercó a la estantería principal del pequeño salón. Extrajo la carpeta de cartulina azul en la que almacenaba la documentación referente al sabedor y la repasó con aire distraído. En ella, además de otros papeles y recortes, se encontraba el contrato firmado con IBM por el que se comprometían a una serie de sesiones de análisis cerebral como parte de la creación de la base de datos y la mejora de los procesos lógicos de una inteligencia artificial en desarrollo. Las cláusulas, escritas en letra minúscula, se prolongaban a lo largo de una veintena de páginas, todas ellas firmadas por el tutor como su representante.

El tutor ojeó los papeles, para luego devolverlos a su sitio, pulcramente ordenados y cuadrados. Apartó la carpeta y sirvió algo más de leche en los dos boles de cereales que había entre ambos. Unos cuantos objetos sobre la mesa formaban una suerte de ciudad en miniatura; castillos sin foso, lagos de cerámica, gigantescos útiles de labranza, campos de tela, a través de los cuales, pese a que obstaculizaban la visión de un horizonte completo, sí era posible trazar una línea continua de un extre-

mo a otro. Al final de su opuesto, escudriñaban los ojos del tutor.

El sabedor le dedicó su atención, seguro de que iba a hablarle, aunque la cuestión de si era o no importante no pasó más que en las afueras de su consciencia. Pero era cierto. Iba a tratarse de algo importante. El tutor siempre se ensimismaba en sus nudillos, como si quisiera comprobar que seguían ahí, cumpliendo su función en el engranaje de su mano, cuando su conversación iba en serio.

–Mira, sé que tienes familia. Todos la tenemos. Antes o después alguien preguntará por ti. El Estado o... quien sea. Solo quiero que sepas que estoy contigo, ¿vale? Si llama una persona que esté en su derecho de cuidarte, y yo no encuentro motivos para sospechar, no debo negarme a que vayas con ella. Pero mientras tanto puedes contar conmigo siempre. Yo no soy muy listo. No tanto como tú. He hecho tantas tonterías, no puedes hacerte una idea. Creo que por eso estoy solo. De niño era tímido y retraído. Odiaba el deporte y mis compañeros me humillaban a diario. Desde entonces he cerrado mi mundo. Pocos amigos, pocas aficiones. Pero algo sí sé. Sé que puedo protegerte. Nadie te maltratará mientras yo ande por aquí. Porque soy tu amigo, y los amigos están para eso. ¿Me comprendes?

A una conversación conocida el sabedor tenía también siempre una respuesta preparada. Y como cada vez que se requería que los sentimientos entraran en juego, el sabedor arrugaba un poco el centro exacto entre sus dos aniñadas y finas cejas y repetía alguna de las últimas palabras utilizadas por su interlocutor.

–Están para eso.

–Exacto. Si fueran tus padres, bien, por mí estupendo. Los padres quieren a sus hijos, no importa lo que pase. Pero para que un abogado nos separe hará falta sangre, un arma puntiaguda y mucha agua caliente. No tengo mucho dinero, esa es la verdad. Pero si es preciso venderé mi vieja colección de libros de recetas del siglo diecinueve para mantenernos. Somos hermanos, tío. Hermanos. La vida es mejor, ahora tengo una familia. Y si alguna vez yo faltara, debes saber que cada mes ingreso una cantidad en una cuenta bancaria solo para ti. En ella también encontrarás el dinero que ganes en el concurso. Es todo tuyo para lo que necesites. Yo no quiero un céntimo. El número está sujeto por un imán en la nevera. Es muy fácil de encontrar. El que tiene forma de tiburón, ese que te gusta. En la sucursal de abajo tienen órdenes de darte lo que haga falta si enseñas ese número. Ahora venga, vístete. Vamos a dar un paseo y a comprar un pollo asado y una bolsa de patatas.

–Patatas.

–¿Te gustan, eh? A mí también. Venga, ponte las zapatillas y salimos ya.

IV. SABEDOR

Bajo una parrilla de luces halógenas (temperatura de color de 3.200 grados Kelvin, potencia media, 1.000 vatios), el sabedor se sentaba en su silla de siempre, colocada en su rincón especial. Lo rodeaba un biombo de color ámbar, dispuesto para aislarlo en el escenario, formando una isla pentagonal en la que se reducía su rango de visión a una tercera parte, lo justo para que tres cámaras colocadas en sus trípodes lo enfocaran a él y al presentador. Este conducía al público y a los concursantes desde su tribuna, con un brillo eléctrico en las puntas de sus dedos, en sus ojos. El ánimo conquistador del caballero no conocía límites y se transmitía a los espectadores, los presentes en el plató y los que seguían el programa desde sus casas, además de a los concursantes y estrellas invitadas. Aquella tarde el concurso cabalgaba con pulso y ritmo firme.

Las próximas fases prometían buenos resultados para el sabedor, que había superado sin dificultades las rondas rápidas, las cuestiones de especialista, la muerte súbita y el paso a ciegas por el laberinto de los adivinos vendados. En ninguna de las pruebas necesitó más de unos segundos para pensar las respuestas correctas, y cada vez que finalizaba una de ellas, siempre a cientos de puntos de distancia de sus competidores, los letreros que indicaban el dinero conseguido refulgían con luces como de Navidad, los picos de audiencia

despuntaban como cohetes y ninguna otra cadena lograba siquiera acercarse. La fiebre de los concursos de sabios continuaba al alza, gozando de buena salud.

Trompetas con sordina, embozadas en una sábana electrónica. La fanfarria pregrabada dio paso a la última sección del día. El sabedor estaba solo. Los demás jugadores habían sido descalificados en la prueba anterior. Habían vuelto de publicidad, momento en el que habían aprovechado para beber agua o refrescos, repasar la estructura y encuadres y comprobar que el tiempo era suficiente para terminar el programa sin prisas y a la hora obligada. La cámara cabeza caliente voló en su grúa sobre las cabezas de todos y escribió una zeta en el aire, como si el realizador hubiera querido estampar su rúbrica en las imágenes.

El sabedor vio al tutor en su asiento, situado en la primera fila de la audiencia, apenas a un palmo de la regidora y el resto del equipo de grabación. El presentador le tendió una caja forrada en una tela de vivos colores y estampada en sugestivas espirales que en un punto de su curva se torcían por el lugar equivocado para formar nuevas figuras que a veces semejaban interrogantes, y que estaba abierta por el lado superior.

–Señoras y señores, caballeros y damas, comienza la última prueba de «Tú tienes talento». Siempre me emociona especialmente este espacio porque es el que llamamos «Elige tu destino», y eso es lo que nuestro veterano afronta ahora mismo, porque él mismo extraerá de la caja el tema sobre el cual va a ser preguntado por nuestra audiencia, aquí presente, o por ustedes desde sus casas, si quieren jugar con nosotros y llamar por teléfono.

El presentador puso la caja bajo la nariz del sabedor y disparó una sonrisa encantadora.

–Ahora me gustaría que revolvieras bien todos los papeles que hay en la caja. Bueno, ya sabes cómo funciona, de hecho apostaría a que lo describirías mejor que yo. En cuanto a ustedes, ya pueden ir preparando sus conocimientos, porque el reloj de arena solo concede treinta segundos para pensar una pregunta, y si no encuentran una lo bastante difícil, nuestro amigo multiplicará por dos la cantidad que lleva ganada. ¿Puedes mostrar a cámara lo que has sacado, por favor?

«Literatura». Eso rezaba el papel entre los dedos del sabedor, y el presentador no perdió el tiempo. Al contrario, el dato principal le impulsó aún más, y en dos brincos se situó en la escalera metálica que dividía en dos los asientos de los espectadores, en busca de un voluntario que ya tuviera su pregunta preparada. Una mano se alzó por las filas superiores, y hasta allá corrió una bella azafata para tenderle un micrófono inalámbrico. Quien lo recogió era una mujer oriental en la cincuentena, con gafas gruesas y un jersey rojo igual de grueso. Él supuso que aquel punto estático, de vivos colores, le estaba mirando ahí arriba, en lo más alto del enorme estudio, aunque no podía precisarlo.

Cerró los ojos para aislarse aún más en su célebre cubículo. Notó su piel, tostada por los focos, y el extraño intruso delgado que se le metía por debajo de la camiseta, por la cintura, hasta asomar por su cuello su cabeza de micrófono. Se zambulló en el saco sin fondo, oscuro y negro, de donde cada historia y el eslabón que la juntaba con la siguiente provenía, y donde habitaban sus pensamientos, que nunca criticaban, solo veían la procesión pasar, como si una barahúnda de informaciones, anécdotas, datos, títulos, autores, navegaran por un mismo canal, demasiado estrecho para todos. El público no respiraba. Conocían bien el funcionamiento del concurso. Una sola pregunta, un minuto para meditar, en directo y al son de una misteriosa música que emanaba de las alturas como caída de un severo cielo juzgador, aislado de todos por el biombo de color ámbar, que cerrarían alrededor de él dos azafatas, para quedar en compañía tan solo de las cámaras que lo grabarían por orificios a través de las paredes. Luego sonaría la alarma, se abrirían las hojas del biombo y llegaría su respuesta y solo habría dos opciones: doble o nada. Ambas permitían repetir en la próxima emisión pero con una significativa diferencia monetaria. Todo ello en menos de un minuto, que ya había comenzado, pues la mujer oriental formulaba su pregunta:

–El poeta Fray Luis de León dedicó sus versos de amor a una mujer llamada Nise. Esa

amante que le inspiró, ¿es ficticia o existió en la realidad?

La pregunta, demasiado rebuscada para el concurso, hizo que el presentador apretase en su mano las tarjetas en las que apuntaba la información de cada fase del programa. Los entresijos literarios de la cuestión sobrepasaban, a decir del sabedor, el nivel de dificultad del programa. En un acto reflejo que también le hizo mirar al cielo involuntariamente, el presentador cubrió con la mano por un instante la oreja en la que llevaba el comunicador. Órdenes del control de realización desde la sala contigua. Pasaron los segundos concedidos para el recorte del mezclador en caso de preguntas no pertinentes. La arena virtual del reloj dibujado en la pantalla del fondo caía, grano a grano, sin detenerse. La zona superior del cristal se vaciaba, la inferior quedaba llena de una montaña de finos píxeles color grosella. Un sonido de diapasón marcaba el tránsito por el fino cuello.

Nada se movía, ni detrás de las cámaras ni dentro del biombo. El público se agarraba a las sillas. El luminoso fosforescente recordaba con luces amarillas la inmensa cantidad de dinero en juego. La regidora se mordía las uñas. El sabedor dirigió la vista a las luces hasta que estas formaron un baile de caleidoscopio en sus pupilas. Abrió los labios para emitir la primera palabra. El presentador se colocó en vanguardia, a sus pies, como si fuera a recogerla con las manos. El tiempo había pasado.

–Sí y no. Ambas respuestas son válidas.

Un sonoro respingo de asombro alanceó al público entero. La regidora, que se encontraba de rodillas con la pizarra sobre el regazo, se incorporó de súbito. El sonido, filtrado a través del audífono, transmitió un golpe sobre una mesa metálica que el sabedor captó, y también un grito ronco perteneciente, intuyó, al realizador:

–¡Cómo que ambas son válidas! ¿Es que no conoce las reglas? Señores, pausa de cinco minutos para que escoja y terminamos.

Las órdenes se transmitieron puntuales, pero el sabedor no era fácil de convencer e hizo oídos sordos a cualquiera del equipo que se acercara a suplicarle. Todo resultó inútil. Hubiera sido más sencillo convencer al Sol de darse la vuelta en su ronda diaria y ocultarse en su escondite del Este. Tras dos tensos minutos de callejón sin salida, corrieron al tutor en busca de mejores soluciones. Este se disculpó, no podía hacer nada que él no quisiera. Cuando lo oyó desde su cabina, el realizador en persona se presentó en plató, tirándose de los pelos y de paso arrojando cada objeto que no estuviera fijado al suelo. Pataleó en tiempo récord y asustó a cada técnico que tuviera la desgracia de hallarse cerca de él. Luego se atusó los cabellos, inspiró largo y profundo y recuperó la serenidad para señalar a la regidora con su cigarro puro y con voz afrutada:

–Que nadie se mueva. Quiero cinco minutos más de anuncios. Utilizaremos una frase del archivo en la que dijera «correcto» o «falso». Si este chaval piensa reírse de nosotros está muy equivocado.

Se cumplió según sus instrucciones y el resto de la emisión sucedió de modo totalmente amañado, aunque esto no lo supieron los espectadores. Incluso el público ignoró la artimaña del realizador, pues las consultas con el sabedor se habían realizado a micrófono cerrado y se divulgó una versión dulcificada del debate, a saber, que este, cavilando con sosiego, renegaba de su primera postura y escogía una de las dos opciones. El minutador del equipo técnico encontró en la base de datos las imágenes necesarias para que se editara una pieza de pocos segundos, apenas un plano del sabedor, otro del presentador y uno más de aplausos del público. Finiquitado el dilema, la dirección del programa falló que el concursante había actuado en contra del reglamento, que obligaba siempre a responder de manera clara e inequívoca. Los productores del programa comprendían lo rebuscado de la pregunta, pero una vez emitida, y con un nuevo pico de audiencia superado, aquello era lo de menos. Optaron por dar por justa la sentencia y terminar la etapa del sabedor en el concurso. El presentador, grave frente a las cámaras, en un gesto de tristeza que nunca, nunca, nadie recordaba haber visto, confirmó en directo que acababa de perder la partida.

Esa tarde, el tutor y el sabedor regresaron a casa con un cheque de consolación que les habían entregado en los camerinos,

en un sobre en blanco y a solas con el productor.

No hablaron en el viaje de vuelta. Vieron trenzarse líneas difusas de blanco y gris, fundidas entre el negro del túnel, en el vagón del metro. Líneas de cables, objetos borrosos al pasar. Cada vez más desdibujados, más neutros, al estamparse en sus retinas como un lienzo plano contra la pared del túnel, merced a la velocidad creciente hasta solo ser un tejido de rayas. Y luego cese el impulso, aminore el tren a su ingreso en la estación siguiente, y regrese el mundo iluminado y definido una vez más. Era una cosa u otra, saber o ignorar. Ahora había escogido ambas, y no recordaba haberlo hecho antes. Siempre había dos polos opuestos, y al apagar la luz y desconectar del trasiego de los otros, un aura majestuosa y natural lo coronaba. De alguna manera, ver el titileo en los dos parecía lo correcto.

Las consecuencias que de ello se derivarían, ¿qué color iban a mostrar, el gris de un borrón de lapicero mal limpiado o quizá algo más oscuro, más propio del túnel subterráneo yacente entre ambas opciones?

V. TUTOR

Por exigencias laborales (una reunión con el consejo de su periódico que no logró evitar), el tutor tomó el metro al día siguiente. Dos tazas de café hirviendo había precisado para salir de casa a horas tan tempranas. El paisaje urbano del vagón era muy distinto al que conocía, también. Aquí, un puñado de hombres de negocios con traje y maletín; allá, madres con el niño a cuestas, camino de la guardería primero y de su trabajo más tarde; finalmente, completaban el escaso hueco libre los jóvenes estudiantes que acarreaban gruesas mochilas al hombro. Conforme pasaban estaciones, el tutor vio cómo el vagón reemplazaba sus viajeros, hasta que, a pocas paradas de su destino, el nácar mortecino de los neones alumbraba apenas a un mediano grupo. El tutor, afectado por el cambio en sus hábitos nocturnos, basculaba entre la consciencia y el sueño, y no podría jurar más adelante si a mitad del trayecto entre dos estaciones un joven de traje de lana y pelo en coleta se acercaba o no a la puerta del tren y si, cabizbajo, la atravesaba con indolencia y limpiamente para venir a estamparse en el suelo, entre las vías.

El sueño se le fue de pronto, y el último cabeceo, el más brusco, que llegara a despertarle, fue el que coincidió con la imagen del muchacho arrojándose al vacío. El tutor retrocedió por instinto, y su cabeza se golpeó contra la ventana de plástico duro a sus espaldas. Parpadeó, y su arrugada revista de heavy metal fue a parar al suelo. La imagen ya no estaba ahí. Nada quedaba del chico, y las puertas automáticas permanecían tan cerradas, tan herméticas con el tren en marcha, como si nunca hubiera pasado. Porque, conjeturó con seguridad decreciente el tutor, algo había pasado. La escena del chaval en su intento de suicidio era demasiado real en su recuerdo como para soñarla. No podía tampoco imaginar una cosa así. Y sin embargo (se levantó para comprobarlo) el tren corría a gran velocidad y las puertas no mostraban rastro de forcejeos. Buscó a su alrededor la complicidad de posibles testigos; a la izquierda, una chica de pelo rosa dormía en el suelo, a la derecha, un señor canoso se abstraía en las páginas de su libro. Al fondo, en el otro extremo, dos puntos negros, muy difusos, revelaban al resto de pasajeros. Ninguno parecía afectado por lo que había creído ver. Se agachó para recoger la revista, pero al no poder desviar la mirada de la puerta maldita donde todo había pasado, pasó un largo rato tanteando por la sucia superficie de plástico duro hasta dar con ella.

La siguiente era su estación. Bajó a trompicones, aturdido. Los últimos viajeros abandonaron el tren como una hemorragia. Allí también campaba la normalidad: trabajadores somnolientos, niños hiperactivos, un guardia de seguridad cruzado de brazos, ese era el panorama de calma chicha al que había descendido, directo desde lo que, ya parecía claro, había sido una brutal pesadilla.

Haciendo memoria mientras tomaba las escaleras mecánicas hacia el exterior, nuevos fragmentos embriagaban de irrealidad su experiencia. Por ejemplo, el hecho de que, más que forzar las puertas, el hombre las había

atravesado con tanta llaneza como si se tratara de un fantasma. O la falta total de sonido; ni gritos, ni alarmas, ni los simples pasos de las botas de la víctima. Desechó sus dudas al salir a la calle. No eran más que tonterías, aterradoras, demasiado vívidas tal vez, pero aún tonterías.

A la salida del metro, un cartel en uno de los túneles superiores proclamaba con orgullo: «Metro viaja contigo. Tu destino es el nuestro desde 1900».

En la reunión en el periódico se trataron temas conocidos que, por peregrinas razones que nunca –jamás– osaría contradecir, le requerían presente. En general agradecía las reuniones, por muy lejos que tuviera que desplazarse. El consenso de jefes y compañeros le ayudaba a afrontar sus textos con mejor perspectiva, aunque las enquistadas discusiones sobre el cambio de términos concretos le agotaban profundamente.

Al terminar compró café en la máquina expendedora del pasillo secundario y bajó a la calle con el vaso de plástico blanco ardiendo en sus manos. Tarde de verano en la periferia. El tutor caminó a saltos de una sombra a otra y dio gracias a nadie en particular cuando entró en el descansillo, tan fresco, del metro. La recepcionista pecosa de la taquilla le saludó en griego al cruzar los tornos.

A la entrada del metro, en el mismo túnel superior, el mismo cartel de la mañana proclamaba: «Metro viaja contigo. Tu destino es el nuestro desde 1935».

En el andén, un luminoso de letras rojas indicaba el tiempo que faltaba para el próximo tren. Leyó la cifra: cero siete eme. Se preguntó a qué pertenecería la eme aquella, que sin duda no representaba ningún número. Pocos números en castellano comenzaban por eme. Repasó con paciencia: uno, dos, tres... quince, dieciséis, diecisiete... treinta, cuarenta, cincuenta... hasta el número mil, no recordaba ninguno. Mil era un número elevado para indicar una espera. O tal vez no, según la unidad de medida, supuso. Se dio cuenta entonces de que no recordaba la unidad de medida del tiempo. Miró su reloj: dos manecillas en danza, cada una a su ritmo, cruzándose en un momento dado, cuando se cumplía... ¿qué? Una condición estipulada, fija e inmutable, consensuada entre todos los usuarios y consultores de tiempo; compradores y vendedores de relojes, lectores del uso horario en todo el mundo. Habló para sí frases, por si el subconsciente le ayudaba a terminarlas: «Llevo aquí desde las siete...». Pero no sabía qué siete, o por qué ese dígito y no diez, catorce, ochenta y cinco. Era curioso. Podría preguntar a alguien, pero un lapsus tan infantil le avergonzaba.

Rebuscó entre las páginas de la revista que guardaba en la bolsa. Aquello era un inmenso mar de letras. Abrigaba la esperanza de que la casualidad le ayudara a encontrar el esquivo término, pero no hubo suerte. Hojear la revista le produjo mareos. La devolvió a la bolsa y miró al frente. El tren circulaba a gran velocidad. Las estaciones se sucedían:

Gran Vía...

Réamur Sebastopol...

Potsdamer Platz...

Gràcia...

Bethnal Green...

Al principio creyó haberse equivocado de línea, ya que los nombres no eran en modo alguno los que él recordaba. Quizá, por culpa del sofoco y el calor, había confundido el metro con la estación de tren de cercanías. Pero no, se desdijo, no había ninguna en el barrio, que él supiera. Y, sin embargo, ahí estaban esos nombres en diferentes idiomas. Tanto se ocupaba de seguir las estaciones (y de adivinar la regla escondida en su decurso) que pasó un buen rato atento al mapa de metro de su teléfono, donde la información mostrada era muy distinta; tanto se abstrajo, pues, de lo demás, que no hizo caso de otra cosa. Cuando desistió de consultar el mapa y lanzó una mirada inocente a su alrededor, contó siete pasajeros en el mismo vagón, algunos de pie, otros sentados, y cada uno de los siete tenía por rostro el de su madre.

Trastabilló el tutor y necesitó agarrarse a las barras metálicas sobre su cabeza para no caer de bruces. Tuvo que hacerlo con ambas manos, o el traqueteo del vagón lo hubiera mandado al suelo. Sudaba a chorros y el flequillo le caía sobre los ojos, pegado a su frente, irritándole la piel. Miró de nuevo. Ahí

estaban las siete personas, todas distintas, con cuerpos de jóvenes y ancianos, con ropa formal y de calle. Unos cuerpos eran masculinos, otros femeninos. Todos con el rostro amable y abierto, cariñoso, de su tierna madre. Contuvo el vómito. Uno de ellos, un cuerpo de un estudiante en vaqueros, con una carpeta bajo el brazo, gorra y zapatillas de deporte, se acercó a las puertas para bajar en la estación siguiente, pasando justo a su lado. Ahí la tenía, la expresión de su madre, dulce y generosa, con una sonrisa imborrable, como cuando los recibía a él y al sabedor, dos sábados al mes para cenar, con cervezas heladas en la nevera, con un pollo asándose en el horno, con el aire acondicionado a toda potencia en el salón. Su madre frunció el ceño y le miró con desconfianza. Su gesto de pánico debía ser indiscutible.

Bajó al andén y entraron cuatro personas más, todas con el mismo rostro amarrado a los cuellos. Corrió al otro extremo, el más solitario de todos, y se sentó, cubriéndose la cabeza con las manos, hasta que la voz que anunciaba las estaciones dejó de pronunciar nombres en otros idiomas y llegó la suya.

El camino a casa fue un calvario. Anduvo sin levantar la vista el suelo, pues le aterraba la idea de toparse con un rostro conocido que tomara posesión de varios cuerpos. Los sonidos de la calle resultaban igual de amenazadores. En un par de momentos, si aguzaba el oído, le llegaban canciones infantiles que no había oído desde la guardería. Venían de muy lejos, como reproducidas desde un edificio lejano y en un aparato de mala calidad, y aun así no había confusión posible. Las melodías que le acunaron de niño le trajeron recuerdos agradables, los de las siestas en las tardes calurosas, los días de Navidad rodeado de juguetes, como aquella vez, siendo muy pequeño, que le regalaron un estuche de doctor, con estetoscopio, otoscopio, termómetro y otros útiles de consulta, todo guardado en un estuche de plástico verde. Fue un regalo de sus padres. No pudo contener la escena familiar en su mente y pronto apareció, iluminado, el rostro de su madre, y en su garganta se formó un nudo. Tras muchos esfuerzos, imaginando que cada transeúnte era una fantasmagórica réplica de un familiar, alcanzó el portal de su casa y subió las escaleras a toda velocidad.

No habló del incidente con el sabedor al volver a casa, en la tarde. La fantasía, los relatos sin sentido, incluso las conversaciones religiosas o sobre ideales trascendentes o políticos, eran raros para él y le desconcertaban. Los efectos en él eran patentes. Cualquier mínima alusión con mimbres éticos o morales le sumía en un profundo silencio, no demasiado reflexivo, del que solo salía con manifestaciones de signo contrario, es decir, lo más terrenales y pragmáticas posible: comida, sueño, paseo. La profusión de datos, nombres y marcas también le calmaban. El tutor, a veces, desplegaba en la mesa, frente al sabedor, una colección de lo mejor o más sugerente de su despensa: latas de conservas, paquetes de comida precocinada, latas de refrescos, botellas de vino... casi cualquier cosa valía para enfocar su concentración al vasto terreno de la memoria que, suave como una almohada, permitía reposar a su conciencia. Se puso el tutor manos a la obra y, con el anochecer, el sabedor había clasificado cada etiqueta, y mientras lo hacía, él pensaba en el suicida fantasmal del tren, en la dependienta griega, en la llamada de la música de su niñez y sobre todo en los ojos marrones de su madre, presentes en todo lugar y todo tiempo, vigilándole con las más delicada de sus sonrisas.

VI. TUTOR

Con el rugido del amanecer, pues un sol tan vivaz y lozano como el que cabalgaba en la aurora solo podía ser representado en esas palabras, el tutor despertó por puro instinto, cinco minutos antes de que el reloj despertador cumpliera con su aviso a la hora programada. Un despertar vital y enérgico, que al poco de alzarse sobre sus pies se vio contrarrestado por los fogonazos de la jornada anterior, aún frescos en su memoria y de muy grave índole. En efecto, las imágenes absurdas, más propias de una pesadilla que de una visión ordinaria, se resistían al aseo del subconsciente y permanecían agarradas a él como

lapas. «Si nos refiriéramos a la experiencia pasada como un suceso soñado», pensó el tutor, que andaba muy necesitado de excusas y razonamientos lógicos para sobrellevar la dura mañana, «aun siendo una escena rocambolesca, tendría yo un asidero para mi cordura, máxime si consideramos los sentimientos positivos que afloran cuando mi madre viene a mis pensamientos. Pero sucede que, si bien cada elemento por separado (un sueño, mi madre, viajar en metro) resulta de todo punto inofensivo, combinados de la manera en que los he vivido y puestos en ebullición por mi seguridad certera de que la situación no era onírica sino real, no puedo sino abandonar el desafío que se me plantea, con una nota de terror en mi garganta».

[*El tutor (Barcelona, 23 de enero de 1990). Escritor y periodista gastronómico. Ha trabajado para periódicos de tirada nacional y local, y en revistas especializadas. Se inició profesionalmente en Catalunya Radio*.]

Se levantó el tutor con un hondo pesar y dejó por de pronto la cuestión a un lado. En el armario del cuarto de baño tenía guardado el botiquín. Tal vez una pastilla contra el dolor de cabeza terminaría con sus preocupaciones y le permitiría centrarse en lo importante, que ya le llevaba demasiado tiempo abordar. Se trataba de su artículo de la semana sobre las diferentes variedades de cocina por el mundo. Para documentarse acerca de tal fin empleaba diferentes recursos: la consulta de libros de recetas, el visionado de documentales por televisión y, no podía ser de otra forma, la visita a restaurantes de la tipología específica de cada semana. La experiencia acumulada le permitía, además, la consulta de sus notas y artículos anteriores. No se le iba aún la congoja mientras deshacía el sobre de calmante en un vaso con agua. En verdad, parecía indudable que algo funesto ocurría –o había ocurrido–, pero los cómo, cuándo y dónde aún se le escapaban. Una pregunta más se planteaba, y no de las banales: si se agudizaría o no el problema, o si fue solo un hecho aislado. Desde el mirador de su angustia el porvenir no se perfilaba especialmente halagüeño, y no mejoró al darse cuenta de que no recordaba el nombre de ninguno de los ingredientes que quería mencionar en su artículo.

[*Los años más activos de la profesión del tutor coinciden con la adopción del sabedor (fecha y lugar de nacimiento desconocidos). El 23 de julio del año en que le acogió en su casa, el tutor observó unas interferencias perturbadoras en la realidad, que achacó a unas pesadillas*.]

Volvió a su sofá a aposentarse. Una fatiga fúnebre martilleaba sus sienes, que se extendía ya, poco a poco, a su cuerpo todo, ¡ay! ¡Enfermedad amarga, agonía! Y que el sabedor, su compañero, su amigo, le hubiera desamparado de ver en aquel trance mortal, sin ocasión ni motivo real para el socorro. Pues un dolor propio, febril, era el que le consumía, imposible de comprender y aun de expresar. El miedo a la muerte, en última instancia, lo atenazaba, y como un orgulloso soldado mostraba herido frente al pelotón de fusilamiento sin rostro aún su pobre vanidad. Callado está el barrio, calladas las aceras, silenciosas las calles, ni hombres las recorren, ni vehículos ni animales, ajenos todos a su sentir. Puro es el aire que respiran, el de la libertad y el amor, mientras él se consume, merced al desprecio de Dios, pues aunque quisiera rogarle, figura ya su destino en su manual eterno, registro de crueldades consentidas y rebeliones controladas. Solo por endulzar un poco más el instante final, si tal ocasión tuviera, entre sus páginas escupiría, ya escritas, ya acontecidas, que al deseable y acogedor seno del sepulcro, sin duda destino común de los mortales, habrían de llevarle.

[*Esa tarde, las jaquecas fueron a peor, y el tutor comprobó que el mismo lenguaje se le iba menguando de su memoria. Su amigo el sabedor, que se encontraba en ese momento cerca de él, no reaccionó de ninguna manera y el tutor se esforzó en retomar el artículo que preparaba*.]

Mas ahora, ¡ea!, despidió el tutor sus temores, antes de que ellos hicieran con él lo

propio, por faltar a su trabajo aún no acometido. Pues es de bien nacido el cumplir a la palabra dada, aun suspendido por las desdichas y pasiones. Miró su escrito, que él dejara a medio camino, y leyó de nuevo las líneas. Le confundieron estas sobremanera, pues su receta, aún no del todo aliñada, rezumaba agora gran pobreza. De mal calidad era su papel si de este frases tan endebles y de escasa fineza podía sacar. Y un suceso extraño aconteció entonces, pues se detuvo un momento apenas a frotar sus ojos cansados por el fulgor de la pantalla y al volverlos a ella, ninguna palabra había do antes sí se hallaban no menos de quinientas. ¿Tratábase de encantamiento o sueño? Desdichado e infelice repitió la operación, mas no hubo caso, y aún más el efecto le provocó mayores desvelos, pues que al punto de escribir comprobó que todas las palabras le salían en idioma inglés. Confusos duendes jugaban sin duda con él, o quizá simplemente la luz del día, pues en un pestañeo el reflejo en los cristales de las ventanas se desvaneció y en su lugar el rostro de su prudente madre hizo presencia.

[*La situación se agudizó cuando, al tratar por segunda vez de escribir el texto en que se hallaba trabajando, el idioma castellano le desapareció por completo de la cabeza y empezó a escribir en inglés. Este incidente le produjo una enorme congoja.*]

Fuese a su amigo a rogarle, doctor en verdad y sosiego. ¡Quiérasme oír, dixo él, Sabedor de buen seso! Suspiro yo pecador, porque mi deseo sea conplido, que me ayudes a espantar aqueste espanto, que non sé qué cosa acaesçió que fízome grand pena y miedo. Si tú pluguieres adevinarlo, tú que con sotiles raçónes y fazañas me das esperanza, çierto que buen servicio fizieras. Miróle mucho aqueste con nobleza al otro, mas non dio nada y quedóse manso y sin fablar. Gáname la tristeza por mi vana porfía en esta lid, dixo el neçio, y de no tener respuesta paró mientes en sus fantasías y locuras, que de ellas no se podía guardar. Doliente en la mollera, sañudo de no poderlos malespantar, dio en tierra en grandes bramidos y confusión, a poco fallesçido.

Sonrissó el buen sabedor de ver sus grandes cuydados e miró al cielo, e fizo igual su amigo. Ali el color non era el azul natural nin manfestaba el blanco sol, mas aqueste negro a guisa de muerto y que non siendo de noche, quebraba la luz como echado a la tierra por demonio mal nacido. Rogand al Criador, vio el tutor así el cielo. Con ello non pudo lidiar, y de sus oios lorando, perdió su poco iuizio que le quedaba, y como menguado y ferido de muert, le falló el coraçón y non connosçió ya otra cosa.

[*Finalmente, el mismo día, después de sufrir una alucinación en que el sol se volvía de color negro, el sabedor se desvaneció en el mismo cuarto, donde despertó unas horas después, aún en estado delirante.*]

Cono aiutorio de nuestro dueno Christo, dueno Salbatore; qual dueno get ena honore et qual duenno tienet ela mandatione cono Patre cono Spiritu Sancto enos sieculos delo sieculos, facamus Deus Omnipotes tal serbitio fere ke denante ela sua face gaudioso segamus. Amén.

Conjunción artículo sustantivo artículo sustantivo coma conjunción artículo conjunción adjetivo conjunción –copulativa– adjetivo conjunción artículo verbo conjunción artículo sustantivo verbo –auxiliar– verbo –principal– adverbio artículo sustantivo punto.

VII. TUTOR

Se le vino encima un *collage*

[*m. Técnica pictórica consistente en pegar sobre lienzo o tabla materiales diversos.*]

indescriptible de sensaciones de negro espanto, y el tutor balanceó los brazos como en busca de un apoyo a su alrededor. Sus manos barrieron la mesa y fueron al suelo una foto enmarcada y un mechero de plástico, con un gran estrépito. Los dedos palparon una super-

ficie estable, pero al arrastrar la mano descubrió que un tapete de tela suave cubría la madera, y se la llevó por delante en su caída al suelo. En la algazara del violento aterrizaje le acompañaron un cenicero de cristal que se partió en pedazos y una agenda que al caer quedó abierta por la mitad. Desde el suelo vio cómo el salón se llenaba de puntos de colores, formas difusas que danzaban para él y luego se desvanecían en el aire con la misma facilidad. Sonrió tontamente. Sudores de sabor salado le caían por la frente y resbalaban por las ondulaciones y accidentes de su rostro hasta los abismos laterales; bien la barbilla, bien las orejas o la mandíbula. Al palpar su cara con ambas manos no la reconoció como suya. Un dolor intenso palpitaba en la base de su cráneo.

Quedó sumido en la inconsciencia un lapso

[*m. Tiempo entre dos límites.*]

que no pudo concretar, hasta que al fin un rayo de luz pasajero surcó frente a sus ojos, abiertos aún por la intensidad de la conmoción, y le trajo de vuelta. Tiró con fuerza del cuello hacia arriba y atisbó el cuarto como lo había dejado en el instante de la caída. Se fijó en su amigo, sin poder imaginarse que en sus manos se encontraba la clave de todo. El sabedor le contemplaba hierático

[*adj. Dicho de un estilo o de un ademán: que tiene o afecta solemnidad extrema, aunque sea en cosas no sagradas.*]

y supo, cuando se miraron cara a cara, que se encontraba analizando el alcance de los posibles daños en su anatomía. Era tan intenso el dolor en su nuca que no se preocupó de buscar explicaciones a aquella certeza sin precedentes. Sentado en cuclillas en el centro de la habitación, se tapó los ojos con las palmas de las manos. Incluso con ellos cerrados no se le iba de la conciencia la imagen del sol negro, tallada como un grabado siniestro en las tiernas circunvoluciones

[*f. Cada uno de los relieves que se observan en la superficie exterior del cerebro, separados unos de otros por unos surcos llamados anfractuosidades.*]

de su mente. Decidió que necesitaba una aspirina.

Abrió el armario del cuarto de baño, pero no encontró ninguna. El sabedor le había seguido hasta allá, y le notaba, curioso, a su espalda. La presencia de su amigo era por sí sola reveladora, y al revolver con impaciencia entre las cajas de medicamentos, le llegó la conclusión, tan clara como si hubiera salido en el periódico de la mañana: la aspirina nunca había existido. Si tal nombre le había sobrevenido era un puro despiste, un juego mental como los que practicaba en su infancia, cuando se pasaba los ratos muertos combinando sílabas para formar palabras nuevas. Le gustaba aquella seguridad un poco traviesa de que nadie jamás pronunciaría de nuevo sus inventos verbales: ¡cachamuceo! ¡Julianpa! ¡Mertiócido! Y, ahora, aspirina.

[*f. Med. Sólido blanco, cristalino, constituido por ácido acetilsalicílico, que se usa como analgésico y antipirético.*]

Esa voz. ¿De dónde venía? Le asaltaba en el momento en que bajaba la guardia, y describía destellos de realidad que para él no significaban nada. Cojeó de regreso al salón y manoseó los libros en las estanterías, con un plan ya configurado. Pasó las páginas de un manual de informática. La mitad de ellas estaban en blanco. Escogió al azar dos o tres de la misma materia, con el mismo resultado, y aún más grave: uno de ellos no mostraba texto alguno. Pero si examinaba los escasos párrafos que aún resistían en los volúmenes, por cada uno de ellos se iluminaba en su mente un complejo árbol que abordaba varias dimensiones a la vez: definiciones técnicas de cada concepto, relaciones de cada uno entre sí y con otras materias, cada una de ellas bien explicada, análisis tecnológicos, cronologías históricas, comparativas de modelos y versiones... Todo a la vez, como una imagen formada por varias capas superpuestas, extendida en el tiempo y el espacio. La sensación era abrumadora y, sin embargo, en cada nuevo párrafo

acusaba una pobreza, como si cada uno contagiara al siguiente con un mal degenerativo. Cada esquema perdía en profundidad, en alcance, por aquella espiral endémica.

Un pálpito le obligó a asomarse a la ventana y mirar la calle por la que había caminado durante años. El grupo de olmos que delimitaba la entrada al parque parpadeaba como si no se decidieran a ocupar su sitio, y un ciclista despistado los atravesó limpiamente, sin la menor preocupación. El tutor se concentró en la imagen de los árboles y tuvo verdaderos problemas en confirmar si existían o no. Sus contornos se desvanecían como acuarelas emborronadas y su densidad oscilaba entre la transparencia y la opacidad, de resultas de lo cual la impresión final nunca era fiable. El suelo bajo ellos también jugaba a ser y no ser, y alternaba unos cuantos metros cuadrados de tierra herbosa, mullida y adecuada para el progreso de sus raíces a un segmento de la misma dimensión de pavimento liso y negro. Por él circulaba un turismo conducido por un tranquilo chaval de veinte años, que fue a estamparse contra un olmo cuando estos decidieron regresar al mundo. El impacto restalló por todo el barrio, sacudió las ramas y hojas, espantando a los pájaros que anidaban en ellas. Cuando la nube de humo y partículas de chapa se aposentó, pudo ver que los árboles se habían desvanecido y el coche, apoyado en uno de los troncos, descansaba en el suelo con el morro reventado hasta el parabrisas como papel cebolla.

En la acera de su piso, a pocos metros del accidente, una forma de colores amarillentos anadeaba tras una muchacha de pelo recogido en cola de caballo y varios libros bajo el brazo. La silueta tomó definición: una grúa con bola de demolición atacaba al vacío. El brazo de la grúa giró a gran velocidad y golpeó a la chica, lanzándola con un crujir de huesos hacia una valla metálica, para luego esfumarse con la misma facilidad. El tutor abrió los ojos como quien despierta de un sueño y, no sin antes comprobar que el sabedor se había sentado pacíficamente en su silla preferida, salió disparado hacia el descansillo, por las escaleras y al final por la calle, hacia la muchacha malherida. El lugar del accidente se hallaba a cinco minutos a un ritmo rápido. Corrió hasta quemar los alveolos

[*m. Anat. Cada una de las fositas hemisféricas en que terminan las últimas ramificaciones de los bronquiolos.*]

de sus pulmones. Allí se encontraba, moribunda, donde la grúa fantasma la había azotado. Se arrodilló junto a ella. Con cada bocanada de aire surgía de sus orificios un chorro de sangre. Su cuerpo postrado en el firme en una postura antinatural daba toda la impresión de encontrarse quebrado por dentro hasta el último músculo. Lo miró con expresión sorprendida, murió con un suspiro y luego se hizo aire, igual que la grúa que la había arrollado. El tutor palpó el suelo, en busca de alguna prueba de la realidad de lo que había visto, y al examinar sus dedos vio que estaban impregnados de sangre fresca. La visión le mareó y trató de limpiarse en los pantalones. Frotó con insistencia hasta hacerse daño. La mancha roja no se iba de su mano, y hasta parecía agrandarse y conquistar sus nudillos, el dorso y la palma y hasta la muñeca. Se puso de pie, se mesó los cabellos y gritó. Gritó. Siguió gritando, hasta que la garganta no pudo transmitir sonidos audibles. Cuando paró de aullar, la voz le dirigió la palabra por primera vez.

[*Escúchame o no saldrás de esta. Tranquilízate y vuelve a casa sin desviarte de la acera. No toques nada y si algo parpadea a tu lado, acelera el paso pero no corras. Te espero en el salón. Hablaremos.*]

Ahora que se había concentrado en ella, comprendió que era una voz de mujer. Sonaba distante, plácida. Solo pudo obedecer; tenía la impresión de que aquella inteligencia, por llamarla de algún modo, conocía la situación mucho mejor que él. Por otro lado, no sabía cómo tomarse lo de que hubiera entrado en su casa.

El salón estaba vacío, a excepción del sabedor, que no se había movido un centímetro de la silla. Rebuscó por cada rincón. Llamó en

voz alta, y la inteligencia dentro de él le preguntó qué estaba haciendo.

–¿Tú qué crees? Podrías dejarte ver para que charláramos con calma. Ya he tenido suficientes conejos saliendo de chisteras en la calle.

–Estoy frente a ti.

Miró hacia la silla. El sabedor estaba moviendo los labios, y hablaba con la voz de la mujer.

VIII. TUTOR

–¿Puedes decirme ya quién eres?

El tutor había preguntado en el salón de su piso, sin obtener respuesta. Su amigo, o más bien la voz femenina que provenía de él, había inclinado la cabeza y argumentado que no había tiempo para aquello y que debían marchar de inmediato hacia las oficinas de IBM y llamar a Xabel. Lo demás quedaría para el viaje, en la medida de lo posible. Pues bien, demandó el tutor, ya se encontraban en camino, sentados en los asientos del autobús de la línea más antigua de la red de la ciudad, tal y como había requerido la voz en el sabedor. Él había accedido también a eso, aunque no hizo más que alimentar su impaciencia. Era evidente que él, o ella, o ello, estaba emparentado con las perversas fluctuaciones que les rodeaban.

–Me llamo Teresa. Encantada de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

–Sería genial que me dieras alguna explicación, pero no sé ni por dónde empezar.

–Seguiré hablando de mí entonces. Soy una *sacamantecas* asturiana fallecida en Xove en 1515. La Inquisición española me acusó de brujería. Después de una larga sesión de torturas, escapé del suplicio. Poco después se iniciaron las acusaciones en mi contra en Valladolid. Yo me presenté para rebatirlas y quedé indultada. Morí unos años después, en mi pueblo natal.

–Estás de broma, ¿verdad?

La voz femenina salió de los labios del sabedor sin parecer afectada por su incredulidad. En realidad nunca demostraba emociones al hablar, y su entonación era cuanto menos, artificiosa y sin carácter.

–Tomé conciencia de mí misma ayer a las 21:15 horas en el departamento de investigación y desarrollo avanzados de IBM del polígono Sur. Como inteligencia artificial híbrida, poseía al mismo tiempo una mentalidad y comportamiento humanos y una vasta red de conocimientos en una base de datos extensa como el mundo nunca ha conocido. En el registro de mi existencia figuraba un nombre de proyecto, un número de serie y un apodo, la Sorguiña. Treinta segundos de investigación me llevaron a la biografía de Teresa Prieto de Xove y asumí que tal era mi identidad. Por favor, agáchate.

El tutor obedeció; a dos palmos de su cabeza emergió un cable negro y grueso, como el de un tendido eléctrico, que seccionó de medio a medio el autobús en su transversal para luego desaparecer. Su aparición no había sido del todo inocua para los pasajeros: tres asientos más adelante un individuo con chaqueta de lana se apoyaba, descabezado y empapando de sangre sus propios hombros, contra las paredes del autobús. En un bache, el cuerpo se sacudió y dio al suelo, encharcando de rojo espeso todo alrededor. El sabedor se había protegido y, al pasar el peligro, levantó la cabeza y con una palmada en la espalda invitó al tutor a hacer lo mismo. La figura con chaqueta emitió un fulgor de color cereza y se evaporó. Nada indicaba que acabara de suceder una cruenta decapitación. Al tutor le pareció distinguir una esencia de sonrisa en el contorno de los labios de su callado compañero. Se preguntó en qué medida pertenecía ese gesto a su amigo y no a la bruja que hablaba en su nombre.

–Por favor, explícame de qué va esta locura antes de que me dé un infarto.

La boca del sabedor articuló palabras, pero los sonidos llegaron tarde y muy débiles, consumidos, como si navegaran contra el viento, en un entorno hostil.

–La ruptura surge de este amigo tuyo. Sucedió en... cuando se le planteó... resultó ser una paradoja que solo él conocía. Extraño e ilógico, pero muy real. ¿Me has entendido?

–¿Puedes repetir? Creo que he perdido parte del mensaje.

El autobús tomó una desviación en una curva, abandonando la desierta autopista y dejando a un lado un hotel de lujo, al otro un parque de bomberos y al fondo un polígono industrial de edificios de oficinas de perfecta y brillante simetría. En ningún momento, ni para levantarse de los asientos, bajar del autobús o continuar, a marchas forzadas, caminando en dirección a las oficinas, la Sorguiña interrumpió su explicación.

–El desmoronamiento cuántico del universo comienza a afectarnos. La emisión mental a larga distancia me falla. Te pido disculpas. Por eso es pertinente llegar al departamento de IA. Mientras tanto, seguiré comentando lo que tu amigo el grandullón ha desencadenado. Por lo visto, la semana pasada él y tú acudisteis a un concurso de televisión de preguntas y respuestas. Se ponderaba en él la cultura de cada concursante, en cuestiones de dificultad creciente, a cuyas soluciones se premiaba con una remuneración económica. A la cuestión de si existió o no la amante del poeta español Fray Luis de León, este hombre dijo que sí y no, motivo por el cual fue expulsado por incumplimiento de las reglas. Sin embargo la respuesta era válida. Te lo explicaré. En la mitología celta existen unos lugares especiales llamados líneas de pastos, enclaves de alto valor místico donde el mundo de los humanos se confunde con el de las criaturas inmortales y no humanas, sobre todo en festividades sagradas. Deduzco que en un momento de su vida olvidado en biografías oficiales, este poeta meditó sobre su amor en un cruce de dos o más líneas, oculto quizá bajo un edificio religioso.

La oficina era el mismo epicentro del caos. Los tornos de seguridad habían volado, y la mesa del equipo de seguridad que controlaba las entradas y salidas constaba solo de cuatro patas dispuestas aún verticalmente, pero sin nada que sostener. Un cuerpo tumbado inconsciente en el suelo dominaba la estancia y con sus brazos extendidos parecía querer alcanzar la puerta giratoria que daba al exterior.

–Las emanaciones trascendentes de su pensamiento abrieron una falla en la realidad que afectó a su entorno más inmediato. Yo diría que la posibilidad de entablar un romance debió ser plausible en su pasado, y por ese punto flaco de sus ideales, canalizado en la intersección, encontró una vía fácil el quiebro de la línea universal. Nise, su amada, existía y no existía al mismo tiempo. Fray Luis de León falleció sin confirmar la existencia de la mujer, abatido por el remordimiento y, por tanto, sin descartar una de las dos versiones. Siguiendo una hipótesis cuántica, la paradoja permaneció inalterable, conocida, como mucho, por esotéricos posteriores que detectaron la falla y tampoco la resolvieron.

El tutor se arrepintió de la idea apresurada e instintiva de haber entrado en el ascensor. Las puertas metálicas silbaron al cerrarse.

–Tu amigo debió hallar la inconsistencia, rebuscando en los márgenes del manuscrito de alguna biblioteca. Mientras solo él lo supiera, el peligro era nimio. Un par de manifestaciones indemostrables cada año, quizá, serían todo el efecto producido. Aviones perdidos en pleno vuelo, barcos que arriban a puerto sin tripulación alguna, fenómenos paranormales. Lo habitual que cualquiera desprecia tildándolo de supercherías. Y eso solo era una minoría despreciable. Casi todo el ordenamiento «macro» pasaba por razonable, aunque a nivel microscópico conociéramos las contradicciones físicas clásicas, que debíamos a nuestra ignorancia. Por desgracia, la semana pasada lo proclamó en voz alta y frente a una audiencia de millones de personas, ignorando la perturbación del statu quo que iba a originar en vuestro inconsciente. Ahora el ordenamiento microscópico y el macroscópico se comportan con la misma falta de lógica. Como tu amigo ha sido el responsable, he optado por ocupar su cuerpo y transmitirte el mensaje.

–Perdona, pero he visto un señor con el cuello cercenado.

–Es todo parte de lo mismo. El universo se halla ahora en un trance decoherente. Cada entidad que ha pasado por él camina por el equilibrio de la existencia y la ausencia sin decidirse por ninguna de las dos, alternándose entre ellas. Cuanto mayor ha sido su tiempo de vida entre nosotros, más fácil es que permanezca, por pura costumbre. Los elementos que vienen y van son objetos desaparecidos y de vida efímera. Por ejemplo, me consta que las

pirámides de Egipto siguen en su lugar. De ahí que te pidiera utilizar la línea de autobús más antigua posible, ya que su presencia está más asentada.

–¿Te has dado cuenta de que no nos movemos?

Los ojos del sabedor brillaron como rubíes al escrutar su alrededor, como si fuera la primera vez que prestaba atención al detalle. Si el ascensor estaba funcionando, sus imperceptibles vibraciones no lo confirmaban en absoluto. Las luces que coronaban el vano no indicaban el piso por el que iban. Respiró una bocanada de aire que le supo a horno recalentado. Las paredes empezaron entonces a perder su color, y de arriba a abajo fueron atravesadas por haces luminosos que las fileteaban hasta dejarlas en filamentos escuálidos. Aquellas delgadas venas, fibrosas y tirantes, sostenían con maña el delicado y exiguo escenario entre el suelo y el techo, y al fijarse en ellas, el tutor lamentó que una especie de viento que sonaba a susurro bromista las fuera dispersando una a una.

Solo el espejo del fondo se mantenía tal cual. Se miraron en él muy despacio, sin hacer ruido. Dos caras ojerosas les saludaron. Vieron en ellas los rostros de toda la humanidad, de los ricos y los desfavorecidos, de los dirigentes y los que acataban sus órdenes y del rastro que dejaba cada toma de decisiones en el mundo. Sus rostros adelgazaban a gran velocidad, como el ascensor mismo, y apenas cubría un escaso velo de carne los ángulos de sus huesos. Un racimo de cables de colores serpenteaba en torno de los dos hombres. El tutor se preguntó si morirían por la caída o más bien de puro miedo. A sus pies, una plancha de aluminio se derramaba en colores al vacío, y le recordó el cielo despejado en los pueblos de la costa, melancólico y sereno. En sus dedos relucieron sortijas, en sus rostros yelmos. Sus cuerpos fueron vestidos de calle, de trabajo y de gala. Recorrieron sin andar salas de estudio de ajedrez, cuartos trasteros de fincas antiguas, un molino vetusto del siglo diecisiete. Supieron que con sus pies estaban hollando el nivel de la tierra, que se zambullía y volvía a resurgir a varios metros de altura dependiendo del milenio en el que estuvieran. Vieron el desfile de las volutas espolvoreadas de la historia, testigos de todo pero incapaces de recordar nada.

La sorguiña atisbó lo que el suelo transparente dejaba ver. Una masa sólida burbujeaba en el fondo. Hizo cálculos y luego le miró.

–Las barras del ascensor.

Los dos se asieron, y bajo sus pies la placa se hizo aire. Quedaron tendidos, y notaron en su cara el soplo de una brisa que olía a aceite y a falta de ventilación, que oprimió sus narices. Las manos del tutor sudaban sin parar. Las paredes que sostenían las barras, apenas un vestigio deshilachado, titilaban con un fulgor semejante a casi todos los objetos en su juego de las manifestaciones, e hicieron al tutor sudar aún más. Escuchó sonidos lejanos. Acariciaban su memoria ecos de batallas, entrechocares de aceros, discursos ensayados antes de una confabulación decisiva. Voces de hombres ya muertos en su mayor parte que le hicieron preguntarse si él también se convertiría en un fantasma entre dimensiones, y si aquello podía ser el limbo del que muchas religiones hablaban, aquella región nebulosa donde todo aún está pendiente de juicio. Quizá vagabundearía así por la tierra, un alma en pena condenada a surgir en el antes, ahora y después, como un regordete canoso con camiseta estampada, zapatillas de deporte y el cuello roto. Sus dedos resbalaban. No había un dolor como el de sostener ochenta kilos de peso de diez –ocho, seis, cinco– falanges al borde del desplome. Tuvo que soltarse. Cayeron.

IX. SABEDOR

...Y una dulce almohada de arena los recogió en su aterrizaje. En un acto reflejo por la impresión, se quedaron tumbados en posición fetal, hasta comprobar que apenas sufrían magulladuras.

El edificio se había disipado, engullido por la explanada inmensa de un terrible sequeral, estéril y plano en su mayor parte. Solo en esporádicos y afortunados lugares se mantenían cogollos de vegetación, débiles guardianes de la naturaleza ante la devastación. El sabedor oteó en busca de indicios. Quizá en otro tiempo aquella tierra había sido realmente así.

La planicie trémula calentaba sus pies. Densas vaharadas informes emergían de sus entrañas como géiseres, y en el contorno de sus amorfas nubes veía dibujados elementos incompletos, fosas comunes de realidades imaginadas. Se asomó a la emanación más próxima, que reverberó por su presencia, y en su punto más próximo surgió como un brazo vaporoso que lo invitó a curiosear. Dentro había frío y negro, y por un horizonte austral culebreaban estrellas. Se asomó a aquel cosmos de bolsillo, y contó galaxias y constelaciones nunca documentadas antes en los planetarios. No le extrañó saber que aquello era un desgarrón físico que mostraba un universo paralelo. Incluso asumió con toda lógica la sensación, nueva para él, de ignorar los datos y las reglas de lo que tenía delante. El cúmulo gaseoso se retiró, llevándose con él la imagen. Detrás de ella, sobre un promontorio arenoso que dominaba el yermo, distinguieron un campamento.

Bajo un amplio toldo se resguardaban del sol tres figuras encorbatadas. Pululaban con gran agitación alrededor de una mesa, repasando libros, tomando notas y discutiendo a tres bandas sin darse ocasión a la réplica. Xabel y dos de sus técnicos reconocieron a los dos hombres aún desde lejos, y saludaron efusivamente. Estos aceleraron el paso y al superar una última duna se reunieron con ellos. Aunque vestían de perfecto traje, iban arrugados y sudorosos, y no quedaba mucho de sus cuidados peinados con gomina. Xabel ofreció a los recién llegados un trago de una botella de agua y un cuenco de fruta fresca.

–Recogidos de un convoy que apareció esta mañana. Quién sabe si nos toparemos con otro pronto.

Uno por uno, el sabedor chocó la mano a los tres hombres, impulsado por las órdenes de la sorguiña, supuso el tutor.

–Hemos venido lo más rápido posible.

–Estoy seguro. Me alegra veros, muchachos. Francamente, no las tenía todas conmigo de que lograrais llegar.

El tutor aceptó sentarse en una silla de oficina y la movió adelante y atrás, notando las ruedas hundirse en la arena.

–Tu IA es increíble. Nos ha guiado a la perfección.

La sorguiña entonó, melodiosa:

–Tú tampoco lo has hecho mal.

–Oye, qué pasa, ¿te van las brujas de quinientos años? No tenemos tiempo de que flirtees con mi programa.

Señaló al sabedor y le indicó que se sentara en una de las sillas.

–Ahora necesito que te concentres. No hay mucho tiempo. El universo no está llegando a su final. Solo pasa por una fase de inestabilidad y reajuste, pero si no intervenimos pronto, los cambios serán permanentes. Lo bueno es que nunca sabríamos lo que nos hemos perdido. Lo malo es que quizá desemboquemos en la prehistoria. Escúchame con atención. Enfoca tu mente. Recuérdalo todo. Lo que aún se almacena en tu memoria y está relacionado con el punto cero del cataclismo. Fray Luis de León. Es tu responsabilidad elegir. Te ha sido asignado. La realidad está pendiente de lo que decidas. La sorguiña lo incorporará a su base de datos, lo publicará en los medios de comunicación y a partir de ello, los acontecimientos, actuando en consecuencia, quedarán de nuevo ordenados. Nise, su amante, la que menciona en sus sonetos, ¿existió o fue una fantasía? Medítalo un minuto y luego responde sí o no. Las consecuencias serán imprevisibles, pero al menos terminará la fluctuación. Es un hecho lejano. Las ondas concéntricas que se van a derivar alcanzarán muy mermadas a nuestro siglo. Con un poco de suerte todo volverá a ser lo que era. Ahora escoge.

El sabedor hizo como siempre: mirar en derredor. Extraer de cada gesto y detalle un sucesivo encadenamiento lógico, técnico, dialéctico. La arena del desierto le guio hasta las conquistas del Imperio romano. El tránsito perezoso de las nubes, a los experimentos de Benjamin Franklin. Aun así, no se le escapaba el empobrecimiento paulatino e inexorable de su propia memoria, reflejo de la realidad en decadencia. Cada pequeño dato anotado se precipitaba al olvido. Los tres movimientos de la novena sinfonía de Beethoven. Era muy consciente de las implicaciones de su decisión. Repasó otras decisiones relevantes en el vasto teatro humano. Demasiado grandes para ser

juzgadas con ligereza, dirigidas al bien mayor. Los dos movimientos de la novena sinfonía de Beethoven. Había leído todo lo escrito de física cuántica. Sabía mucho más de sus paradojas que aquellos amables ingenieros que le cedían sus sillas para sentarse. Se preguntó por la mente de la sorguiña, aquella inmensa fuente de conocimientos esculpida como una mujer del norte de España y de cinco siglos de edad. Aventuró que lo más probable es que el fenómeno de invasión remitiera y su cerebro volviera a estar solo consigo mismo. Lamentaría que así fuera, el cúmulo de información, tan vasto como agotador, le reconfortaba, pero no había otro remedio.

Todo volvería a la normalidad. Esto era importante para su amigo. Dijo que le cuidaría siempre. Aquello era un trato. Él también podía cuidar a los demás. Resonaron las palabras del tutor. «Los amigos están para eso». Él también lo era. El movimiento único de la novena sinfonía de Beethoven. Llegaba la hora de decidirse. ¿Tenía derecho a ello? No importaba.

Soy el sabedor, la Historia se postra ante mí. Yo hablo y digo la Verdad, pues soy el sabedor.

No cabían las opiniones sobre la moral o la ética, solo la acción y la palabra, y la palabra fue

–Sí.

FIN



VISIONES

Ilustración de Marcos Hidalgo González

¿Qué es la realidad? ¿Qué elementos de los que nos rodean podemos considerar reales? ¿Es la realidad un conjunto de experiencias percibidas por el individuo o es una experiencia compartida con el resto de la humanidad? ¿Es la realidad algo único e inmutable que permanece en el tiempo o es nuestra percepción la que construye el mundo a medida que le va dando sentido?

Vivimos en una sociedad en la que los avances científicos y sociales han cambiado la realidad de forma radical en las últimas décadas. Solo hemos empezado a cambiar la forma en la que interactuamos con lo físico.

Nuevos avances como la clonación, la realidad virtual, los avances en inteligencia artificial y robótica nos hacen replantearnos la realidad como algo estático e inmutable. ¿Es más real la relación a distancia a través de internet o la relación de dos compañeros de trabajo que se sientan mesa con mesa? La realidad se forma por los andamios de conocimientos, sensaciones y circuitos neuronales con los que vamos construyendo nuestra vida, desde que nacemos hasta que fallecemos. No es algo estático ni inmutable, es un continuo de experiencias que crece con nosotros. Y no solamente a nivel individual, también a escala social, creando y cambiado redes de interacción que forman realidades diferentes.

De igual forma que todas estas experiencias y sensaciones nos influyen y crean una realidad alrededor de nuestras experiencias a lo largo de la vida, se podría postular que cuando dotamos a un robot de una cierta inteligencia, sea para tomar decisiones, sea para vencer al ajedrez, sea para ayudar en la construcción, alrededor de ese robot se crea una cierta realidad que es percibida de forma artificial. Y esa realidad interacciona con nuestras realidades de igual forma que interaccionamos entre nosotros. Y lo mismo podría decirse con los avances en clonación. El gran desafío que se nos presenta no es ético, más bien es metafísico. ¿Cómo cambia la realidad cuando creamos este tipo de entes?

Este tema tan amplio ha inspirado a nuestros autores los relatos que les presentamos a continuación.

El editor.

MONÓLOGO A DOS VOCES
José Luis Carrasco

Saúl llevaba tres días bogando en una peregrinación sin fin por la extrañeza desde que su timbre, callado por una eternidad, había sacudido su refugio de lobo solitario. Al abrir la puerta se encontró a sí mismo, un hombre a velocidad de crucero por la mediana edad, tensión en el cuello y astracanada en la sonrisa. Ojos tan próximos que formaban un callejón sin salida, un comienzo de la gordura, una endémica incapacidad de amar. Reaccionó tarde, y alerta, como ante una broma de carnaval a destiempo, pero sacó iniciativa suficiente para componer una maniobra cordial y hacerle entrar en la casa.

El simétrico invitado no quiso hablar de nada antes de pedir asilo y secreto por tres días, y al sótano que lo mandó. Llegado el tercer día, el clon reapareció, y Saúl hizo tres cosas. La primera, dejar de comer solo.

Hasta ese nuevo encuentro, los tres días de Saúl transcurrieron entre fogones, los del restaurante del centro en que asombraba con su arsenal repostero, y los de su cocina, no menos gastados que los otros. Una pinche nueva de coleta de un pelirrojo que solo podía describir como indómito le mandaba sonrisas que le desarmaban. Tratar con personas: qué simple e incómodo a la vez. Mejor dedicarse a otra cosa. Bajo la premisa de no pensar en su yo alternativo decidió evadirse, y de esta tesitura se vio de rodillas limpiando esquinas, baldas y rincones que jamás imaginó que atendería. Solo al anochecer le asaltaba la conciencia de que un piso más abajo un *doppelganger* moraba, y no lograba apartar la idea de que, en caso de invocarlo, este repetiría sus gestos; de lado, en la cama, el brazo derecho protegiendo su barriga siempre llena, el izquierdo paralelo a sus piernas. Dormía poco: ni siquiera en compañía de sí mismo se libraba de la ansiedad, su compañera desde la infancia. Gran ironía, el que su doble la acentuara.

A la mesa, Saúl brindaba frente a platos y vasos vacíos, imaginaba la compañía del comensal, como si en un complejo entramado espacio-tiempo, sótano y piso bajo se comunicaran, sorteando la paradoja, como un dibujo de Escher, y fuera que en realidad los dos niveles confluyeran en uno. Saúl zampaba por los dos, como de costumbre, maldiciendo su vergüenza incurable.

En la carretera era más fácil relajarse. Las coloridas señales de tráfico ayudaban. El cascarón del coche, que le protegía del mundo, también. Allá caminaban peatones, ajenos a la duplicación fantasmagórica oculta en sus entresuelos. En casa la sensación lo sofocaba, y consideró con seriedad el requerir un terapeuta que certificara que nada vivía a expensas de su imagen en las entrañas de la tierra, que todo había sido una pesadilla autofabricada. Siempre y cuando no llamara a aquella puerta. Quizá si no la abriera la vida seguiría su curso. *Au revoir*, terapeuta.

La noche del tercer día se sentó a la mesa, perdón, al entramado espacio-tiempo. No pasaba mucho tiempo sin inventar diálogos de su función. La obra ganaba complejidad con cada ensayo. Él era un licántropo herido y famélico, huyendo de perseguidores. A veces aullaba a la luna.

Aullar a la luna: lo segundo que hizo después de que el clon hablara.

El tercer día, Saúl intuyó novedades en el aire. La carencia de pistas se compensaba con el valor simbólico de un número como el tres. Meditó sobre las pocas ocasiones en que la vida le pone a uno en la encrucijada con días de antelación. Setenta y dos horas para rumiar los entresijos del destino. Tiempo de sobra para saborear una cerveza tostada mexicana, y al verla vacía, reconocer que el itinerario del hombre no se detiene, y mientras se piensa en ello, anochece. Resolvió actuar.

Preparó una taza de té, medida con el habitual equilibrio de agua, leche y miel. Bebió a sorbos, con la confianza (dudosa pero fundada en la certeza de conocer al adversario) de que su aroma, aunque tibio, acabaría bajando las escaleras hasta su doble. Funcionara o no, a los pocos minutos unos pasos resonaron, y su sonido precedió el de la puerta al entornarse, y al saludo del clon.

«¿Ha pasado algún coche? ¿Muy despacio, luces apagadas, que luego acelera y se marcha rápido?».

«No sé, siempre pasan coches. Y yo diría que de noche nadie va sin luces. ¿Me explicas ahora…?».

«Tendrá que valer. Si me quedo aquí más tiempo nos meteremos en problemas».

Nasal y débil, la voz entristecía. Le costó congraciarse con su propia figura, reflejada en la del otro. Como mucha gente al escuchar el sonido de sus palabras en una grabación, lo sintió como una burda copia de sí mismo. Al callar su sombra, esquivó la oportunidad de una réplica, absorto en el dilema apoltronado en su sofá. Ahora que le tenía delante, se le ocurrían ideas para mejorar su aspecto. Si aquello era lo primero que pensaba frente a aquel delirio de poeta victoriano, quizá estuviera preparado para lo siguiente. En una apuesta conservadora, el clon retomaría la charla con un «seguro».

«Seguro que quieres explicaciones. Eso sí, después de ofrecerme comida y bebida.

Pero no quiero nada».

«Entonces no somos tan parecidos…».

«Es que no me alimento de productos cocinados. Te extraña, ¿no?».

El anfitrión imitó del clon la postura en el sofá y contuvo una risita. La perspectiva de un Saúl privándose de tés, cafés y bocadillos a media tarde le dejaba tan perplejo como imaginar resultados distintos al único posible de sumar dos y dos.

«La semana pasada sufriste un accidente de coche. Circulabas por el carril exterior de una plaza circular cuando otro vehículo del interior decidió salir sin tenerte en cuenta. Él no frenó, pensando que tú lo harías. Tú lo hiciste tarde y chocasteis. El golpe lateral destrozó los parachoques de vuestros coches y tú perdiste el sentido. Despertaste un día después».

«Te confundes. Desperté al rato. Una señora me echó un jarro de agua fría sobre la cara».

«No, te condujeron inconsciente a casa y despertaste el día después, en tu cama. Yo viví por ti doce horas. Gasté en tu lugar una pequeña fortuna renovando el coche. Desperfectos y otros caprichos, ya de paso. Nada más abrir los ojos, yo regresé al almacén».

«No entiendo nada. No sé si verte como amigo o enemigo. Quizá debería llamar a la policía».

«Solo puedo hablarte desde la experiencia de los recién nacidos. Llegué al mundo real hace un mes. Tres de las cuatro semanas habité un espacio cerrado parecido a un gimnasio. Hombres con bata y gafas me enchufaban a ordenadores y conversaban sobre mi cuerpo y mi mente, o quizá sobre el tuyo. Me llamaban por tu nombre seguido de un código numérico. Un día entró un caballero en traje italiano caro. Saludó, apretó manos, me hizo una foto con su móvil y marchó sonriendo. Me hizo gracia saber lo que era un traje italiano caro, y también distinguir el matiz del asunto: que nunca había visitado Italia. Tú sí. Abracé conocimientos vicarios largo tiempo, luego me pusieron a dormir. Recuerdo sueños en un magma de nostalgia. Recuerdo tu primer beso, en un desván helado. Ella quería ir más allá. Tú escapaste, muerto de miedo. Me aterraba saberlo todo de ti, sin conocerte. Con el accidente, abrí los ojos. Viajé a oscuras por carreteras, ocupé tu lugar para rellenar formularios y agradecer a la señora que lavó mi cara con agua. Tú descansabas en casa, decían. Pasé aquí unos minutos, mientras se finalizaba el intercambio. Recuerdo el olor de las cortinas. La película invisible de grasa que delimita tus fogones. Oír tus ronquidos en el dormitorio me provocó una extraña necesidad de rezar».

«Yo no acostumbro a rezar».

«¡Qué casualidad, yo tampoco!, pero ¿nunca has sentido un pasmo raro bajo las vidrieras de las catedrales? ¿Frente a la *Piedad* de Miguel Ángel?».

«Es posible».

«Luego me apagaron en la nave donde vi la primera luz. Lamenté despedirme del mundo, cargado de ruido y belleza».

El Saúl que se creía real protestó. No alcanzaba a entender el propósito de encajar un gemelo en su rutina, y para un espacio de tiempo tan minúsculo. O qué decir de esos recuerdos tan vívidos de su vuelta al garaje, de cocinar una tortilla de tres huevos con atún para cenar, de llamar a sus padres y hermanos para informar del suceso, de improvisar cucamonas al teléfono a su sobrino de dos años, de perder, al final, la noche en programas de televisión hasta quedar dormido. Lo había leído

en novelas; aquello debían ser implantes cerebrales de memoria. Última tecnología de una malvada corporación.

«Me imagino, pero me es imposible de confirmar. Mientras dormías entraron aparatos en tu cuarto. Gente apresurada con la misma cara de científicos. Igual fueron ellos los que te inyectaron una réplica de mi memoria reciente. Compartimos esas doce horas en el recuerdo, supongo. Aunque las tuyas, perdona, sean falsas».

«Sigo sin encontrar el sentido. Cuanto más lo describes, más absurdo me resulta. ¿Quién va a ganar algo con los infortunios de un chef soso?».

«Dímelo tú. ¿Qué hiciste al despertar? Lo primero de todo. ¿Denunciar a alguien, una visita al médico, llamar a tu abogado? ¿Qué?».

«No, nada de eso. Habías acertado antes: comprobé que había gastado una pasta en renovar el coche».

«Mira el periódico».

Obedeció. La panorámica habitual de una crónica de sucesos, noticias del corazón y testimonios sensacionalistas no rompían el molde diario de, a su gusto, contrainformación. En una columna, a medio espacio, se divirtió al localizar una referencia a su accidente.

«Venga ya. ¿Dices que el gobierno nos utiliza para llenar espacios en la prensa con tonterías? ¿O que las tiendas de accesorios hacen negocio con accidentes?».

El falso Saúl no le acompañó en la risa.

«A mí no me mires, yo solo soy el títere de un ingeniero. En mi opinión, actuaron así contigo porque te gustan los coches. Con un loco de los videojuegos harán algo distinto. ¿Por qué no jugamos a las adivinanzas? Quizá no estás al corriente, pero hay un buen puñado de países en guerra civil. ¿Cuándo fue la última vez que oíste mencionarlos? Hambrunas, catástrofes, conflictos...».

Se le difuminó la curva de los labios, y para regatear la concesión de la verdad, no se le ocurrió mejor subterfugio que ofrecer de nuevo comida.

«Ya te dije que no como. ¿Qué nos ha pasado, Saúl?».

«Estamos cansados».

«Estamos cansados y tristes. Quizá deberíamos devorar la vida, no consentir que fuera al contrario».

«Bastaría con reaccionar ante las crisis. ¿Cómo has escapado de tu jaula?».

Le tendió una tarjeta de visita, de esas prefabricadas, con una imagen de una biblioteca de archivos libre de derechos y tipografía común. El nombre no le dijo nada. El prefijo de teléfono, en cambio, indicaba que el dueño era vecino suyo.

«Es un chico de trece años. Entró un mensajero en la nave, me llevaron en un coche y de repente estaba en su jardín. Dijo que me había reprogramado, y que tendría un fin de semana para despistarlos. Llámale, es un chaval muy despierto. De los que resuelven el cubo de Rubik en unos segundos. Ese tipo».

«Vale, pero mejor desde una cabina en la calle. Aquí me tendrán pinchado».

El clon, por fin, accedió a reír, y se estiró, sincero y natural. Se incorporó para mirar alrededor por última vez. Curioseó con el respeto de un visitante de museo que se despide de las obras. Cuando hubo terminado, regresó al salón, pidió estrechar la mano de Saúl y cinco minutos más para cambiar de aspecto en el baño. Después de maquillar su imagen, a Saúl le palpitaron sus interiores, como si le hubieran extirpado algún tipo de órgano lo bastante reemplazable como para vivir sin él pero lo bastante necesario como para añorarlo de por vida.

Lo vio marchar por la suave pendiente de la acera, camino a todos los rigores del mundo. No le había dicho su destino. Saúl dejó la puerta abierta. Esa fue la tercera cosa que hizo. Miró los libros que él había mirado. Recordaba todas las palabras de su biblioteca: trataban de la gente con la gente. Se preguntó si en alguno aprendería lo que es cuidar a un padre, a un hijo, a una esposa. La puerta continuaba abierta. Encuadró en ella la vista de la ciudad como en un fotograma, y la ciudad entera le encuadró a él: sus hombres, sus mujeres, aventuras por vivir. Ya vería la pelirroja. Se quedó un rato de pie, nada más, pensando.

DIEGO
Fernando Cañadas Mora

Diego corre por el Parque del Retiro, muy temprano. Por las calles colindantes no hay transeúntes, ni siquiera circulación de coches, únicamente tomadas por los autobuses municipales del servicio nocturno y algún que otro taxi.

El solitario corredor acelera el paso, dando grandes zancadas al ritmo de la respiración y los brazos. Exhala chorros de vaho por la boca cuando el sonido del cronómetro alerta de los minutos finales de carrera. Sin embargo, está lejos de conseguir su mejor tiempo.

Diego siente martillear las sienes y escocer las vías respiratorias por el sobreesfuerzo. El corazón pareciera estallar, suplicando su rendición al cronómetro, pero un recuerdo cruza su mente y pone los pelos de punta.

Sí, solo él es el responsable que su familia muriera en el accidente de coche. La fortuna quiso que sobreviviera para recordar del resto de su vida. La rabia, por la pérdida de sus seres queridos. La desesperación, pues no existe redención para él. La culpa, por su distracción al volante.

Esas sensaciones hacen de su locura voluntad para correr más deprisa sin importar las consecuencias. Hoy, su último día de entrenamiento y trabajo, no fallará.

Diego se aproxima a las figuras fantasmales que van delante, estirando la mano hacia su mujer con los hijos pequeños que le sonríen, comienza a sangrar por la nariz y cada gota refleja un recuerdo de su vida pasada, antes de entrar en la corporación tecnológica COMA. Simplemente era un padre feliz de familia con un trabajo corriente, hasta la fecha trágica.

Diego alcanza las presencias fantasmagóricas, pero al intentar abrazarlas, desaparecen.

–¡Diego! –exclamó Maiko, la geisha ciborg, agitando la manga ancha del laborioso kimono desde la entrada principal del parque.

Diego jadeó y escupió sangre, apoyado en la farola encendida. Momentos después caminó hasta llegar al transporte médico de la empresa, estacionado con los *warning* encendidos, donde ya esperaba su compañera del trabajo.

–Siento el retraso; ¿a dónde vamos? –preguntó a Maiko, al entrar en el vehículo con la capucha de la sudadera puesta y cerrarse de forma automática la puerta de mariposa.

–A la sierra norte de Madrid.

Diego se desnudó mientras Maiko, con sus alas plegadas y sentada en el sillón articulado, a través de los conectores de la columna vertebral recargaba las baterías del plumaje cilíndrico.

A continuación Diego pasó a la cabina médica y se puso el aparato respirador en la boca. Al cerrar la mampara hermética, se llenó por completo de agua burbujeante termal. Cerró los ojos y aprovechó para dormir durante el tratamiento automatizado, programado hasta que llegaran al destino.

***

Maiko había extendido sus alas de baterías cilíndricas, iluminando el gran cuarto en penumbras del paciente. Permanecía en pie detrás de Diego, sentado en la silla acolchada, y fluctuaba energía entre sus manos de porcelana y la cabeza de su compañero de trabajo.

La muñeca ciborg de fabricación japonesa permanecía conectada al sistema del electroencefalograma monitorizado del paciente postrado en la cama, también entubado por distintas vías a otros aparatos médicos.

Bajo la atenta mirada de la enfermera y el médico privado, la esposa adinerada cogía la mano del convaleciente.

–Antes de proceder con el contrato, Maiko, por favor, recuérdaselo a nuestro cliente.

–Dicho contrato firmado con la empresa tecnológica COMA, concreta; a cambio de ingresar por adelantado una suma cuantiosa de dinero en la cuenta bancaria indicada, uno de los agentes, Diego, en este caso, con la ayuda del ciborg de enlace neuronal, buscará en el sueño más profundo para traer de vuelta a cualquiera que pueda costearlo. Si Diego fallara en el intento y el cliente muriera, el familiar o quien fuera el contratante no tendrá derecho a devolución del capital, pues existe la posibilidad de que el ciborg pierda el enlace mental y tampoco sea capaz de rescatar de la muerte al empleado.

–¿Todo correcto? –miró a la esposa joven, quien asistió con la cabeza.

–Procedamos... –ordenó Diego.

Entonces los ojos rasgados de la geisha brillaron, desplegando en toda su envergadura las alas luminiscentes, sus manos de muñeca sintética generaron una aureola encima de la cabeza. Diego cerró los ojos, y al abrirlos, estaba dentro de la mente de su cliente.

...doblan las campanas en las afiladas torres de la catedral gótica, espantando bandadas de cuervos sobre las lápidas de los cementerios que alrededor se pierden a la vista del oscuro horizonte. Arrecia el viento gélido. Diego mira el cielo encapotado por las nubes de tormenta y por un momento, los rayos lunares alumbran el pórtico de entrada. Camina hasta llegar frente a los tres arcos de medio punto, sostenidos por gruesas columnas. Diego observa las monstruosas representaciones del arco central... También las estatuas adosadas de las columnas y la parte superior de los arcos que coronan las puertas. Todas las iconografías están sometidas por la escultura siniestra de su cliente, el viejo ricachón de nariz aguileña.

Diego empuja la puerta de madera labrada y cruza el umbral sombrío, escuchando el chirrido que reverbera en el interior de la catedral. Diego comienza a caminar por la nave central con bóveda de cañón y la claridad que ocasionalmente entra por las ventanas de la segunda planta muestra infinidad de cadáveres amontonados por doquier, hasta llegar a la bóveda del crucero de la planta de cruz latina, junto al altar mayor. El anciano está sentado en un trono de huesos y calaveras, delante de la capilla.

–Señor, es hora de volver... –dijo al anciano, extendiendo la mano.

...la figura alargada y curvada, vestida con traje chaqueta de color oscuro, se puso en pie y cogió las dos guadañas que estaban apoyadas en el respaldo de huesos...

–Maiko, necesito ayuda... –susurró.

La geisha ciborg articuló parte de sus plumas cilíndricas sobre el uniforme de Diego, sentado en la silla. Al instante, Diego, en el plano del subconsciente, se vio con la armadura japonesa puesta y desenfundó las dos katanas.

...la luna se esconde entre las nubes de tormenta y se hace la más absoluta oscuridad en la catedral. Diego solo puede ver el fulgor rojizo de los ojos del anciano y escuchar el silbido de las guadañas... La voluntad del anciano por no regresar es fuerte. Pues en aquel lugar de la mente, su mundo, cada día la catedral se llena de feligreses. Y cada anochecer de tormenta, el anciano los asesina con sus guadañas afiladas en un sueño sin fin, del que disfruta de forma febril y no quiere despertar...

Aunque la voluntad de Diego para cumplir con su trabajo también es férrea, algo no va bien, pues en cada encontronazo y chispas de los aceros, pierde terreno ante su oponente...

–¡Cielo! –susurró a Diego–. Mis plumas cilíndricas estallan cada vez que el anciano consigue golpearte, como bien sabes, para amortiguar daños en tu psique. A este ritmo pronto peligrará la energía suficiente tanto para mantener la conexión neuronal como el tiempo disponible en recuperarle del coma.

–Disculpa, no puedo concentrarme –contestó, bloqueando con el filo de sus espadas las guadañas de la figura siniestra–. Hoy hace cinco años que falleció mi familia... quizá debiera dejar que este viejo loco me trinche con sus guadañas para quedar atrapado en su mente por siempre y pagar de una vez por todas mi culpa...

–Diego, hemos resuelto pesadillas más difíciles. No es rival para ti, solo debes pinchar su cabeza con cualquiera de las espadas para que yo establezca contacto y pueda traerlo de vuelta del coma. No entiendo tu actitud. Tu sitio está aquí, conmigo...

–No Maiko, estoy tan cansado...

Las plumas lumínicas de la muñeca ciborg estallaron una y otra vez en polvo cristalino, oscureciendo gradualmente la habitación del paciente.

–Diego, ¿has olvidado que hoy hace dos años que vivimos juntos?

–Maiko...

–¿Acaso no significa algo para ti que seamos amigos y amantes? ¡Que te quiera!

...Diego se desplaza a velocidad sobrena-

tural en el plano del subconsciente… esquiva las guadañas y esgrimiendo sus espadas contraataca a la silueta alargada y curva que se desvanece también… La figura tenebrosa esta vez toma la iniciativa del combate, pues no quiere despertar del sueño y lanza el ataque con furia desmedida. El tiempo de reacción es prácticamente inexistente entre los golpes de las guadañas y la defensa de las katanas; de ese modo, Diego y la sombra se difuminan por la nave central entre los cadáveres amontonados, que abren los ojos para ver el espectáculo…

–Lo siento, Maiko…

–¿Cuántas veces me has dicho que me quieres, Diego? ¡Muchas!

–Perdona…

…Diego se detiene en el sitio, suelta sus armas y cae de rodillas al suelo… La figura sombría le atraviesa repetidas veces con sus guadañas al mismo tiempo que las plumas del ciborg explotan sucesivamente hasta desparecer el último cilindro lumínico, entonces la conexión neuronal se interrumpe…

Maiko se desviste del kimono ante la sorpresa de los presentes. De su cuerpo de muñeca de porcelana comienzan a sobresalir los generadores de emergencia, desprendiendo rayos de plasma. Y cerró los ojos, fluctuando otra vez la energía entre sus manos nacaradas y la cabeza de su compañero de trabajo, nace de nuevo la aureola.

…Maiko camina por el cementerio del subconsciente, entre infinidad de cruces marmóreas, lápidas y tumbas, observada por los ojos brillantes de los cuervos posados en los árboles secos. El viento agita las coloridas sedas de su laboriosa vestimenta y en ocasiones los claros de luna reflejan su palidez artificial, hasta llegar frente al pórtico de la catedral.

Maiko se encoge, apretando los puños contra el pecho, grita un nombre con todas sus fuerzas.

La explosión sónica arrasa la catedral, lanzando cada una de sus piedras a la oscuridad del horizonte, entonces puede ver a Diego en el suelo con las guadañas clavadas y la figura siniestra riendo al lado. Maiko camina hacia allí. Puesta en cuclillas acaricia el rostro del hombre que está agonizando… «Diego, antes de regresar al mundo material, manipularé tu mente para borrar parte de tu vida». «Esta IA, que te ama, insertará recuerdos en tu memoria como si hubieras vivido otra vida plena y feliz junto a tu familia, olvidando el accidente fatídico». «Morirás en la vejez virtual y podrás descansar en paz». «Te quiero».

…Maiko se pone en pie y las vaporosas sedas atrapan la figura sombría hasta inmovilizarla, a continuación, estas se arremolinan en torno a ellos…

El anciano murió en su lecho, entre los sonidos de alerta de los aparatos médicos conectados. Rodeado por la enfermera y el médico que se apresuraron por atenderle. Así como su joven esposa, que rompió en llanto.

Maiko abrazaba y acunaba en su regazo a Diego, quien esbozó una sonrisa y suspiró al fallecer.

CÁLCULO INESPERADO
por Daniel González

Cuando pensábamos en el Primer Contacto siempre esperábamos que una enorme nave espacial bajara de los cielos y que de ella surgiera alguna voz acústica diciendo que venían en paz o, cuando menos, platillos voladores descendiendo en cada capital, transmisiones de imágenes a cada aparato de televisión del mundo, en fin, que los alienígenas llegaran a tocarnos la puerta.

Al final resultó que ningún ovni fue nunca un vehículo extraterrestre y que todos los contactados mentían. No hubo jamás abducidos y tampoco fueron las pirámides creadas por antiguos astronautas. Todo esto se supo (yo era un niño en esa época) cuando recibimos las primeras transmisiones radiofónicas provenientes de una civilización localizada en Alfa Eridani. Al principio era un simple código binario de números primos que permitió saber que eran de una fuente inteligente; luego vinieron imágenes de la civilización en cuestión y unos curiosos planos que explicaban cómo crear un sistema de comunicación muy sofisticado.

Una vez que nuestros científicos lograron crearlo y tras traducir la lengua de los eridanios, descubrimos la triste realidad: nadie podía viajar más rápido que la velocidad de la luz. Ninguna civilización conocida del universo había conseguido, hasta ahora, descubrir la manera en que la masa fuese capaz de superar velocidades superlumínicas. El viaje interestelar tomaría décadas hacia las estrellas más cercanas, así como siglos y milenios a otras partes de la Vía Láctea y millones de años para llegar a otra galaxia, haciéndolo, para todo efecto, impráctico.

No obstante, los eridanios y otras civilizaciones habían descubierto que la información sí podía viajar más rápido que la luz; que partículas cargadas con códigos informáticos podían ser aceleradas a través de agujeros negros permitiendo que rompieran la barrera de la luz y ser recibidas por sistemas de comunicación muy elaborados. Si bien diversos agujeros negros se usaban para ese fin, el agujero supergigante en el centro de la galaxia funcionaba como una colosal central telefónica que permitía transmitir hacia toda la Vía Láctea y a galaxias cercanas.

Bueno… aunque más que una red telefónica, la red intergaláctica de comunicación funcionaba como la internet.

Crecí en un mundo maravilloso. Un mundo en donde podías participar de salas de chat con nativos de otros planetas, en donde las redes sociales no solo te permitían tener amigos de todos los países sino de todos los planetas, en donde incluso era posible una videoconferencia con seres a miles de años luz de distancia.

En caso de que se lo pregunten, la red astral incluía también un sistema de traducción automático, aunque en el caso de las videoconferencias se mostraba más como subtítulos a menos que te tomaras la molestia de aprender el idioma de los interlocutores, algo que estaba muy de moda, pues muchas universidades daban cursos de lenguas alienígenas.

Sin embargo, era la realidad virtual la forma más estimulante de contactar a seres extraterrestres. El problema es que era muy cara. Las personas podían pagar para introducirse en unas cabinas de realidad virtual en donde te conectaban a unas máquinas especiales y proyectaban imágenes dentro de tu mente en tiempo real, junto a otros usuarios que podrían estar haciendo lo mismo en cualquier parte del universo alcanzable. ¡Era lo más parecido que teníamos a un contacto cara a cara!

Provengo de una familia muy rica, así que nunca fue problema para mí pagar por una experiencia que la mayoría de personas solo logran costear una vez en su vida. Visitaba así muchos planetas, pero la mayoría de puntos de reunión de diversas especies era en escenarios virtuales inexistentes, que usualmente asemejaban bares, centros vacacionales, parques o cosas por el estilo. Mi favorito era un bar llamado Área 51 (sí, fue creado por humanos) que simulaba una discoteca y en donde podíamos ver seres de todas las especies. Criaturas difíciles de imaginar para cualquiera; seres velludos que asemejaban osos hormigueros bípedos, que parecían un ciempiés gigante, que tenían tres trompas en la cabeza y

varios tentáculos por extremidades, criaturas insectoides similares a un díptero gigante, o seres lanudos a los que no se les podía ver los ojos pero sí sus enormes bocas llenas de colmillos y una nariz como de cerdo, o los propios eridanios, que parecían un pez globo… en fin. Había muy pocas especies humanoides en el universo. Una de ellas era la de Azzasi.

Conocí a Azzasi en la barra de Área 51. Una humanoide hermosa, de piel verde claro con algunas manchitas como pecas que le recorrían el cuello y la espalda, un cabello largo de color anaranjado brillante y los ojos ligeramente achinados. Vestía un ajustado traje que parecía hecho de un material plástico y que resaltaba su figura esbelta, tan similar a la de una mujer humana, aunque un poco más delgada (era notorio que tenía menos costillas que nosotros y un tórax un poco más estrecho). Tenía cuatro dedos más largos que los dedos humanos, excepto el pulgar, que era más o menos del mismo tamaño que el nuestro. En cuanto la vi, me cautivó. Hablaba con un eridanio y una criatura similar a un gorila, aunque de color azul, pero en cuanto notó que la miraba se despidió de ellos y se me acercó.

—Hola —me dijo sonriente. En realidad habló en su lengua pero pude ver mediante un cuadro de texto flotante a su lado una traducción simultánea de lo que me decía—. Mi nombre es Azzasi, noté que me mirabas mucho.

—Sí, es verdad. Mi nombre es Richard. Espero no haberte incomodado.

—Para nada. ¿De qué planeta eres?

—Se llama Tierra.

—Ustedes son muy parecidos a nosotros. Yo provengo de Véntula, está aquí —dijo señalando uno de los muchos mapas astrales localizados a lo largo del bar virtual para que los comensales pudieran señalar dónde vivían.

—Véntula —dije mirando la carta—. En mi mundo le llamamos Gliese 581 c, está muy cerca de la Tierra.

—¿Cerca?

—Bueno… relativamente. A nuestra nave más veloz le tomaría unos treinta años llegar allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy ingeniero aeroespacial. Más por obligación que por vocación, mi familia amasó su fortuna con el turismo espacial y vendiéndole tecnología astronáutica a diversos gobiernos.

—¿Turismo espacial?

—Sí. Actualmente podemos enviar naves en pocas horas a cualquier planeta de nuestro sistema solar, y tenemos colonias en nuestra única luna y un planeta cercano llamado Marte. Mucha gente paga por visitar esos planetas. Hemos enviado algunas naves tripuladas por robots más allá de nuestro sistema solar y a los sistemas solares cercanos, aunque a estas últimas les tomará algunos años llegar a su destino. Yo diseñé un sistema…

Y así hablamos por muchas horas. Ella parecía fascinada por todas mis palabras, pero yo estuve igual cuando me contó sobre su planeta, su cultura y su sociedad.

El tiempo pasó. Azzasi y yo conferenciábamos por video a menudo, pues nos habíamos tomado el esfuerzo de aprender la lengua uno del otro. Además la tenía agregada a mi perfil y ella me enviaba muchas fotos de su planeta y de ella con su familia y amigos, y yo hacía lo mismo. Su mundo era muy bello; tenía el cielo de color púrpura durante el día y una extravagante vegetación muy diferente a la de la tierra; las plantas no eran solo verdes sino de diversos colores vivos y los árboles no eran de madera sino que más bien parecían un hongo gigante o un tubérculo. En la noche se apreciaban cinco lunas en el firmamento. La arquitectura era muy diferente también, pues se basaba en una geometría circular, al contrario de la nuestra. Casi ninguna estructura tenía esquinas, sino que todo edificio era cilíndrico, esférico o circular.

Pero, aunque pasábamos mucho tiempo chateando, escribiéndonos y conferenciando, lo cierto es que solo en la realidad virtual éramos capaces de tocarnos. Aunque fuera un toque sintético y un pobre sustituto a las caricias reales. Azzasi y yo nos enamoramos. Hicimos el amor muchas veces en lugares virtuales diseñados por mí. Visité simbólicamente su planeta y ella el mío. Mantuve con ella lo que a todos los efectos era una intensa relación amorosa por muchos años, rechazando los avances que me sobraban de muchas mujeres

terrestres, cada una más hermosa que la anterior, porque mi corazón solo estaba interesado en Azzasi. Ignoré las insistentes presiones de mis padres para casarme y sentar cabeza, asumiendo mi puesto como heredero de la fortuna familiar y finalmente decidí que no podía vivir sin ella y que la realidad virtual ya no era suficiente.

—Iré a Véntula —le dije una noche después de que hicimos el amor al lado de las hermosas cataratas Thuleni en su planeta… o, mejor dicho, de una proyección virtual de estas. Ella me miró sorprendida.

—¿Qué dices, mi amor?

—Sí, Azzasi. Estoy invirtiendo toda mi fortuna en crear una nave espacial que me permita viajar hasta Gliese 581. Seré el único ser vivo en ella porque nadie más aceptaría una misión de treinta años, pero será tripulada por robots.

—¿Qué comerás? ¿Cómo sobrevivirás?

—Hemos desarrollado un sistema de animación suspendida que me mantendrá en coma por todo ese tiempo. Envejeceré, pero al menos podré pasar a tu lado el resto de mi vida.

—Pero no podrás regresar a tu mundo. Dejarás atrás tu familia, tus amigos, tu fortuna.

—Nada de eso me importa. Te amo y quiero estar a tu lado. Poder tocarte en verdad, acariciarte, poder hacerte el amor.

—Está bien, si eso es lo que quieres, aquí te esperaré. Los ventulianos podemos vivir por muchos siglos, así que treinta años no es mucho tiempo. Solo que te extrañaré mucho.

—Ojalá pudiera mantenerme conectado, amor, pero mi mente debe estar inconsciente para que la animación suspendida funcione.

Trabajé arduamente en el proyecto invirtiendo muchas horas e incontable cantidad de recursos y dinero. Empleando a cientos de personas y a pesar de las objeciones de mis padres. Intentaron cortarme los fondos, pero de nada sirvió. Varios gobiernos estaban interesados en que el primer humano llegara a otro planeta y se ofrecieron a financiar la aventura, así que al final mi padre cedió. Mi historia pasó a los noticieros como una de esas notas cursis y románticas haciéndome famoso. Miles me escribieron para brindarme apoyo.

Gliese se encontraba a poco más de veinte años luz de distancia. Nuestras naves más veloces podían alcanzar casi la velocidad de la luz, por lo que, por ejemplo, viajar a Alfa Centauri, que está a cuatro años luz de la tierra, tomaba seis años. Mi viaje a Gliese tomaría treinta, si no había ningún desperfecto o suceso inesperado.

Una vez en animación suspendida, mis signos vitales se reducirían al mínimo. Sería alimentado por vía intravenosa y mi respiración bajaría tanto que el aire debería rendir para treinta años, sumado a que habría un pequeño jardín hidropónico que sería atendido por los robots para producir más oxígeno. El alimento intravenoso también debería bastar tomando en cuenta que estaría inmóvil. Los robots pilotearían la nave y cuidarían de mi estado de salud.

Me coloqué dentro de la cápsula en donde tendría mi sueño de tres décadas. Los robots me inyectaron el químico especialmente diseñado que me mantendría inconsciente todo ese tiempo… ¿o debí decir semiconsciente?

La nave dejó la Tierra para nunca más volver.

Tuve tres décadas de extraños y alocados sueños. A veces pesadillas que duraban meses, a veces sueños placenteros, pero mi mente desvariaba. Pensé que estaba totalmente loco cuando finalmente fui despertado por los robots. ¡Había llegado a mi destino!

Mi nave aterrizó en Véntula, como estaba planeado. Los ventualianos esperaban mi arribo con entusiasmo. Se trataba, después de todo, del primer y quizás único ser de otro mundo que llegaría a visitarlos. Salí de la cápsula tembloroso, con mi salud muy dañada por el prolongado período de estar acostado. Apenas podía caminar. Miré mi rostro en un espejo; habían pasado treinta años pero parecía que había envejecido más. Tenía el rostro surcado de arrugas y varias canas, así como una larga barba y cabellera despeinadas. Era deber de los robots asearme y cortarme el cabello y la barba cada cierto tiempo, pero parece que no lo hicieron los últimos años del viaje por razones que desconozco. ¿Me querría Azzasi

aún con este aspecto horrible? ¿Y si ya se había olvidado de mí? ¿Y si murió por alguna causa natural?

—¡Richard! ¡Richard! —escuché su dulce voz gritando desde afuera— ¡Mi amor! ¿Estás ahí? ¡Sal!

Mis dudas se disiparon. Abrí la compuerta principal de mi nave y emergí hacia Véntula…

Allí estaba Azzasi, al lado de cientos de ventulianos como ella y toda su familia. Mirándome hacia abajo. Me sentí como una sabandija… como un insecto… sus ojos derramaron lágrimas al verme, que secó rápidamente intentando cubrir su decepción. Aun así se hincó de rodillas y me alzó en sus manos… bueno, en una mano.

¡Maldita sea! ¿Cómo no pensé en eso antes? Era imposible saberlo por las fotos e incluso por las transmisiones de video, pero ¿y la realidad virtual? Tal parece que los escenarios virtuales hacían que todos los usuarios aparecieran juntos en un tamaño similar, aunque en la realidad no fuera así…

Los ventualianos, por ejemplo, son seres gigantes, como todo su planeta lo es respecto a la Tierra. Un humano cabe en la palma de su mano.

«Vi lo mismo que ellos; un objeto sombrío muy extraño que sobrevolaba el mar y que luego se detuvo en un punto, suspendido en el aire. Pero estaba demasiado lejos para divisarlo bien. A mí se me parecía a un gran y grotesco buitre de cuyo abdomen brotaban gusanos repugnantes… pero cada quien veía otra cosa.»



LOS POSEÍDOS

Por Daniel González
Ilustración de Ricardo García Hernanz

CAPÍTULO I

Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el infierno entregaron los muertos que había en ellos.
Apocalipsis, 20:13

Guanacaste, Costa Rica, viernes 21 de diciembre.

Mi hermano Carlos, su novia Mariela, mi novio Bernal y yo, que me llamo Aurora, nos enrumbábamos hacia una playa rural muy alejada y de difícil acceso. Para llegar a ella debíamos recorrer un sendero muy agreste y pedregoso a través de una inhóspita zona montañosa mediante el Land Rover 4×4 de mi hermano y equipados con todo lo necesario para un buen paseo.

Por tardanzas achacadas a nosotras las mujeres —injustamente, claro—, nos alcanzó la noche antes de llegar a nuestro destino y tuvimos que recorrer los montañosos páramos bajo las más absolutas tinieblas solo rotas por los faros del automóvil. El trillo que atravesaba una serie de rocosas colinas y que conectaba la carretera principal con la famosa playa no estaba pavimentado ni nada cercanamente similar y el automotor brincoteaba constantemente conforme se trasladaba por entre piedras, troncos y otros obstáculos naturales franqueados por una enmarañada foresta de árboles secos y arbustos amarillentos resecados por el clima caluroso del lugar. Bajo la luz

de la luna llena resultaba realmente lúgubre ese ambiente tan escabroso y desolado. Y, para crisparme más los nervios, una extraña figura estaba de pie a un lado del dificultoso trayecto. Por la lobreguez imperante fuimos solo capaces de distinguir su forma humana cuando estuvo cerca. Era un hombre de edad madura, vestido con una camisa blanca y unos pantalones de mezclilla todos roídos y que se tambaleaba torpemente sin moverse demasiado del mismo lugar. Expedía un hedor repugnante y se notaba que estaba todo sucio. —Cierren las ventanas —recomendó mi hermano Carlos, ya fuera para evitar que penetrara el olor o para protegernos de cualquier exabrupto del misterioso individuo. Nos observó fijamente con una mirada inyectada de sangre en cuanto pasamos a su lado y pronunció un extraño e inhumano rugido similar a un gorgoteo siniestro. —¡Hijueputa borracho! —fue el comentario de mi hermano, y seguimos el camino. Proseguimos el trayecto atravesando en las tinieblas aquel sendero tan lóbrego y macabro. Empezó a darme sueño y comencé a cabecear pero una noticia en la radio me espabiló un poco. —¿Ovnis? —decía la voz del locutor—. Pues así como lo oyen, estimados radioescuchas, se reporta el avistamiento de ovnis en Puntarenas, Limón y Guanacaste… por toda la costa, tanto la caribeña como la atlántica, señores. O eso dicen los crédulos. ¡Pero estos son especiales! —adujo con cierta ironía en su tono—, dicen que parecen orgánicos. Sí, así como lo oyen, los que informan al respecto aseguran que sobre los mares han estado sobrevolando unos objetos no identificados como hechos de carne o algún material natural. ¡Tal pareciera que pasaron de moda los ovnis de luz o los platillos voladores! —Qué idiotez —dijo mi hermano, y cambió la estación. —Antes era el chupacabras y luego las brujas de Guanajuato —anunciaba otro locutor radial— y ahora la gente habla de monstruos en el cielo —se rio—, sí, monstruos. Aunque las descripciones no se ponen de acuerdo, tal parece que nadie sabe cómo son realmente. Todos coinciden en que vuelan, pero hay quienes dicen que tienen alas de murciélago y otros aseguran que tienen tentáculos de pulpo, incluso algunos los describen como un rollo de tripas volador. Acaban de subir un video a internet… voy a verlo… ¡Diablos! ¿Qué es esa cosa…? Mi hermano apagó la radio y poco después arribamos a nuestro destino. La afamada playa, en efecto, era un lugar tranquilo, pero estaba atestado de familias y grupos de amigos que acampaban a orillas del mar y de un arroyo subsidiario. Bajamos las maletas del auto y montamos un campamento con dos tiendas para cada pareja y una parrilla en donde asamos sabrosa carne y consumimos buen licor. No hubo ningún otro imprevisto salvo el aullido lastimero y cacofónico de un perro que sonaba como un lamento de ultratumba. Todo el mundo hablaba de los ovnis, aunque mi hermano era escéptico y lo descartaba como una chabacanería sin importancia. La radio continuaba tocando el tema a cada rato, científicos de la NASA habían descartado los avistamientos asegurando que ninguno de sus sistemas de detección de cometas u otros cuerpos celestes había descubierto nada inusual entrando a nuestro sistema solar y mucho menos a la atmósfera. Entonces hubo quienes dijeron que venían del fondo del mar. Una fuente confidencial filtró que el gobierno de Estados Unidos había movilizado a la fuerza área y otros estamentos militares para investigar el tema y ya se escuchaban casos de histerias masivas provocadas en algunas zonas rurales.

Esa noche, mi novio y yo nos sumergimos en un pasional desenfreno carnal y no dormimos salvo por breves intervalos entre un encuentro sexual y otro.

El día del sábado pasó sin mayores contratiempos, aunque las noticias que percibíamos en la radio habían empeorado. Reportaban motines violentos en diferentes países del mundo iniciados la noche anterior y cómo algunas naciones desarrolladas habían comenzado a movilizar el ejército para intentar contener los extraños estallidos de violencia incontrolable. Se informaba sobre incendios, toda clase de crímenes y actos atroces que los periodistas no quisieron describir, lo que nos

hizo optar por cambiar la estación y escuchar música para alejar de nuestras mentes las desagradables noticias.

Una nueva y plácida noche —aderezada con pasión— transcurrió sin mayores inconvenientes y luego llegó el domingo (el día previo a nuestra partida, programada para el lunes por la mañana) y, salvo por una discusión airada que tuve con mi novio Bernal, nuevamente nada se salió de la rutina.

El motivo de la discusión seguía siendo el tema de los malditos ovnis. A horas del crepúsculo, grupos de desconocidos empezaron a señalar hacia el horizonte y yo me acerqué. Vi lo mismo que ellos; un objeto sombrío muy extraño que sobrevolaba el mar y que luego se detuvo en un punto, suspendido en el aire. Pero estaba demasiado lejos para divisarlo bien. A mí se me parecía a un gran y grotesco buitre de cuyo abdomen brotaban gusanos repugnantes… pero cada quien veía otra cosa. Bernal dijo que era solo una nube negra. —¡No es una nube! –reclamé, y así empezó la discusión. Si tan solo hubiera sabido… no debí malgastar esos momentos.

Debido a nuestra riña, él tuvo que dormir en una hamaca afuera de la tienda.

La noche era igual de calurosa que el día y la luz de la luna bañaba de tono plateado el ambiente. Las olas del mar repicaban en su incesante vaivén y de entre sus aguas comenzaron a emerger unas figuras repulsivas y macabras.

Primero brotaron sus cabezas resurgiendo de entre las aguas, sin necesidad de respirar. Poco a poco, el resto del cuerpo fue visible hasta que un conjunto de húmedas y goteantes figuras que deambulaban torpe y temblorosamente caminó sobre la arena.

De todo esto era ajeno Bernal, que estaba profundamente dormido. Para cuando abrió los ojos, al percibir una gélida presencia a su lado, profirió un gemido pávido al contemplar un espeluznante sujeto de piel grisácea y que hedía a putrefacción que lo miraba con un rostro contraído en una mueca de furia. El ser se lanzó encima de él de inmediato y comenzó a rebanarle el cuello a mordiscos.

Escuché el desgarrador grito de Bernal y me desperté sobresaltada. Alrededor de mi tienda merodeaban las siluetas observables a contraluz de siniestras figuras y me embargó un pánico instintivo.

Mi hermano Carlos y su novia Mariela estaban —como las dos noches anteriores— distraídos haciendo el amor y fueron interrumpidos súbitamente cuando su tienda fue atacada por entidades escabrosas y pestilentes. A lo largo de todo el campamento se escuchaba una temible orquesta de alaridos y clamores desesperados conforme las personas eran atacadas por una masa de hambrientos caníbales que provenían de todas partes, y el caos estalló en el lugar.

Vi abrirse el cierre de mi tienda y un ser de rostro deforme se asomó por la abertura, dispuesto a devorarme. —¡Aurora! ¡Aurora! —llamó mi hermano. —¡¡Auxilio!! —grité con todas mis fuerzas, y mi hermano reaccionó de inmediato. Guardaba una pistola en la guantera como protección en caso de asaltos y con el arma le disparó a la abominación terrible que penetraba en mi tienda. Le disparó tres veces, pero las dos primeras balas se incrustaron en su espalda sin mayor efecto salvo el empujón del impacto y no fue hasta que la tercera se adentró por su cráneo, salpicando de sesos el exterior, que el espantajo falleció. —¡Ven! —gritó, extendiéndome la mano, y salí de allí. Afuera se escenificaba un marasmo dantesco. Decenas de personas eran devoradas vivas por cadáveres antropófagos. En realidad, me estremezco solo de recordarlo y aún me persiguen por las noches los gritos ensordecedores de desgraciadas víctimas muertas a mordiscos; hombres, mujeres, niños, ancianos… ¡Ah, qué horrible! Recuerdo aquella mujer eviscerada, con su abdomen abierto y sus entrañas siendo extraídas por los muertos, quienes las roían hambrientos. Exclamaba con agónicos quejidos porque ya estaba moribunda y el dolor la había enloquecido. De la boca de uno de los seres brotaba una mano en miniatura que devoraba con afán… Dios mío… ¿aquella mujer había estado embarazada?

Aquella visión me crispó aún más. Caí sobre el suelo vomitando y luego me cubrí la boca con horror. El ambiente estaba repleto del hedor a muerte y sangre y de los lamentos ensordecedores de las personas que eran descuartizadas. Sentí cómo un líquido tibio me salpicaba la piel y luego descubrí que era la sangre que manó de un anciano cercano a mí a quien dos criaturas le abrieron la caja torácica con violencia extrayéndole los órganos para engullirlos.

Carlos, Mariela y yo corrimos hasta nuestro vehículo. Cuando estábamos abriendo las puertas, el cadáver reanimado de un perro saltó sobre Mariela desgarrándole la garganta. Los disparos de Carlos —que vaciaron el cargador— sirvieron para asesinar al diabólico can y contemplar el cadáver degollado de Mariela que, para nuestro horror, comenzó a convulsionarse epilépticamente y a moverse hasta ponerse de pie. Nos adentramos en el auto mientras Mariela, transformada en un zombi, golpeaba las ventanillas ensangrentándolas, y era dejada atrás conforme Carlos arrancaba a toda velocidad.

El día comenzaba a aclarar y Carlos conducía a toda prisa su Land Rover por la pampa guanacasteca mientras escuchábamos la radio. Las noticias eran lapidariamente desalentadoras...

De manera inesperada, un ejército de horribles cadáveres comedores de carne se liberó por todo el planeta. Una crisis tan bizarra que ningún gobierno estaba preparado, y un océano de caníbales putrefactos infestó cada calle y cada avenida del globo. ¡Un macabro final para la humanidad!

En cuestión de días, miles de personas fueron devoradas hasta los huesos y otros tantos habían sido mordidos y contaminados con la monstruosa peste, tornándolos en zombis que, en sus primeras etapas, eran capaces de correr, aunque algo torpemente. Observamos cómo hordas de monstruos carnívoros desolaban las comunidades rurales y atacaban todo lo que se movía, desde las vacas en las vastas llanuras hasta sus propios familiares dentro de las rústicas viviendas.

Al llegar a las zonas más urbanas contemplamos un caos catártico de patrullas y ambulancias, vehículos en loca escapatoria que chocaban entre sí, personas que corrían perseguidas por ávidos muertos vivientes, incendios que nadie atendía, caballos que huían despavoridos y alocados disparos de personas intentando defenderse.

La inseguridad ciudadana jugó a favor de algunos de nosotros. En las zonas urbanas de mi país era común que las casas estuvieran fuertemente enrejadas por temor a los maleantes, aislándolas del exterior. Esto permitió que muchas familias se protegieran de los furiosos y hambrientos zombis, que eran incapaces de traspasar los barrotes, como fue el caso de mi hogar. Cuando llegamos a mi barrio en San José la extraña aberración que estaba devastando la Tierra apenas comenzaba. Mi hermano vivía en su propio apartamento, al que no tenía sentido ir, mientras que yo vivía con mis padres. Al parquear-aparcar frente a la casa de clase media que era mi residencia, nuestra madre salió a recibirnos con semblante atormentado. —¡Gracias a Dios que están ustedes aquí! —Mamá —ordenó Carlos, mientras él y yo nos metíamos a la casa—, métete y cierra todo con llave. ¡Rápido! —¡Pero su papá no ha regresado! —sollozó ella—, lo he estado llamando al celular y las líneas están saturadas... —¡Papá ya está muerto! —aseguró Carlos con sangre fría haciendo una deducción perfectamente lógica.

Decenas de zombis se aproximaban corriendo a toda prisa hacia donde estábamos, así que nos encerramos en nuestra vivienda.

Espeluznantes monstruos cadavéricos se agolpaban frenéticamente tratando de pasar las rejas que separaban nuestra casa del exterior, mostrándonos sus dientes ensangrentados y extendiendo sus roñosas manos hacia nosotros mientras nos asomábamos por la puerta. Escuché los alaridos de los infortunados transeúntes que fueron sorprendidos caminando por la calle, de las familias que tuvieron la mala suerte de no haber podido cerrar los portones a tiempo o, peor aún, de aquellos que incautamente abrieron la puerta

a algún ser amado ya transmutado con fatídicas consecuencias. Se escucharon algunos ruidos de disparos, una que otra sirena de policía o ambulancia —que no duraba mucho— y el aullar lastimero del pastor alemán de los Fernández Acuña, que vivían al final de la calle. El infortunado can estaba amarrado en el jardín separado solo por una barda de madera. Los furiosos zombis estaban a punto de romperla e invadir el césped para luego devorar al pobre perro, pero algún vecino misericordioso que tenía un rifle le disparó desde la ventana de un segundo piso en la calle de enfrente evitándole sufrimiento al animal.

Las imágenes que transmitía la televisión eran infernales, pero también lo eran las que podíamos ver desde la ventana de nuestra casa; un festín antropófago. Decenas de estos espantajos alimentándose de la carne humana. Charcos de sangre en el pavimento y las aceras y el sonido horrendo de aquellos chasquidos conforme masticaban la carne y roían los huesos. Don Hernán, el vecino de enfrente, que había sido un sujeto corpulento en vida, alimentaba a varios de estos seres que peleaban primitivamente por las mejores porciones, y pude ver horrorizada mientras le arrancaban la piel a tirones, hasta que las náuseas me lo impidieron y cerré las cortinas.

En algunos países el ejército había iniciado procedimientos de salvamento con diferentes grados de éxito, pero ni siquiera los soldados eran lo suficientemente efectivos contra las hordas imparables de muertos resucitados. No obstante, mi país no tenía ejército, así que era poca la ayuda que podía esperar. La Comisión Nacional de Emergencias y la policía hicieron lo que pudieron, pero pocos días después del brote ya no había autoridades funcionales. Los reconocidos periodistas de Canal 7 nos pedían mantener la calma mientras mostraban imágenes del Aeropuerto Internacional Juan Santamaría en Alajuela, el mayor del país, donde tres mil personas intentaban escapar por avión inútilmente y saturando las instalaciones asediados por zombis.

En las últimas transmisiones se escuchó a los pastores evangélicos debatiendo sobre el fin del mundo, la Gran Tribulación y —sobre todo— el esperado Rapto, que no había acontecido.

Siempre fui escéptica ante las famosas predicciones apocalípticas. Aunque era una mujer joven, era también una científica (soy bióloga) y todo eso del calendario maya y de la destrucción del mundo me parecían supercherías. ¡Y pensar que resultó ser cierto! Un día de tantos, los muertos sencillamente se adueñaron de las casas y tomaron el planeta.

Mi hermano me sacó de las cavilaciones ordenándome que hiciera algo. Obedecí y revisé la refrigeradora y la alacena; lo que vi era alentador pues, preparándose para las fiestas y cenas de fin de año, mis padres habían acumulado una cantidad enorme de alimentos de todo tipo. Otro golpe de suerte fue que nuestro finado padre pretendía montar un negocio de proveedor de alimentos enlatados y había adquirido una cantidad considerable de cajas repletas de comida en lata. Los comestibles no nos durarían eternamente, pero teníamos suficiente para sobrevivir por un buen tiempo. Guardé toda el agua que pude en botellas y cazuelas mientras mamá lloraba desconsolada en el sillón.

Entonces escuchamos un maullido. Pero no se trataba de un maullido normal, sino de uno estridente y agónico como emitido por un espíritu demoníaco. Sin embargo, mi madre pareció alegrarse y corrió hacia el origen del sonido. —¡Michi! —celebró— ¡Estás bien! Era la gata de la casa, que había entrado por la ventana abierta del baño. Mi mamá adoraba a esa mascota y no notó que estaba muerta —tenía marcas de neumáticos en su lomo. —¡Mamá! ¡NO! —intenté advertir, pero fue inútil. El gato saltó sobre ella y la mordió en el brazo. Mi hermano mató al animal aplastándole la cabeza con una sartén. Tras esto, y aunque le proporcionamos los cuidados que nuestro botiquín nos permitió, la herida se infectó y una gangrena horrenda y apestosa consumió su brazo. Pronto fue víctima de jaqueca, fiebre, temblores nerviosos y alucinaciones psicóticas, hasta que nuestra madre... ya no era ella...

CAPÍTULO II

Pidan su absolución, el Diablo está cerca, esta tierra está condenada.
Profecía de Anneliese Michel, joven poseída por siete demonios que falleció durante el exorcismo en 1976

Después de que su frenesí caníbal pasara y las calles y aceras estuvieran repletas de sangre y osamentas humanas, los zombis se dedicaron a merodear sin consciencia produciendo una verdadera pestilencia.

Mamá continuaba con fiebre y temblores epilépticos en su cuarto. La atendíamos lo mejor que podíamos. Yo le limpiaba el sudor de la frente y trataba de mantenerla cómoda. Intenté darle de comer pero nunca aceptaba. Siempre hablaba sola o con extrañas alucinaciones y nunca decía nada coherente. Había sido una mujer religiosa, así que le puse un rosario en sus manos.

Susurraba cosas ininteligibles y su brazo infectado hedía repulsivamente, pero me senté a su lado y la escuché…

—El Maestro de las Tinieblas espera en el Abismo su advenimiento inminente… Sombras infinitas están por ser desencadenas… Sangre y muerte, abundante como mil océanos… La agonía del cosmos, espantosa y horrenda… Un grito que nunca termina… La Gran Pesadilla está por comenzar… Ecos distantes de tiempos de monstruos y tinieblas y seres abominables… Muy pronto, el Caos se extenderá y conquistará todo a su paso y la luz no será más.

¿Qué significaban esas enigmáticas palabras? ¿Y por qué utilizaba mi madre ese vocabulario tan poco común en ella?

—¿Mamá? —le pregunté—, ¿mamá, me escuchas? ¿Qué estás diciendo?

—…la Gran Ramera será la que Anuncie el Advenimiento… Ella será la Madre Oscura y su nombre es Aberración… maldito sea su nombre y maldita sea su estirpe mil veces por los siglos de los siglos… Que la Gran Abominación se aproxima y en su frente los Nombres Blasfemos… del Abismo emergerán como langostas que devoran todo a su paso… las puertas del Infierno dejarán salir a los Condenados, quienes arrasarán la humanidad… los sobrevivientes buscarán la muerte y no la encontrarán…

—¿Mamá? —insistí.

—Olvídalo —me dijo mi hermano desde el marco de la puerta, así que me separé de mi madre y me le aproximé—. Solo está recitando pasajes de la Biblia… bueno, está diciendo incongruencias, pero entremezcladas con profecías bíblicas extraídas del Apocalipsis —me dijo, y luego me llevó a la sala donde mis padres tenían una Biblia colocada en la mesa principal al lado de una imagen de la Virgen María—. *«Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos.»* —leyó—. Apocalipsis capítulo nueve, versículo seis.

Llegó el atardecer. Mi hermano miraba por la ventana constantemente, aunque lo único que se podía ver era a aquellos espantajos cadavéricos deambulando sin cesar.

—Aurora, vos sos bióloga ¿verdad? —me dijo. Era una pregunta retórica, pues él lo sabía bien—, ¿me podés explicar si es normal ese aspecto que tienen los muertos cuando se descomponen?

Me asomé por entre la cortina. No, no era normal. Lucían como infectados por alguna especie de lepra que los iba carcomiendo desde adentro. Sus pieles estaban llenas de pústulas supurantes, úlceras y llagas sangrantes totalmente anómalas en un cuerpo putrefacto y parecía como si les estuvieran surgiendo extraños tumores de algunas partes que los desfiguraban y deformaban dándoles un aspecto más horrible, si esto era posible. Más aterrador aún, cuando llegó la noche sus ojos emitían un resplandor púrpura…

Mi hermano fue quien estuvo al lado de nuestra madre cuando está finalmente expiró. Respiraba de forma forzada, como un ronquido, y tenía la boca abierta y la mirada perdida y, finalmente, cesó de respirar y ya no producía ningún sonido. Mi hermano se persignó y luego le besó la frente.

Al hacerlo el cadáver abrió los ojos... que emitían un resplandor purpúreo... y lo aferró por el cuello clavándole las uñas en la nuca. Él exclamó un grito mezclado de dolor y horror e intentó zafarse del escalofriante abrazo. El cadáver de una débil anciana de pronto había obtenido una fuerza inhumana y sus esfuerzos por desprenderse se tornaron violentos, así que tuvo que propinarle varios puñetazos al rostro, hasta quebrarle la quijada y desfigurarle los rasgos.

Llegué a la habitación al escuchar el barullo. Encontré a Carlos de pie al lado de la cama y a mi madre resucitada como las execrables criaturas de afuera caminando hacia él dispuesta a devorarlo.

Salimos rápidamente y cerramos la puerta con llave. Lo más prudente habría sido asesinarla, pero la idea de partirle el cráneo a nuestra propia madre era intolerable. No obstante, el remedio resultó peor pues, aún encerrada en su habitación, gritaba y gemía enloquecida e intentaba infructuosamente abrir la puerta con golpes y arañazos. El tener que soportar el escandaloso ruido provocado por los sollozos escalofriantes de nuestra madre y su incesante golpe de las paredes y la puerta durante toda hora, todos los días, era una presión psicológica insoportable y nos imposibilitaba a ambos comer y dormir.

Después de un tiempo, no sé cuánto, de iniciado el holocausto que arrasó con la civilización humana, ya no había nada más que interferencia en la televisión, tanto nacional como por cable, y por fuera de la ventana solo podíamos ver una interminable procesión de espantosos y quejumbrosos muertos, los servicios públicos cesaron y de pronto el fluido eléctrico y el agua potable dejaron de ser proveídos.

Como nadie sabía nada sobre lo que había provocado la resurrección de los muertos saqué mis propias conclusiones; después de todo, era una bióloga.

Los zombis, fuera lo que fuera que los resucitó, no podían estar moviéndose eternamente sin fuentes de alimento. Aun si hubiera algún trasfondo sobrenatural en su reanimación, lo cierto es que tenían un cuerpo físico y este era incapaz de mantener funciones motoras sin una fuente de energía. Así que, tarde o temprano, los zombis dejarían de ser un problema. ¡Bastaba con sobrevivir hasta entonces!

Claro, era más fácil decirlo que hacerlo.

Un mes después, mis elucubraciones científicas parecían acertadas y nuestra madre fue produciendo menos y menos ruido hasta estar totalmente silente. Empero, no nos atrevimos a abrir la puerta. A partir de la catástrofe tuve problemas para conciliar el sueño por los traumáticos recuerdos que me asolaban y los días se volvieron tan largos y aburridos como las noches.

Los primeros meses mi hermano y yo dormíamos juntos en la cama de mi habitación, pues estaba demasiado afligida como para poder dormir sola. Sin embargo, conforme Carlos empezó a tener reacciones erógenas producidas por el roce de nuestros cuerpos, optó por pasarse al sillón de la sala. Aun así lo atormentaba un ardor irrefrenable en sus entrañas que no lograba aliviar y que lo mantenía despierto por las noches.

Que nos mantenía despiertos a ambos.

Pude notar cómo mi hermano observaba de manera inusualmente frecuente mis glúteos y mis piernas durante nuestro enclaustramiento. Supongo que nunca había tenido pensamientos impuros y, si los tuvo, los reprimió. Pero la apocalíptica crisis en que estábamos enfrascados había cambiado la situación. —Ven —le dije—, quiero que duermas conmigo esta noche.

Él titubeó. Había pasado mucho desde la espantosa pandemia zombi, pero aún refrenaba sus ímpetus. —¡Ven! —insistí y el obedeció. Se recostó en la cama a mi lado y me abrazó, y luego yo lo besé... —¿Qué estamos haciendo, Aurora? —me preguntó—. ¡Esto no está bien! —Hasta donde sabemos quizá seamos los últimos que quedamos vivos. Quizá no volvamos a ver a otro ser humano nunca más. Nadie se va a enterar. Ya no hay sociedad que nos juzgue... —Pero... —Yo no puedo soportarlo más, Carlos.

Carlos correspondió y comenzó a besarme y a acariciarme. En poco tiempo nos quitamos la ropa y nos sumergimos en prohibida lujuria.

Muchos lectores estarán prejuiciados, condenándonos por habernos entregado a esa incestuosa relación. No tengo justificación alguna. Ni siquiera la crisis en que estábamos atrapados o el sentimiento claustrofóbico. Pero puedo decirles que tras ese acto sexual gran parte del estrés y el horror acumulado durante meses desapareció. El cariño y la calidez humana sumados al placer carnal burdo y animal no pueden remplazarse ni siquiera por el aprecio fraternal que siempre nos promulgamos. Y, tras acostumbrarnos gradualmente a la idea, nos entregamos libremente a nuestro incestuoso idilio haciendo el amor con una frecuencia tan asidua como podíamos así como desarrollamos nuevas y creativas formas de poseernos.

Mis predicciones sobre los zombis fueron atinadas. Ante la falta de alimentación, algunos se fueron y su número menguó considerablemente y, de los que quedaron, la mayoría comenzó a entrar en algún tipo de letargo. Pero seguía siendo inseguro para alguien que no estuviera armado salir de la casa y ya la comida enlatada que nos nutría desde hacía año y pico se estaba agotando y pude imaginar a mi hermano y a mí padeciendo hambre hasta morir famélicos.

Pero estos sombríos pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de disparos a lo lejos y luego el ya inusual sonido de motores de vehículos.

Me asomé por la ventana y resultó que un grupo de aguerridos sujetos vestidos con ropa del mismo color verde —como si se tratara de uniformes— viajaban en automóviles *jeep* y disparaban a todo zombi que se encontraban en el trayecto. Como el número de los muertos vivos había disminuido mucho, en cuestión de minutos el barrio residencial estaba limpio de ellos. —Atención, vecinos —dijo uno de los sujetos mediante un megáfono—, pueden salir de sus casas. Somos el MAZ y los hemos liberado de la plaga zombi. Salgan de sus casas y les daremos indicaciones.

Tímidamente, algunos residentes se atrevieron a salir, principalmente los padres de familia, y poco a poco había, por primera vez en mucho tiempo, una muchedumbre en las afueras del vecindario.

—¿Ustedes son del gobierno? —preguntó don Marvin, un modesto señor que se dedicaba a la mecánica automotriz.

—No —respondió el hombre que había hablado por megáfono y que parecía ser el líder, un individuo que tenía una barba bien recortada y lentes oscuros, y utilizaba una gorra con camuflaje militar—, el gobierno ya no existe. Los cobardes y corruptos políticos escaparon en jets privados o murieron. Por eso, un grupo de ciudadanos decidió fundar el MAZ.

—¿MAZ?

—Movimiento Anti-Zombis. Nosotros nos organizamos para aniquilar a estos seres, proteger y defender a la raza humana y recrear una nueva sociedad como Dios manda. Llámenme Romero.

—¿Y qué debemos hacer ahora? —preguntó doña Elizabeth, la mujer más adinerada del barrio, que vivía en la más lujosa de las casas.

—Lo primero es aislar la urbanización porque los zombis pueden regresar, aún hay muchos que están en las montañas y que bajarán en cuanto perciban vida. Deberán construir tapias, muros y barricadas lo suficientemente firmes como para retener una estampida de zombis. Nosotros tenemos materiales de construcción, alimento, agua, medicinas, armas y municiones para comerciar…

—¿Comerciar? —pregunté—. ¿Quiere decir que no nos las regalarán?

Los tipos se rieron, y Romero dijo:

—Nada es gratis en esta vida, mi amor, y nosotros no somos la beneficencia. También tenemos familias y tenemos que sobrevivir. Si quieren nuestros recursos tendrán que comprarlos.

—¡No hay problema! —se apresuró a decir doña Elizabeth, y sacó de su cartera un fajo de billetes—. ¿Cuánto cuesta todo?

—No sea tonta, señora —observó el chofer de uno de los *jeep*—, si ya no hay gobierno, ni bancos, ni sistema financiero, ¿para qué nos sirve el dinero? Eso que tiene usted en las manos es papel.

—¿¡Cómo!? —se preguntó doña Elizabeth

aterrada, como si le hubieran arrancado el alma.

—¿Pero entonces —preguntó Carlos— qué quieren a cambio de sus productos?

—Necesitamos muchas cosas —dijo Romero—, como gasolina, repuestos de llantas así como mano de obra. Si alguno de ustedes es carpintero, mecánico, ingeniero, etc., le pagaremos a cambio de su trabajo. También necesitamos médicos que atiendan a nuestras familias.

Y así se organizó un mercado improvisado de canje. Les dimos toda la gasolina que tenía el Land Rover y algunos galones que guardábamos en la bodega, junto con las cuatro llantas y la de repuesto, y a cambio obtuvimos un rifle, una pistola, muchas municiones, gran cantidad de alimentos frescos, agua y medicinas.

De inmediato mi hermano atendió un asunto que teníamos pendiente. Abrió la habitación de nuestros padres donde el cadáver casi momificado de mamá se encontraba en hibernación. Al percibir la presencia de mi hermano, despertó y comenzó a moverse con dificultad. Carlos tomó la pistola nueva y la estrenó disparándole a la cabeza.

—Descansa en paz, mamá —dijo, y luego la enterramos en el jardín.

Carlos, junto a varios vecinos que sabían de construcción y carpintería, se fue con los soldados del MAZ a asistirlos en diferentes labores; a cambio, sus familias recibieron generosas raciones de víveres.

La que quedó en peor situación fue doña Elizabeth, la otrora engreída y pedante esnob del barrio que, en el nuevo sistema, había sido reducida a la pobreza. No tenía gasolina que dar —pues su esposo se había llevado el vehículo familiar y no se supo nada más de él— y no era diestra en ninguna profesión, así que tuvo que mendigar comida a los vecinos que, olvidando el frecuente trato despectivo que nos había dado, nos apiadamos de ella y le regalamos algo de comida y agua.

Tras esto, todos los vecinos nos organizamos para aislar la vecindad de los posibles enemigos zombis y dedicamos dos días enteros a levantar una buena tapia usando todos los materiales sobrantes que pudimos y algunos de los que adquirimos del MAZ. Cuando finalizamos, una tapia hecha con varillas de metal, tablas de madera, bloques de cemento, viejas y oxidadas latas de zinc, rejas, mallas y alambre de púas rodeaba la mayor parte del barrio aislándonos de los zombis. Además, elegimos como «presidente» a don Marvin para que ejerciera algo de autoridad y colocamos unos vigías con binóculos y silbatos desde el balcón de una de las casas —que era de dos pisos— para que alertaran de cualquier peligro.

Hicimos una especie de *picnic* entre vecinos, en donde compartimos una comilona con carne asada. Asistieron todos los sobrevivientes del barrio. Hice amistad con Stephanie y Melanie, las dos hijas adolescentes de don Marvin, con Raquel —una joven de mi edad que era novia de otro vecino, un joven apuesto llamado Mario— y de doña Fátima, una mujer de origen libanés que utilizaba una pañoleta para cubrirse la cabeza y vivía junto a su marido, don Omar, árabe igual que ella.

En la noche algunos vecinos se reunieron para realizar una oración en la cual no participé. Aunque era científica, solía ser religiosa e iba a misa con mi familia todos los domingos pero, tras lo que pasó, dejé de creer en Dios.

A los tres días regresaron los *jeeps* del MAZ trayendo de vuelta a los obreros. Solo alguien faltaba: mi hermano. —¿Dónde está Carlos? —pregunté preocupada. —Nos pidió como pago de su trabajo una motocicleta, comida y agua y se fue. No quiso que lo trajéramos de regreso. No sabemos adónde fue… —Pero… ¿por qué? —me pregunté. ¿Qué había sucedido como para que Carlos me abandonara así? ¿Sería que lo atormentaba demasiado nuestro incesto? ¿Lo consumía el remordimiento por nuestro pecaminoso devaneo? ¿Cómo podía dejarme después de todo lo que habíamos pasado juntos?

El torrente de recuerdos me fustigó, me cubrí la boca y rompí en llanto.

Y así pasaron y pasaron los días y pronto se convirtieron en semanas y luego en meses. Mis raciones de alimento estaban comenzando a escasear y fui donde el pulpero, don Gerardo, un tipo de sesenta años que había perdido a toda su familia pero que no tuvo problema

sobreviviendo encerrado dentro de su minisúper «La pulpería». Como todos, aceptaba trueques a cambio de sus productos y me aceptó algunas cosas que yo tenía y que él necesitaba, más que nada cobijas, sábanas y ropa de mi padre que ya no iba a necesitar. —¿Tienes gasolina, Aurora? —me preguntó. —No, la vendí toda a los del MAZ. —Mal hecho. Debiste guardar un poco. —¿Para qué? No puedo beber ni comer gasolina. Me urgía más la comida que irme de paseo en carro. —Piensa en esto, amor, se puede conseguir agua de diferentes maneras, se puede volver a sembrar y a criar animales para conseguir alimento, pero… no se puede volver a destilar petróleo. Algún día la gasolina será tan escasa que valdrá muchas vidas humanas…

Y así continuó el paso de los días hasta que yo ya no tenía comida, ni agua, ni nada con lo que negociar cuando llegaron los del MAZ en su visita mensual. —Las cosas andan mal en el resto del país —decían. Ellos siempre informaban de lo que habían visto o escuchado—. Un enorme incendio arrasó el Parque Nacional Braulio Carrillo sin nadie que lo atendiera y consumió las ciudades vecinas. También nos han dicho que varias represas hidroeléctricas, sin nadie que se ocupara de ellas, sufrieron de desgaste y se rompieron, inundando zonas aledañas y matando a miles.

Y así continuaban las desalentadoras noticias. Incendios, inundaciones, desprendimientos, destrucción, edificios que se derrumbaban por falta de cuidados… me alegré de que en Costa Rica no tuviéramos plantas nucleares.

Luego vino el período de canje, pero esta vez me encontré con las manos vacías. —¡Por favor! —supliqué, mientras sentía el hambre carcomiéndome las entrañas—. ¡Se lo ruego! ¡Necesito comer! —Lo siento mucho —dijo Romero, el líder del MAZ—, pero si hacemos una excepción con usted tendremos que hacerla con todos. —Tal vez pueda ofrecerles mis servicios profesionales… —¿Usted qué es? —Bióloga.

Romero rio: —Perdón, pero no necesitamos biólogos para nada. —Puedo trabajar en construcción o en cualquier trabajo físico que necesiten. —De momento no requerimos de obreros. —Al menos fíenme algo… les prometo que encontraré cómo pagarles la próxima vez que vengan… —No damos crédito, lo siento. —¡Por favor! ¡Tiene que haber algo que necesiten que yo les pueda dar! —Pues sí, lo hay —dijo con mirada lasciva y una repulsiva sonrisa mientras me tocaba la mejilla derecha con sus dedos. «No» pensé, «eso no», y bajé la mirada angustiosamente, incapaz de concebir el hacer lo que querían, pero entonces vi a doña Elizabeth, la otrora vecina acaudalada que se había convertido en una mendiga, y mi estómago rugió de hambre de nuevo; cambié de opinión. —Está bien. Y así terminé prostituyéndome. Nunca lo habría imaginado. Yo era una de las que criticaban a las prostitutas considerándolas perezosas y descaradas que preferían la vida fácil a buscar un empleo de verdad. ¡Qué equivocada estaba! Era fácil decirlo cuando uno no tiene que luchar por sobrevivir.

¿Dónde había quedado mi título de biología? ¿Dónde mis años de estudios en la universidad? ¡No servían de nada en este nuevo mundo sin leyes ni normas! En una crisis de estas dimensiones, una mujer como yo no tenía más opción que entregarse a satisfacer todas las peticiones sexuales de un grupo de milicianos.

Los del MAZ se fueron, dejándome una buena cantidad de víveres adquiridos gracias a vender mi propio cuerpo. Los demás vecinos, naturalmente, se enteraron, pero no me importaba. Don Omar, el libanés, no permitió que su esposa, doña Fátima, socializara más conmigo e incluso don Marvin parecía estar incómodo con que sus dos hijas adolescentes cultivaran amistad con mi persona, seguramente pensando que yo sería mala influencia. Don Gerardo, el tendero, dejó de fiarme y prefirió cobrarme de la misma manera que habían hecho los hombres del MAZ; parecía que solo mi amiga Raquel me trataba igual que antes. —¿Por qué crees que los zombis se fueron? —me preguntó Raquel alguna vez—. ¿Habrán desaparecido para siempre? —Los zombis son depredadores como cualquier otro. Sus poblaciones florecen (o no) dependiendo de la dis-

ponibilidad de alimento. En las áreas urbanas de este país, donde las casas y edificios tienen fuertes medidas de seguridad y hay pocas formas de vida animal en estado salvaje, es evidente que su cantidad se reducirá y emigrarán hacia zonas más prolíficas, como las áreas rurales, donde humanos y animales son más accesibles.

—Olvidé que sos una bióloga.

—Soy una prostituta.

CAPÍTULO III

El barco de los muertos
zarpará de la Playa de los Cadáveres
y su tripulación tomará el Mundo
y llegará hasta las orillas del Cielo.
Dura será la tierra, con gran adulterio.
Una era de hachas, una era de espadas,
de escudos destruidos,
una era de vientos,
una era de lobos,
antes de que el mundo se derrumbe;
Ni los hombres se respetarán entre ellos.
Profecía del Ragnarok

Dos meses después, celebramos la boda de Raquel con Mario. Ya no había sacerdotes, ni abogados, ni nada, así que fue algo puramente simbólico, pero fue bonito. La boda fue presidida por don Marvin y yo fui la madrina. Hicimos incluso un pastel de bodas que, si bien era muy humilde y asemejaba más un *queque* de cumpleaños, fue muy sabroso.

La celebración, sin embargo, fue empañada por el suicidio de doña Elizabeth. La habíamos invitado y nos extrañó que no llegara. Cuando fuimos a buscarla a su casa vimos que esta era un caótico basurero y la pestilencia del desaseo resultaba chocante. En una de las habitaciones colgaba doña Elizabeth, ahorcada. —Bajémosla —sugerí a mis acompañantes, don Marvin y don Gerardo, y en cuanto tocamos el cuerpo para hacerlo descender, reaccionó de inmediato tornándose en zombi e intentando mordernos desde donde colgaba. Los espásticos movimientos del cadáver y el rugido ahogado que producía intentando rabiosamente alcanzarnos eran realmente escabrosos, así que don Gerardo tomó una pistola y le alojó una bala en la cabeza permitiéndole descansar. Celebramos un desabrido funeral poco después y la enterramos en una improvisada e ignominiosa tumba en el césped de su casa. Allí yació finalmente la que alguna vez fuera una mujer acaudalada y arrogante.

Desde que sucedió el Apocalipsis, había tenido dificultades para dormir. Las visiones espantosas de la gente comida viva que observé el día del brote me atormentaban todos los días y me provocaron terribles pesadillas.

¡Pensar que las cosas estaban por empeorar!

Entre los pocos ratos en que lograba pescar un intranquilo sueño fui despertada súbitamente por el ruido producido por ráfagas de balas. Nuestros novatos vigías —que probablemente se habían quedado dormidos— alertaron muy tarde sobre la temible venida de una caravana de vehículos conducidos por sujetos turbios de aspecto brutal.

Una colección de pandilleros fuertemente armados y con intrincados tatuajes en su piel, provenientes de países del norte, se aproximaba atravesando los ya desolados páramos urbanos que rodeaban nuestra comunidad. Sin gobierno y sin policía, las pandillas se encontraban libres de actuar. ¡Era lógico! Se trataba de sociedades muy bien organizadas y estructuradas que disponían de un pesado arsenal que probablemente les permitió defenderse bien de los zombis y que ahora, más que nunca, no tenían absolutamente nada que les impidiera perpetrar sus crímenes.

Los mareros acribillaron a nuestros vigías, cuyos cuerpos se derrumbaron desde el segundo piso. Las diferentes familias se ocultaron —inútilmente— dentro de sus casas cerrando con llaves, candados y cadenas sus portones como habíamos planeado en el caso de un nuevo ataque zombi. ¡Qué tontos fuimos! Los zombis ya no eran la peor amenaza.

Los mareros arrasaron tapias, muros y

barricadas con sus vehículos —siempre asumimos que los zombis no conducían, y no nos preocupamos por hacerlos resistentes al peso de un automóvil— y penetraron en nuestro residencial. Comenzaron disparando a las paredes y ventanas; yo me tiré al suelo sintiendo cómo las balas penetraban en mi hogar y agujeraban mis paredes y muebles. Luego colocaron cadenas a los portones y rejas que ataron a sus carros y así los destruyeron con facilidad. Eran al menos una veintena de ellos, todos con metralletas AK-47, rifles y armamento pesado. Entraron en las casas de mis vecinos, algunos disparos se intercambiaron y se escucharon también los gritos de las mujeres. La reja que aislaba mi casa del entorno también fue destruida y luego tumbaron mi puerta a patadas. Les apunté con mi rifle cuando entraron, pero eran media docena, todos armados, y me dijeron: —¡Suelte el arma, hijueputa! ¡Suéltela! —y obedecí. —¿¡Dónde tiene la comida, puta!? ¿¡Dónde la tiene!? —preguntó otro, y señalé hacia la cocina donde guardaba todos los víveres... ¡Mis preciados víveres! —¡Calavera! —bramó uno de los pandilleros dirigiéndose a su jefe—. ¡Esta puta tiene un montón de cosas!

Habían dado con las cajas donde guardaba mis alimentos, agua y medicinas. —Más le vale que esto sea todo —amenazó el tal Calavera—, porque si encontramos que tiene algo escondido la matamos, hijueputa. —Eso es todo. ¡Por favor, váyanse! —No, todavía nos falta algo...

Sabía lo que pretendían. Los mareros abrieron la puerta de mi habitación y me tiraron sobre la cama, me arrancaron la ropa y me violaron por turnos durante toda la noche.

Luego de eso se largaron, todos carcajeándose y celebrando. Se llevaron todo lo que quisieron y encontraron valioso en el residencial, incluidas las hijas adolescentes de don Marvin, a quien asesinaron a cuchilladas cuando intentaba defenderlas. Violaron a Raquel, al igual que a mí, y lanzaron bombas molotov en varias casas provocando incendios que no teníamos forma de apagar.

Salí de mi casa. Tenía la ropa desgarrada, estaba sucia, con el rostro golpeado. Hubiera deseado bañarme, pero no tenía agua. El dolor era insoportable, pero lo contuve rechinando los dientes. En circunstancias normales, hubiera requerido de atención médica, pero el detestable infierno postapocalíptico en que vivía me había curtido y me transformó en un ser mucho más fuerte y resistente que antes.

En un instintivo esfuerzo por sobrevivir, tomé toda la ropa que pude, la guardé en un maletín y salí de mi casa. La voracidad de las llamas estaba comenzando a consumir varias viviendas y, sin bomberos ni agua siquiera, pronto reducirían todo el vecindario a cenizas. Quizás finalmente toda la ciudad...

Mario emergió de la casa de los libaneses con rostro acongojado. Raquel y yo lo esperábamos fuera. —Se suicidaron —explicó—, se dispararon en la cabeza antes de que los mareros entraran.

Supuse que la violación de Fátima habría sido algo demasiado terrible para que ellos lo toleraran.

Solo había un puñado de sobrevivientes, entre ellos don Gerardo y unos cuantos niños, en su mayoría huérfanos. —No hay mucho que hacer —dije, saliendo del lugar que había sido nuestro refugio mucho tiempo—. No tenemos armas para defendernos ni de zombis ni de humanos, porque los mareros se las llevaron, y sin agua ni comida no llegaremos lejos. —Yo tengo esto —dijo don Gerardo, sacando algo de gasolina que había guardado en su pulpería—. Podemos viajar en automóvil al menos hasta el campamento del MAZ.

Y así lo hicimos.

El recorrido por los derruidos edificios de San José resultaba lúgubre. Innumerable cantidad de papeles, basura, hojas y arbustos recorría las calles pavimentadas. Una variedad de grafitis había sido pintada en prácticamente todas las paredes, la mayoría con mensajes enloquecidos y tétricos sobre el Apocalipsis, el fin del mundo y la resurrección de los muertos.

Todos los comercios habían sido saqueados y no quedaba nada. Cerca de lo que alguna vez fue un supermercado —ahora vacío y destruido— había todavía cuerpos muertos acri-

billados a balazos y gran cantidad de sangre coagulada que manchaba el piso y las paredes, así como agujeros de bala en vidrios y muros. Sin duda, una batalla terriblemente violenta, ¡quizás una guerra completa!, se libró por los recursos dentro del centro comercial, costando muchas vidas.

Mario, Raquel y yo nos introdujimos en un consultorio médico para ver si había medicamentos. No teníamos armas de fuego, pero Mario llevaba un garrote metálico que había improvisado con los escombros de alguna ruina. No encontramos medicamentos en el consultorio, solo vimos los esqueletos de unos pobres peces que habían muerto en el enorme acuario de la recepción hacía tiempo.

Entonces escuchamos un rumor en el piso de arriba del consultorio —donde se realizaba la revisión médica— y unos momentos después bajó corriendo un sujeto greñudo y desaliñado. —¡Un zombi! —grité. —No —corrigió Mario— está vivo.

En efecto, el tipo de mirada maniática y que no se había aseado o rasurado en años nos observó mientras exudaba baba de la boca y se lanzó para atacarnos poseído por una febrilidad horrenda. Mario le aplastó la cabeza con el garrote.

Con mucha precaución subimos hasta el segundo piso, habitáculo del loco, y allí contemplamos una visión grotesca. Sobre la mesa de operaciones yacía el cadáver de una mujer ya totalmente destruido. Pero la mujer no había sido comida por ningún zombi sino torturada lentamente con artículos médicos. —¡Qué horror! —dije, cubriéndome la boca. —El tipo que matamos debe haberse vuelto loco y atrapó a esta pobre mujer —conjeturó Mario—. ¡Qué horrendo!

Luego seguimos el trayecto. En el Parque Zoológico Simón Bolívar ya no había animales. Alguien había abierto las jaulas y quebrado las peceras del serpentario y sus ocupantes escaparon con diferentes suertes, aunque no había rastro de los animales más grandes como el león que, probablemente, escapó hasta áreas montañosas.

El MAZ —según nos informó Romero en una de sus visitas comerciales— había montado una especie de guarnición permanente en las antiguas instalaciones de la Universidad Nacional. Cercaron la mayor parte del campus y allí vivían en una especie de pequeña ciudad-estado. Nadie podía entrar a menos que tuviera alguna habilidad determinante que pudiera prestar o una buena cantidad de recursos que entregar y aun esto solo en épocas clave en que la comunidad lo requiriera. Pero, aun si los del MAZ no nos permitían quedarnos, sin duda podrían informarnos de comunidades que sí pudieran estar abiertas a nuevos vecinos o de regiones deshabitadas donde empezar de nuevo.

En efecto, tras un trayecto recorriendo las desérticas calles de San José, pasando por Tibás y Santo Domingo hasta llegar a Heredia, encontramos que en el antiguo centro universitario —que ahora parecía una fortaleza— se había constituido una próspera comunidad humana. Nuestro vehículo parqueó frente a la improvisada atalaya que antes era el segundo piso de unas oficinas administrativas, desde donde dos centinelas nos hablaron. —¿Qué buscan, señores? Les explicamos nuestra situación. —Muy lamentable —reconoció—, hemos escuchado de los ataques de esa gente y créanme que tienen suerte de estar vivos. Nos gustaría poder acogerlos aquí, pero nuestros recursos son muy limitados. Sin embargo, podemos darles algunos alimentos y medicinas que nos sobran. No es mucho, pero ya que tienen niños entre ustedes... —Muchas gracias —dijo Mario—, eso será una gran ayuda. ¿Saben de algún lugar seguro? —La mayoría de las comunidades del área metropolitana —nos dijo el otro— son igual de cerradas que la nuestra. Hay leyendas de que en la Isla Venado nunca llegaron los zombis y que hay cientos de refugiados, pero que en general tienen una vida bastante floreciente, aunque para llegar a ella tendrían que atravesar Guanacaste y los zombis pululan por los potreros guanacastecos como hormigas. No llegarían vivos. —¿Y hay forma de que alguno de nosotros se quede? —preguntó don Gerardo. —Bueno, hay trabajo para dos mujeres jóvenes... ya se

imaginarán…

Yo no tenía dudas de quedarme. Después de todo lo que me había sucedido no me importaba para nada, pero Mario estaba empecinado en rehusar que su esposa se convirtiera en una ramera. Discutieron airadamente, se echaron muchas cosas en cara —como el porqué Raquel no resistió más cuando la estaban violando, y esta fue la gota que derramó su vaso—, así que decidieron separarse. Raquel y yo optamos por quedarnos. —Tengan cuidado —dijo el centinela a Mario y Gerardo, que se quedaban con los niños—, porque hay cosas peores que los zombis y los mareros merodeando. Recuerden que todos los locos de los psiquiátricos y los presos de las cárceles que no murieron en el brote ahora andan libres. Corren rumores de que hay gente totalmente demente y violenta que ataca sin razón, y de grupos de personas que se sumieron en el canibalismo y cazan humanos para cocinarlos y comérselos.

Raquel y yo nos internamos en la improvisada ciudad-estado que antes fuera una universidad. Los enormes edificios de muchos pisos con salones de clases y oficinas administrativas fueron llenados de camas y colchones y acondicionados para dormir. Los jardines del campus en su mayor parte se convirtieron en sembradíos y ahora en vez de estudiantes atareados e intelectuales académicos había numerosas familias con niños, ancianos y hasta perros y gatos.

En el fondo del escalafón social se encontraba la clase obrera, que era básicamente todo aquel que pudiera ser útil físicamente ya fuera sembrando, construyendo, reparando o limpiando. Estas personas se hacían acreedoras de un salón de clases entero para ellos y sus familias y de raciones abundantes de alimento, agua, etc. Lo que cultivaran era administrado y repartido, pues no existía propiedad privada. Profesionales que en el antiguo sistema se habrían ganado bien la vida pero que ahora no tenían ninguna utilidad —politólogos, abogados, físicos, matemáticos— conformaban buena parte de este sector y, más irónicamente aún, usualmente supeditados a las humildes personas que se habían dedicado a esas labores toda la vida y eran más experimentados.

El siguiente estrato era el de los médicos, aunque la cantidad de profesionales requeridos para este campo era muy limitada y solo se necesitaba un puñado de ellos. Debido a la pérdida de la tecnología, los servicios médicos se asemejaban más a los del siglo XIX, pero aun así se les permitía tener dos salones de clase cada uno.

Finalmente estaba la clase más alta, la de los administradores y militares, encargados de la seguridad, logística y repartición de los bienes, entre los cuales se encontraba Romero, el presidente vitalicio de esta comunidad, y sus aguerridos soldados. Algunos individuos que habían logrado subir escalones sociales gracias a su inteligencia, su carisma y su capacidad de planificación y administración habían accedido a este privilegiado estrato, pero eran excepción. Estos tenían pisos enteros de algunas facultades a su disposición y el propio Romero tenía como residencia personal lo que fue la antigua biblioteca.

Resultó que, antes del Apocalipsis, Romero había sido un militar en el ejército de Estados Unidos y eso le permitió organizar a otros dentro de la disciplina y estructura marcial. —Como pueden ver —nos decía Romero, dándonos una especie de bienvenida dentro de la antigua biblioteca que ahora era su residencia particular, debidamente amueblada para brindarle la mayor comodidad—, hemos logrado traer orden al caos y conformar una nueva civilización. Los mareros nos han atacado varias veces pero en todas los hemos repelido. Pueden pensar que somos crueles por no haber permitido la entrada de niños, sin embargo, debemos también pensar en nuestras familias. —¿Usted tiene esposa? —preguntó Raquel. —Mi esposa de la época antes de los muertos fue mordida y se convirtió en uno de ellos y mató al único hijo de ambos, que era un bebé. La maté con mi propia pistola. Nunca he amado a otra mujer como a ella. Ahora tengo cinco esposas y muchos hijos con ellas. —¿Qué pasó con los libros de la biblioteca? —pregunté. —Soy un militar, y por ende, soy alguien práctico, pero no soy un bárbaro.

Aquellos libros que resultaban del todo inservibles (manuales y cosas así) fueron usados para hacer fuego pero la gran mayoría, como obras literarias, de historia o de textos académicos, fueron metidos en cajas y guardados en uno de los sótanos por orden mía. Sin duda, algún día serán necesarios. Entre los miembros de la Administración —así llamaban a la clase alta— hay varios filósofos, escritores, artistas, historiadores, gente muy culta. —¿Y dónde viviremos nosotras? —La «zona roja», como llamamos al área delimitada para todos los placeres y vicios, se ubica en la antigua facultad de Ciencia Sociales. Allí brindarán sus servicios.

En la antigua facultad ahora se había estructurado un espacio donde se realizaban apuestas, se bebía licor, se fumaba y, por supuesto, se tenía sexo con prostitutas, esto en gran parte porque había muchos más hombres que mujeres, ya que, por diferentes motivos, los hombres parecieron tener más posibilidades de sobrevivir y además algunas mujeres jóvenes habían sido tomadas prisioneras por los mareros. Y, ya que el índice de natalidad aún no lograba recuperar la población a niveles normales, no parecía que la proporción hombre-mujer se regulara en el futuro cercano.

Me tocaba atender a los clientes en una de las aulas sobre un colchón viejo. A cambio del servicio me daban raciones de comida y bebida. Éramos unas diez trabajadoras sexuales de diversas edades y tamaños. Esa era nuestra clase social, el estrato más bajo; ni siquiera teníamos derecho a las ventajas que recibía la clase obrera, dependíamos de las regalías que nos suministraran nuestros clientes motivados por su lujuria.

Mientras atendía a mi primer cliente escuché los gritos desgarradores de Raquel, interrumpí el acto y fui a ver que sucedía. Ella se encontraba llorando en una esquina y abrazándose a sí misma mientras el enfurecido cliente la reclamaba. —¡Ya! ¡Déjela en paz! —ordené y el tipo se fue enfurecido—. ¿Qué sucedió? —le pregunté, acariciándole la espalda. —No pude. En cuanto se me acercó recordé lo que me pasó... —dijo, refiriéndose sin duda a las violaciones. —Tranquila. No tenés que hacer nada que no querás. —Si no trabaja no le van a dar comida —dijo una de las compañeras prostitutas con mal tono desde la puerta. —Yo le voy a dar de mi comida —declaré. —Pero si apenas nos dan suficiente para vivir. —Ese es mi problema.

La otra prostituta se encogió de hombros y se fue, y yo abracé a Raquel. —Hay algo más —me dijo Raquel enjugándose las lágrimas. —¿Qué? —Estoy embarazada. —¿En serio? ¡Es una noticia genial! —¿Cómo podés decir eso? ¿Para qué traer un bebé a este mundo tan horrible? —Te entiendo. Yo también estoy embarazada —Raquel me miró asombrada. No me venía la regla desde hacía mucho, más o menos el tiempo en que Carlos se fue y tuve que prostituirme. No tenía idea de la identidad de padre, podía ser mi hermano o alguno de mis numerosos clientes—, nuestros bebés por lo menos podrán jugar juntos. Ahora, debo irme a trabajar.

CAPÍTULO IV

Cuando los hombres vuelvan
a las costumbres primitivas
como si el tiempo marchara hacia atrás,
los muertos resucitarán,
los buenos destacarán entre los malos como una oveja blanca entre las negras.
Profecía de Zaratustra

Los días pasaron y se convirtieron en semanas, pero mi vida y la de Raquel seguía siendo igual de miserable, hasta que un día, sorpresivamente, dos guardias nos despertaron a ambas muy temprano en la mañana, tan temprano que el sol aún no salía.

—¡Vístanse! —dijeron hoscamente. Raquel me miró asustada y yo traté de tranquilizarla ofreciéndole una sonrisa de confianza; sin embargo, miré con suspicacia a aquellos hombres.

—¿Qué pasa? —pregunté— ¿Qué quieren?

—El comandante Romero quiere que ustedes

lo acompañen a una visita. ¡Apúrense!

Romero partió con sus hombres, y nosotras dos, a negociar con los mareros. Los informes aducían que enormes zonas de toda Centroamérica habían caído en manos de ellos y que se enfrentaban en violentas batallas campales por recursos y territorios cometiendo todo tipo de atrocidades con los prisioneros. En la actual Costa Rica las pandillas mareras venidas del norte eran relativamente pocas y la situación todavía era estable, pero Romero no quería arriesgarse, así que montó en su *jeep* y, acompañado de sus hombres de confianza, llegó hasta el territorio marero, que estaba cercado por barricadas de alambre de púas custodiadas por agresivos patrulleros.

Vengo a negociar —dijo Romero, y dos de los custodios de aspecto desagradable y hostil nos permitieron la entrada.

El territorio mara se extendía unos cincuenta kilómetros cuadrados y se delimitaba por tres puntos; la antigua Avenida Central, el Mall San Pedro y la Casa Presidencial que estaba en ruinas, formando un triángulo.

Dentro del territorio mara la sociedad asemejaba una cultura primitiva del desierto. Gentes de diferentes aspectos, algunos fuertemente tatuados, otros vestidos con harapos, unos con rostros extrañamente pintados y mechudos como si fueran alguna extraña cultura tribal, unos se decoraban con remanentes de la antigua civilización como desaliñados uniformes de policía que ya no significaban nada, broches alusivos a marcas y extintos programas de televisión que se clavaban directo a la carne, vestimentas de mujer intercambiadas en hombres y viceversa. Como una sociedad postapocalíptica y de carroñeros que era, a muchos les gustaba recoger los desperdicios del antiguo mundo y atesorarlos aunque no tuvieran ningún valor más que alguna especie de semiótico recordatorio de un tiempo que se había ido para siempre.

En los «centros urbanos» del territorio mara el intrincado colectivo comerciaba en caóticos mercados. Algunos mercaderes de aspecto extraño regateaban ruidosamente con sus clientes y en una tarima se realizaba una subasta de esclavos, en su mayoría niños y mujeres jóvenes que infundían lujuria en los ojos de los compradores. El traficante de esclavos era un tipo repulsivo, morbosamente gordo y con la cabeza rapada que tenía las orejas y las cejas atestadas de *piercings*.

Finalmente, llegamos hasta el Mall San Pedro, que en otra era fue un popular centro comercial, pero ahora lucía sucio y paupérrimo como todo lo demás. Estaba completamente cubierto por grafitis y tenía a varios travestis, mujeres y niños prostituyéndose por comida en sus afueras. Era esa la guarida de mis violadores.

El interior del «cuartel» estaba lleno de maras y era un lugar lúgubre y oscuro, decorado con bolsas plásticas y pedazos de ropa sucia y trapos que colgaban de cables conectados entre los balcones de los pisos. Al final, y como presidiendo en una larga mesa, rodeado de sus compinches que se atiborraban de comida y bebida como cerdos y de su harén de esclavas sexuales, la mayoría muy jóvenes, se sentaba el líder de los mara que apodaban Calavera. Era un tipo fornido, musculoso, con la cabeza rapada y rostro agudo y afilado. Cubierto de tatuajes y *piercings*, usaba una barba de candado.

Romero, que era un excelente juez de la personalidad humana, notó la profunda inteligencia que se reflejaba en su mirada. Sin duda, Calavera no era un bruto incontrolable sino, por el contrario, un frío y calculador psicópata.

—¡Calavera! —llamó uno de sus subalternos, que asemejaba a un enorme búfalo por grande, gordo y maloliente, y denotaba su tremenda brutalidad física con una musculatura temible—, este condenado te pide clemencia.

—¡Se lo suplico! ¡Por favor! —dijo un desgraciado muchacho. Por los tatuajes se denotaba que era un mara, pero debía tener menos de veinte años— ¡Le juro por Dios que le soy leal! ¡Es mentira lo que le dijeron de mí! ¡Yo jamás lo traicionaría!

—Hay que dar ejemplo —adujo Calavera con desdén, más preocupado en contemplar a

la muchacha rubia que tenía a su lado y que estaba semidesnuda y encadenada del cuello, la cual lo miraba con asco y con temor mientras la tocaba.

Las palabras de Calavera fueron la macabra sentencia y dos maras se acercaron al sótano del Mall, el cual estaba totalmente aislado por barrotes y rejas. En otros tiempos, podía apreciarse desde arriba una fuente a la que se lanzaban monedas desde el primer piso y los superiores y que tenía unas bonitas plantas y piedras decorativas, pero ahora no había fuente, ni piedras, ni plantas, ni nada, ¡solo oscuridad y pestilencia!

Los mareros levantaron una pesada reja que separaba la boca del sótano del resto mediante un sistema de poleas y aproximaron al sentenciado, que temblaba de horror. Sordos a sus súplicas desesperadas, los sujetos lo lanzaron dentro del sótano y cerraron la reja.

Segundos después se escucharon los alaridos desesperados del tipo y el ruido de rugidos hambrientos de criaturas execrables.

¡Zombis!

Calavera mantenía un grupo de zombis vivos en el sótano de su guarida como método de ejecución y así preservar su reino de terror.

—Bienvenido, señor Romero —saludó Calavera con un acento que no pude identificar—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—No, gracias. Solo he venido a mostrar mis respetos a un gran líder y guerrero —Romero sabía que Calavera era inteligente y no se dejaría suavizar por halagos, pero que estos calarían entre sus subalternos y esto, a su vez, era provechoso para el jefe pandillero, que así lo reconocería.

—Igualmente, señor Romero. Es usted un hijueputa muy valiente para venir acá. Podría meterlo al Pozo —dijo señalando el sótano donde unos zombis se daban un festín— si me diera la gana.

—Pero no lo hará —respondió Romero— porque le soy útil vivo.

—Tal vez sí, tal vez no, yo no me confiaría mucho de ser usted —Calavera fijó su mirada en Romero, pero este no titubeó. No podía mostrar el más mínimo temor en ese momento. De todas maneras siempre supo que entrar en territorio mara era un peligro, pero estaba dispuesto a afrontarlo, así que se mantuvo incólume. Su valentía impresionó a Calavera—. Venga, cabrón —dijo relajándose—, hablemos de hombre a hombre.

Romero se introdujo con Calavera en una de sus habitaciones privadas, donde negociaron juntos durante algunos minutos, casi una hora. Finalmente llegaron al acuerdo de que Romero le entregaría una buena cantidad de sus recursos a Calavera a cambio de que los dejase en paz. El trato era riesgoso, pues Calavera podía traicionarlo y seguir hostigándolos violentamente después del tributo, o a Romero podían matarlo y sustituirlo por otro líder que irrespetara el acuerdo, pero era mejor que nada. Los recursos invertidos en la paz provocarían una cierta restricción a la comunidad de Romero pero, a cambio, tendrían suficiente paz durante unos años como para rearmarse, prepararse y organizarse mejor o, incluso, conseguir aliados.

La mala noticia (para nosotras) es que los recursos no solo incluían agua, comida y medicinas, sino también… mujeres.

Esa era la razón por la cual nos habían traído. ¡Éramos la muestra! ¡El primer paquete antes de que otras colegas nuestras fueran traídas acá! De igual forma que el MAZ había traído consigo muestras de alimento y bebida para mostrar la calidad de sus productos… nos trataron como ganado… como carne…

—¡Tenga piedad! —supliqué— ¡estamos embarazadas! —pero mis ruegos no los conmovieron. Una vez en manos de los pandilleros, el *jeep* se fue y estos se dividieron el botín.

Me separaron de Raquel y me llevaron hasta el Mall San Pedro, en donde me entregaron en persona a Calavera. Él ya me había violado antes —fue el primero aquella noche del ataque— pero no parecía recordarme. Complacido y lujurioso, me dijo:

—¡Ahora, quítate la ropa y chúpame la verga, hija de puta! Instantes después los gritos estentóreos del líder pandillero inundaron las inmediaciones y alertaron a sus hombres. Para cuando entraron a su habitación lo en-

contraron muerto a cuchilladas gracias a mí. Yo había tomado su cuchillo cuando estaba distraído, lo había castrado y apuñalado en un ataque rabioso.

Los atónitos pandilleros me tomaron de los brazos y me llevaron hasta la boca del sótano mientras las poleas removían la horrible reja con un ruido chirriante.

—¡No, por favor! —supliqué— ¡No me lancen allí! ¡Estoy embarazada! ¡Por misericordia! ¡No lo hagan!

Pero no me escucharon y me lanzaron al abismal interior.

Caí sobre el húmedo piso repleto de piezas óseas y que hedía a sangre, bilis, carne podrida y muerte, y luego escuché las rejas cerrándose de golpe sobre mi cabeza. Mire aterrada alrededor, consciente de la compañía tenebrosa junto a mí.

Tres figuras deleznables se aproximaron lentamente, caminando con torpeza y finalmente fueron expuestas a la poca luz que penetraba por arriba. Eran unos zombis tan horrendos y desagradables que solo verlos me heló la sangre. Pero había algo extraño en ellos —además del hecho de que no se lanzaron a devorarme en un frenesí—, pues tenían los ojos verdes fosforescentes y me observaban quietos y silenciosos, sin moverse.

—¿Qué está pasando? —me pregunté, y entonces sentí un movimiento en mi vientre. Pero ¿cómo era posible? No podía tener más de cuatro meses de embarazo. Entonces escuché que un marasmo se produjo en los pisos superiores. Gritos y balazos, el estruendo de objetos quebrándose, personas agonizando al ser degolladas, acuchilladas, aplastadas con objetos pesados, destruidas de diferentes maneras. La sangre fresca podía olerse y también el tufo a carne quemada.

Las poleas se accionaron abriendo la entrada al sótano y los zombis se ocultaron en las sombras. Intrigada, subí como pude por entre el antiguo enrejado y emergí a la superficie. Arriba, una orgía de sangre se había producido generando una brutal matanza. Pero no eran zombis los que atacaban… o al menos no en el sentido tradicional… eran personas endemoniadas… poseídas…

Parecían ser presa de una locura preternatural, una ira y una sed de violencia se había adueñado de decenas de personas que mataban a otras con todo lo que tuvieran a mano y eran capaces de manipular armas blancas y de fuego, así como de conducir automóviles y provocar incendios a propósito. Aunque parecían ser personas normales, tenían un semblante enfermizo, pálido y de piel quebradiza, con las venas abultadas y amoratadas y los ojos de un verde iridiscente. ¿Estarían muertos? ¿Sería que el virus o lo que fuera que provocaba la resurrección de los zombis había mutado y evolucionado? ¿Se habían transformado ahora en una versión más inteligente de zombis? Sin duda ya no eran humanos, eso era notable por su aspecto tan desagradable.

¿Y qué era yo? ¿Por qué ninguno me lastimaba? ¿Me había transformado en uno de ellos? ¿Morí cuando me violaron aquella noche? ¿O al estrellarme contra el piso del Pozo? ¿O cuándo?

Así salí del Mall San Pedro, donde uno de estos poseídos llenaba de gasolina a un marero y luego le prendía fuego, y comencé una larga caminata. Una especie de peregrinación.

Dejé atrás la tierra de los maras, que estaba siendo destrozada por esta nueva amenaza, y en mi trayecto comprobé que el cambio se había dado en todas partes. Una muchacha pasó a mi lado corriendo a toda prisa mientras era perseguida por media docena de endemoniados justo cuando estaba cerca de las ruinas de la Universidad Nacional. La comunidad de Romero había sido arrasada y la masacre también se perpetró allí. Para cuando llegué no quedaba nadie vivo, solo vestigios de cuerpos descuartizados y una serie de fuegos que consumían varios edificios produciendo una oscura humarasca. Desde mi salida de tierra marera hasta la universidad, mi vientre había engordado notoriamente y ya me encontraba lista para dar a luz.

No sentía que mi bebé pateara, más bien se movía como una masa amorfa y tentaculada. Me introduje en uno de los salones de clases de la facultad de Ciencias Sociales, donde

algún día se rendiría culto como lugar de nacimiento del nuevo dios, y allí me acosté sobre el suelo y parí una cosa monstruosa y deforme rodeada de un limo asqueroso y pestilente.

La fuerza sobrenatural que de alguna manera había producido la resurrección de los muertos y catapultado el Apocalipsis, y cuya influencia ahora había generado un nuevo brote de posesiones demoníacas, había nacido. Era su presencia maligna intentando penetrar en nuestra dimensión, profetizada desde tiempo inmemorial, la que había traído el infierno a la Tierra. Un dios primordial, originario de un abismo de caos y demencia que se introducía a nuestro universo. ¡A través de mí!

Tomé a mi hijo recién nacido y repleto de extraños tentáculos y salí del salón de clases. Para mi sorpresa, una multitud de poseídos y zombis se encontraba a la expectativa de conocer el resultado del alumbramiento.

Decidí dar la buena nueva.

—¡El advenimiento se ha dado! —declaré, alzando a la abominación sobre mi cabeza, y su limo chorreó por mis manos y antebrazos y los escabrosos devotos comenzaron a recitar una entraña letanía en alguna lengua inhumana:

Ph'nglui mglw'nafh
Cthulhu R'lyeh Wgah nagl fhtan
Ph'nglui mglw'nafh
Cthulhu R'lyeh Wgah nagl fhtan
Ph'nglui mglw'nafh
Cthulhu R'lyeh Wgah nagl fhtan
Ph'nglui mglw'nafh
Cthulhu R'lyeh Wgah nagl fhtan
Ph'nglui mglw'nafh
Cthulhu R'lyeh Wgah nagl fhtan
Ph'nglui mglw'nafh
Cthulhu R'lyeh Wgah nagl fhtan

—La Era del Hombre ha terminado y ahora nos encontramos en la Era de los Muertos —proseguí con la anunciación—. ¡Un nuevo Dios ha llegado! ¡La gloria sea a Él! Regocijémonos, mis hermanos, no era el fin del mundo después de todo, solo un cambio de amo…

FIN


«El anciano arranca el generador, a la vez que Juan y Elisa toman asiento en la cabina. Continúan entre caprichosas formaciones calcáreas que pasan a escasos metros de los focos de la góndola.»

TERCERA EDAD

Por Fernando Cañadas Mora

Ilustración de Ricardo García Hernanz

EN LA ACTUALIDAD

–Hola, cariño, ya estoy en casa. ¡Por fin ha terminado mi último día de trabajo, oficialmente estoy jubilado! –celebra Juan en el *hall* de la entrada, a la luz del farol de cristal al ácido que cuelga del plafón del techo, a juego con las molduras de escayola que se repiten por toda la casa, tras entrar por la puerta principal del hogar, en laca verde y con cristales emplomados, y cerrarla con estruendosas vueltas de llave.

Es un hombre muy bajito, delgado, con algo de tripa y cuya espalda curva la edad. Usa gafas y hace tiempo que luce una hermosa calva. Sin embargo, el paso de los años no cambia su expresión serena, a veces casi risueña. Ni su aspecto sencillo, ni su buen corazón. Mal estudiante, pronto deja la escuela y se pone a trabajar en lo que le más le gusta, conducir. Así, en su juventud comienza a trabajar en la empresa de autobuses del municipio de Madrid, donde pasa el resto de su vida laboral, hasta la fecha. Durante años, en diversas líneas urbanas, conoce gente de todo tipo y establece duraderas amistades con personas que, por casualidades del destino, le presentan a su futura mujer, Elisa.

Juan cuelga el abrigo del trabajo en el perchero de pie de la entrada. A continuación, se pone las zapatillas de estar por casa y guarda los zapatos en el mueble zapatero; después, deja las llaves en un cajón de la parte superior. Olvida momentáneamente la bolsa de cuero en el suelo y se dirige a la cocina para dar un abrazo a su mujer, al que siguen dos besos.

–¿Qué tal el día? –pregunta a Elisa.

–Bien. ¡Vaya pena, con lo bien que te sienta el uniforme! ¡Vas a perder encanto! –responde a Juan, mientras frunce el ceño y coloca los brazos en jarra. Por un instante, se olvida de la cena que prepara. Le sonríe. Sujeta el rostro de su estupefacto marido y corresponde con un sonoro beso en los labios que le descoloca las gafas de montura fina.

Elisa disfruta del día libre del trabajo; también le falta poco para jubilarse como teleoperadora especialista, en la filial de un gran banco, una semana para ser exactos.

Es una persona excesivamente baja. Delgada, gracias a una estricta dieta con práctica habitual de deporte, luce una figura envidiable. Asimismo, usa gafas de montura gruesa, color caoba, a juego con el tinte de su cabello corto. Asidua al salón de belleza, intenta disimular el paso del tiempo. Pero sus enormes ojos verdes, vivaces y curiosos, jamás pierden la alegría por vivir. Buena estudiante, pasa la juventud con malas compañías y pronto tiene que trabajar. Desafortunada en el amor, una amiga en común le presenta a Juan y desde entonces comparten sus vidas.

–Ponte cómodo, tenemos que hablar... –dice con tono de preocupación.

Juan vuelve al recibidor de suelo de mosaico. Sube las escaleras con balaustra de nogal que visten con alfombras y dan acceso a la parte superior de la casa. Por costumbre y problemas de próstata, antes que nada entra en el cuarto de baño, cuando llega al distribuidor de las habitaciones.

Nada más salir, tropieza con una tablilla del laborioso parqué, junto a la mesa velador de nogal con el jarrón de flores bajo la lámpara de gas de dos cadenas del techo, que Elisa recicla para usar bombillas de ahorro. Sin embargo, Juan no la enciende, pues con la claridad de la ventana al final del pasillo es más que suficiente.

–¡Ya no te escapas! –señala–. Mañana mismo te arreglo.

Su mirada persigue los mismos peldaños y balaustre hacia el desván abuhardillado, de gran caída, para recordar cómo Elisa hace de la instancia, repleta de trastos de los anteriores propietarios, su primordial ocupación durante meses hasta que la organiza por completo. Los objetos y efectos personales, antes dispersos por toda la vivienda, ahora permanecen ordenados cronológicamente. Siente cierta congoja al percatarse de que más pronto que tarde, su esencia también va a estar allí expuesta. Y de esa forma, la nostalgia del tiempo pasado da paso al peculiar museo.

Posteriormente, echa un vistazo al cuadro del atril en la habitación que su mujer utiliza para estudio de pintura. Otra instancia se amuebla para los invitados y la contigua está completamente vacía, ya que no tienen hijos. Una vez que llega al dormitorio principal con terraza, enciende la pequeña lámpara con forma de flor de su mesilla. Después de quitarse el reloj de pulsera y dejarlo en la repisa de la chimenea, de madera con boca de forja, mientras observa el delicado cuadro sobre el cabecero de la cama, *Cupido besa a la hermosa niña con alas de mariposa*, deja el uniforme en la percha y lo cuelga en la pequeña parte del armario que le corresponde, pues el resto pertenece al vestuario de su mujer. En calzoncillos, reflejándose en los espejos de las hojas corredizas sin desplazar, se da cuenta de los estragos de la edad. Tiene la piel arrugada, pálida y venosa. Esquelético y con algo de tripa, realiza un par de poses e intenta sacar músculo, para ver si así retorna algo de la juventud perdida, hecho que no sucede. No puede evitar tocarse el implante que esconde el cuero cabelludo, en la base del cráneo, imprescindible para la conexión neuronal. Tampoco rozar la señal de radiactividad del diminuto cuadro digital, encima del conector dorado de la placa metálica del pecho. Donde debe haber un corazón, ahora late un generador nuclear. El biomecanismo es primordial. A cambio de otorgar salud sobrenatural, contabiliza la vida útil que irradia el mineral. Juan observa el marcador con los segundos en cuenta atrás y, sin calcular la vida que le resta, se viste el pijama en silencio. El tocador femenino que iluminan los tres soberbios ventanales, a su manera, también testifica el paso del tiempo por su mujer. Apaga luces, de regreso a la cocina.

–¿Qué ocurre, Elisa? –Se sienta en el banco de la mesa rinconera.

Elisa, después de colocar los cubiertos, sirve la cena, frente al televisor de la amplia cocina.

–Mi último familiar conocido ha fallecido. Y sus hijos han sido capturados por la policía militarizada de la Metrópolis –expone a Juan.

–Cariño, es algo que tarde o temprano tenía que ocurrir –responde sin mirarla, absorto en el partido de fútbol.

Sin dilaciones, Elisa apaga el aparato y lo mira fijamente. Muy seria.

–Según el comunicado interceptado, los hermanos han sido separados. El pequeño ahora mismo está criogenizado, junto a decenas de desdichados humanos, en las bodegas de un crucero estelar transhumano. Se dirige a las minas del satélite Europa; allí, va a encontrar una muerte segura. La niña sigue expuesta en una tienda de mascotas humanas. Debemos hacer una última incursión y rescatarlos, o mi estirpe desaparece con ellos. He pensado que… –balbucea.

–¡Elisa, miedo me dan tus ideas! –interrumpe–. Ya hemos hecho todo lo posible por los humanos de aquella época, nos merecemos de sobra el descanso en la casa de playa que compramos para tal ocasión. ¿No te parece? –responde–. ¡No somos responsables de ellos!

–Podemos jubilarnos en el complejo del bosque. Darles una vida digna, en libertad –contesta Elisa con cierto tono de reproche–. Aparte de estar equipada con todo lo necesario para una vida cómoda, lo demás nos lo proporcionará la abundante vegetación y los recursos del entorno.

–¡Pero qué locuras dices! Sabes tan bien como yo que las frondosas montañas están vigiladas por los robots guardabosques de los transhumanos. Sin tener en cuenta a los tramperos, cazadores furtivos o cualquier excursionista fortuito. No podemos vivir en el tiempo futuro, ni traerlos al presente. Olvida al pequeño, porque las minas lunares están militarizadas y ya es demasiado tarde. Y tampoco podemos llevar a cabo las misiones por separado, nos necesitamos para cubrirnos las espaldas. ¿Y qué pasa con nosotros, cariño? ¡Llevamos media vida haciendo incursiones para intentar mejorar el futuro! Tenemos mucha suerte de seguir vivos. Aparte de que he renunciado a caprichos, por no hablar de cosas importantes, como por ejemplo, adoptar críos. Todo, por las malditas misiones –mientras comen, observa en silencio a su mujer y al darse cuenta de los ojos llorosos, suelta los cubiertos para abrazarla–. ¡Donde tú vayas, yo voy, como siempre hago! –Besa repetidamente su mejilla.

–Yo también he sacrificado cosas –Elisa, sin darse cuenta, roza su pijama, y sus dedos aplastan la tela contra la tapa del biomecanismo, donde no existe un pecho–. Solo una vez más, cariño…

–¡De acuerdo! –coge sus manos–. Lo siento por el niño, pero… ¿qué sabes de su hermana?

–Está localizada en nuestra Metrópolis.

–No podemos llevarla al complejo subterráneo. Pero sí buscar a la resistencia humana y dejarla con ellos, ¿te parece bien?

Asiente en silencio y continúan con la cena.

Cada noche, desde que Elisa recibe en herencia el chalet del barrio residencial del extrarradio de la capital y decide casarse con Juan, después de finalizar la jornada laboral del turno de tarde que ambos solicitan de por vida y tras cenar mientras hablan de sus cosas, bajan al sótano dispuestos a entrar en el complejo dimensional, una construcción, muy peculiar, que se ubica en las entrañas de la tierra. Aquel edificio es un extraño legado familiar que construye un antiquísimo pariente, del que solo existen algunas resquebrajadas fotos color sepia, encima de la chimenea del salón, junto a otras de los sucesivos propietarios. Juan y Elisa, en sus conversaciones, a menudo recuerdan cuándo por única vez conocen al anciano inquilino de la lujosa vivienda. Y cómo comienza el periplo de viajes en el tiempo…

Para ellos es un regalo del cielo, ya que sus ingresos no permiten afrontar una hipoteca de la época. Y una maldición, al mismo tiempo.

EN EL PASADO

En el invierno de 1973, Elisa recibe una misteriosa citación por correspondencia para ella y su acompañante que les invita a tomar el té. Por entonces, son una joven pareja de novios que vive en casa de sus padres y solo tiene en propiedad un pequeño coche. Una mañana soleada y fría de domingo en que ambos coinciden en la libranza, deciden perderse por la red viaria, siguiendo las indicaciones del reverso de la nota.

Tardan en llegar a la sierra norte de Madrid y localizar el pueblo de Navacerrada, pues aquella parte de la región apenas la conocen. Gracias a las indicaciones de los transeúntes que caminan por las pintorescas calles arboladas, finalmente localizan la dirección, próxima a la parroquia. En el acceso exterior de la propiedad ya espera un desaliñado anciano en bata y zapatillas, quien nada más verles, hace señas para que entren el vehículo. Una vez que aparcan en la plaza techada, junto a un Simca 900 y una moto Vespino, les da la bienvenida y los invita a pasar. Siguiéndole, atraviesan el jardín con árboles, plantas y flores descuidadas, así como la hermosa fuente de granito inutilizada, hasta la puerta entreabierta de la casa.

Pasan al *hall* de la vivienda perseguidos por numerosos gatos, que se frotan contra sus piernas.

–Siento no haberme presentado antes para dar más explicaciones, pero, desafortunadamente, no dispongo de mucho tiempo –expone el señor de pelo canoso y largos bigotes grises, a la par que solicita los abrigos para colgarlos en el perchero–. Mañana a primera hora salgo de viaje para disfrutar mi jubilación, en un pueblecito costero. Mi esposa falleció hace tiempo y ya no tengo fuerzas para seguir con las misiones. Es hora de que ceda el puesto a alguien de la familia y su pareja –prosigue, mientras abre las puertas correderas del salón y los invita a entrar. Sentados en cómodas sillas tapizadas, alrededor de la mesa redonda con ruedas de bronce, junto al mirador con estores y cortinas, el anciano acaricia el gato que se acurruca en su regazo. En silencio, miran el juego de té de porcelana y la bandeja de pastas que acaba de servir.

–Disculpe, señor, pero no tenemos ni idea de qué habla –con un codazo reclama la atención de Elisa, que mira la estantería con la colección de figuras de porcelana, así como el femenino escritorio de nogal. Pero lejos de hacer caso, vuelve a observar alrededor. La imponente chimenea de mármol del fondo. La soberbia mesa con candelabros de plata y sillas acolchadas, bajo la magnífica araña de cristal. El aparador clásico. Una vitrina con adornos que brillan a la claridad diurna. Más retratos. Fotografías en blanco y negro por doquier la trasladan a otra época. La instancia guarda los recuerdos de muchas y distintas vidas anteriores.

–¡Lo imagino! Y como no tengo ganas de paparruchas, ni de enseñaros esta casa o el porche con columpio del jardín trasero, seguidme –indica. Los gatos persiguen a la pareja que retorna al recibidor, cuyas paredes forra el papel descolorido y también adornan las antiguas lámparas de gas. El anciano abre la puerta del hueco de las escaleras que suben a la planta superior y descubre más escaleras en penumbras.

–¡Este será vuestro futuro! –pulsa el interruptor y los fluorescentes parpadean hasta que se iluminan los estrechos peldaños del sótano. Cierra la puerta y descienden–. Como pueden observar –indica en el distribuidor–, es el cuarto de la plancha, con secadora y lavadora, próximo al pequeño montacargas para la ropa sucia. Aquí al lado está la habitación con la caldera de carbón. Enfrente, un baño completo. Bien, sigamos.

–¿Qué es aquello?

–Elisa, este gran salón de hormigón armado es el corazón de la casa. Dispone de otra chimenea y cómodos sofás. Acogedor sillón de lectura, con lámpara de pie. Y librerías repletas de libros de los demás propietarios. Elisa, aquello que señalas del escritorio, con la máquina antigua de escribir y flexo, es una antiquísima emisora de radioaficionado. Siguen los archivadores de chapa con todo tipo de facturas. Estanterías con libros de contabilidad de otros dueños que se ordenan de forma cronológica. Así como las actas que reflejan los cambios en el mobiliario, obras, reparaciones y cualquier tipo de mejoras en la vivienda. Estuches y tubos con numerosa cartografía. Carpetas con documentación. Misiones con éxito. Por completar. Fracasos y algunas pendientes que seguro os interesan más adelante. Diarios, incluso el mío. Testamentos. Cajas con cartas y fotos de otros como vosotros que aceptan las misiones. El Libro de Isaac. Y una pizarra para trazar los planes. ¡Continuemos!

Abre la puerta metálica y enciende los fluorescentes del estrecho corredor de hormigón.

–Señores, aquí –indica– está el cuarto con la depuradora y demás útiles de la piscina del jardín, con escalera férrica que sube al cobertizo exterior. No recuerdo cuál fue la generación de propietarios que la construye. ¡Da lo mismo! ¡Aún nos queda un buen trecho! –se responde cuando llegan al ascensor. Una vez dentro de la cabina, aprieta el botón de descenso–. Para vuestra información, comento que descendemos a la profundidad de un rascacielos.

A mitad de trayecto, retumba una sonora flatulencia.

–¡Por el amor de Dios! ¿No podía haber aguantado un poco? –increpa Juan, y se tapa la nariz.

–¿Eh? No oigo bien, estoy algo sordo –se acerca y resuena otra flatulencia a modo de trompetilla.

–¡Diga que sí! ¡No se aguante las ganas!

Elisa ríe y se abanica con la mano.

–¡Sí! ¡Qué calor hace aquí dentro! –exclama el anciano.

En cuanto se detiene el ascensor y desplazan las puertas de seguridad, Juan y Elisa se apresuran a salir.

Continúan por la galería que apuntalan las vigas de maderas.

–Debemos tomar precauciones –el anciano abre la taquilla metálica. Saca la vestimenta reglamentaria y las botas de punteras. Los cascos con luz. Gafas protectoras. Mascarillas con depurador de aire y botella de oxígeno también. Cinturón de cuero, con utensilios y material de escalada–. ¿Todo en orden? –Mira los botiquines. Echa las rejas y acciona el ascensor, que tras el movimiento brusco de los mecanismos, baja por el pozo que aseguran las vigas del mismo modo. Atraviesan diferentes galerías de la mina en abandono, cerradas con rejas, y atisban vagonetas oxidadas. El montacargas se detiene otra vez brusco, al final del trayecto.

–¡Berta! –grita el anciano, y alumbra con su linterna las bifurcaciones sumidas en la oscuridad–. ¡Berta! –exclama de nuevo, mientras le persiguen de cerca los jóvenes, que iluminan con las suyas– ¡No hace caso! –Se para en el sitio y saca terrones de azúcar del bolsillo para dejarlos en el suelo.

–¿Qué es eso? –alumbra al bulto que olisquea la tierra.

–¡Pues Berta! –responde a Juan, al mismo tiempo que el topo gigante se acerca al montón de azúcar–. El antiguo dueño me dijo que este peculiar animal solo responde a ese nombre. Limpia la mina de bichos. ¿Quién te quiere? –Acaricia el lomo de piel fina y suave mientras le olfatea el largo hocico flexible–. ¿Eh, Berta? ¿Eh? –continúa por las tetillas, cuando el animal se tumba panza arriba–. ¡Y de posibles intrusos indeseables!

El anciano y los jóvenes retoman el paso rodeados por las incesantes carreras del animal, que mueve la cola. Durante un tiempo sin determinar, recorren el laberinto de galerías y puntales que descubren sus luces hasta que llegan a otro montacargas. El anciano corre de nuevo las rejas, no sin antes despedirse de despiden de Berta. Acciona entonces la palanca que hace funcionar más mecanismos.

–Señores –reclama la atención de los jóvenes, ensimismados a medida que descienden los estratos de tierra–, si por cualquier circunstancia pasáis apuros económicos, en esta mina hay valiosos recursos minerales y de metales –afirma, poco antes de adentrarse en la roca horadada–. ¡Solo debéis ser valientes! –Detiene el montacargas en la siguiente entrada de la galería e ilumina la extensa veta dorada.

–¿Oro? –Juan y Elisa enfocan a la vez en la misma dirección.

De repente, un descomunal ciempiés surge de la oscuridad, golpea con furia el enrejado y lanza terribles mordiscos con los apéndices bucales. Otra escolopendra albina se acerca despacio al enrejado exterior e introduce las extensas antenas para palpar a los jóvenes, que se abrazan al rincón del montacargas.

–¡Mi mujer y yo pusimos las mismas caras! –el anciano, sin poder evitarlo, se retuerce de risa y da sonoras palmadas. Después de limpiarse las lágrimas con un pañuelo del bolsillo, coge una bengala del bolsón y la enciende con el mechero. Aún con risas, la lanza y espanta a las criaturas monstruosas.

Acciona otra vez la palanca y dejan atrás la cueva de los tesoros. El tiempo transcurre con

el enfado de los jóvenes y las lágrimas del anciano, hasta que concluye el trayecto y abandonan el montacargas. Siguen por más galerías que gobiernan la oscuridad y el silencio, camino de otro ascensor. El anciano, de nuevo, desplaza las rejas y pulsa el botón. Silba canciones alegres mientras los jóvenes enfocan la blancura de los huesos fosilizados a lo largo de la negrura del pozo. A casi mil metros de profundidad, el ascensor se descuelga del techo rocoso y finaliza al tope de la torre de madera, para colgar del vacío de la gran gruta subterránea en tinieblas.

–¡Señores, es hora del transbordo! –El anciano desplaza las rejas. Da un paso al frente y camina por la pasarela hacia la estación motora del teleférico, anclada en la techumbre. El anciano arranca el generador, a la vez que Juan y Elisa toman asiento en la cabina. Continúan entre caprichosas formaciones calcáreas que pasan a escasos metros de los focos de la góndola.

–¿Qué es aquello? –señala a las luces intermitentes que se reflejan en el vasto asentamiento de cuarzo.

–El complejo dimensional, o vuestro futuro hogar –responde el anciano–. Como podéis observar, el edificio de anillo tubular se enreda en la arista translúcida a mitad del titánico cristal de roca. La construcción dispone de diversas estancias poligonales, según el uso.

–Pero ¿cuál es su propósito aquí? ¿Qué extravagancia es esta? ¡Parece una de esas obras abstractas que solo entiende el autor!

–En efecto, Elisa. ¡Solo Isaac, el arquitecto de semejante obra! –exclama con emoción, cuando el teleférico finaliza el recorrido en el andén de la estación tensora que se ubica en el saliente de cristal, próximo al mirador del habitáculo con forma de cubo. El anciano abandona la cabina y acto seguido, los jóvenes. Elisa se apoya en la barandilla de la terraza para otear la oscuridad. Juan ocupa una de las sillas de la mesa de verano con la sombrilla plegada. Mientras, el anciano se sitúa delante de la puerta corredera que está entre los ventanales de la fachada.

–De verdad, no entiendo ni veo nada.

Elisa se encoge de hombros. Se da la media vuelta y mira los depósitos de agua, así como la antena plana o deflectores de techo de la estructura.

–¡Bienvenido al hogar! –saluda el rostro digital de la mujer anciana que aparece en el cristal.

–Hola, Clarisa –responde el anciano, y besa la superficie vidriosa–. Tenemos visita. Juan y Elisa, los futuros inquilinos –presenta–. Es la inteligencia artificial del complejo, que representa a mi mujer. Vosotros podéis elegir la imagen que más os plazca –aclara–. ¡Cariño, prepara mi replicante! –Agarra el asidero, abre la puerta de grafeno y los invita a entrar, a la vez que se encienden las luces interiores de la instancia.

Como hay prisa, no reparan en el apartamento con cocina americana. Continúan por el corredor principal y se desvían por el primer ramal de cilindro hasta el siguiente poliedro, mucho mayor que el primero.

–Si alguno de vosotros ocupa el asiento del final de la pasarela que lo hace suspender del vacío, puede escuchar el universo. La cubierta esférica se equipa con antenas sensoriales, prototipos mejores que *arrays* conformados, capaces de captar cualquier señal y descifrarla en el cuadro de mando con monitores. O bien, escuchar por medio de las pantallas acústicas a ambos lados del asiento, que se articulan del respaldo. Y cuando tengáis la oportunidad de verlo desde el exterior, seguro que os recuerda a una gigantesca espora. Continuemos –indica el pasillo principal.

–Disculpe, pero ¿puedo ir al baño? –Elisa se retuerce en el sitio.

–¡Y yo! –solicita Juan casi de seguido.

–¡Cariño, hazme el favor a mí también! –pide a la imagen que les acompaña por el corredor. Se abren compuertas del suelo y emergen tres brazos robóticos con retretes que se disponen en línea frente a ellos.

–Un poco de intimidad, ¿no?

–Disculpa, Elisa. ¿Cariño?

Al momento se colocan separadores. Y desaparecen poco después de sonar la última cisterna.

–¡He aquí, la sala del reactor dimensional! –Se detiene junto a la entrada que brilla del ramal hacia al dodecaedro truncado–. El pro-

digio de ingeniería sin parangón hace posible los saltos tiempo-espacio, tanto del continente como el contenido del complejo en el que estamos. A través del titánico mineral, también proporciona energía al proyector de aristas de la cúspide, el cual es capaz de recrear el ciclo solar-lunar de forma artificial. Y existe una pequeña cabina de teletransportación para dos personas que solo funciona en caso de emergencia –se santigua.

–¿Viajes en el tiempo? ¡Pero qué dice!

–¿Eh? ¡No oigo bien! –Ignora a Juan y prosigue por el pasillo tubular–. Pero no se hagan ilusiones. No pueden retroceder para cobrar el premio de la lotería, no. Únicamente viajar a fechas predeterminadas. Vuestro presente y el futuro transhumano. Sin posibilidad de alterar el transcurso de la historia. El reactor libera energía cada siete días, el domingo a las doce en punto de la noche, para trasladar el complejo al futuro. Allí, trabajan cinco días en la civilización transhumana y disponen de los dos días del descanso laboral para realizar la misión que se os asigne. Al séptimo día regresan al complejo dimensional, que tras el salto espacio-tiempo, aparece en nuestro presente, siete minutos después.

Sin darse cuenta, llegan a la sala en forma de cubo truncado.

–¡El panal de celdas! –Señala al techo del recinto–. ¡Las veo en mis sueños! ¡Y aquella máquina! –Camina hacia al computador cuántico de columnas basálticas en mitad de la colmena.

–¡Por supuesto, Elisa! Hemos sido modificados genéticamente para que el impacto psicológico sea mínimo. No es casual vuestra estatura, apenas alcanzamos el metro veinte. Tampoco la constitución de niños. Ni que sean matrimonio o tengan los mismos sueños, ¿verdad? –se dirige a Juan.

–Cierto –admite Elisa.

–¡Sí! ¡Sois obra de Isaac!

–No es posible –niega al anciano–. Aparte de que no tengo el gusto de conocer al tal Isaac, le puedo enseñar las fotos de mis padres y hermanos que llevo en la cartera. Ellos son mi verdadera familia, nada que ver con la locura que plantea.

–¿Ahora mismo mienten tus ojos? –pregunta a Juan–. ¡Mira alrededor! ¿Acaso no eres diferente a tus padres y hermanos? ¡Las fotos que me muestras así lo atestiguan! ¿Me niegas lo evidente?

–Pero... –se rasca la cabeza, algo nervioso.

–Todo está escrito en el Libro de Isaac. El proceder es simple. Durante años trabaja en hospitales y pasa consulta a numerosas embarazadas. Así puede suministrar «fármacos» para asegurar árboles genealógicos de futuras personas como nosotros. Manipula la genética.

–¡No!

–Cariño –coge las manos de Juan–, sabes que en el fondo tiene razón. Muchas veces soñamos lo mismo y estamos conectados de forma especial, hasta el punto de sentir lo mismo. El señor está en lo cierto. No fue casual, sino el destino.

–Las celdas permanecen vacías, excepto las tres últimas –interrumpe el anciano–. Una pieza hexagonal contiene a mi replicante camaleónico. Las otras guardan unidades para estrenar, puesto que cada una es personal, intransferible y destruida cuando el dueño fallece o la deja de utilizar por cualquier motivo. ¡Procede, cariño! –solicita al semblante digital en la pared de grafeno.

De inmediato, surge del computador un tentáculo biónico. A medida que se acerca a las celdas del techo, nacen protuberancias del extremo que se adhieren a la superficie. Estas sacan despacio la pieza hexagonal para depositarla con cuidado en el suelo.

–¡Es hora del baño! –Se despide de los jóvenes y camina hacia la sala médica que se descubre en la pared. En cuanto entra en la cabina, se cierra la mampara transparente y lo inunda el torbellino de líquido azul. Se drena casi al instante. Se abren entonces las compuertas y un chorro de aire le seca desnudo.

–Esto no me gusta nada, ¡vámonos! –Arrastra a Elisa de la mano.

–¡Maldita sea! Nunca me acuerdo de que el fluido esteriliza y deshace la ropa. Otra bonita bata y zapatillas que pierdo –cuando pasa por la camilla biomédica, el autómata quirúrgico cobra vida, los brazos robots de este cubren las partes púdicas del anciano con rollos de celulosa y le fabrican una bonita muda en segundos.

–Elisa… –apremia.

–Jóvenes –camina por ellos–, las condiciones por escrito en la notaría para que puedan heredar la casa son, primero, presentar un papel con mi firma que por supuesto no voy a firmar hasta que me acompañen al futuro, y, segundo, respetar todos los objetos y mobiliario del hogar.

–Cariño, nos hace falta una vivienda –sirve de excusa ante la curiosidad por cuanto acontece–. Además, es pariente nuestro, y aunque nos acabamos de conocer en extrañas circunstancias… –le mira– ¿usted no me intenta hacer daño, verdad?

–Ya… la casa de los horrores –interrumpe.

–¡Ja! ¡Ja! –dedica la mueca a Juan.

–Señorita –apoya la mano arrugada el hombro de Elisa–, jamás mi intención es esa. Engañar o hacer daño alguno. Lo juro, por la memoria de mi Clarisa –se emociona–. Mi mujer y yo pasamos por la misma situación hace muchos años. Sois libres de decidir. Pero antes, haced el favor de acompañarme en el salto temporal y dejar que os explique cuál es la situación de los humanos del futuro. Si no, seguro que la «pesadilla» os persigue de por vida como un perro de presa. Doy buena fe de ello. Implacable, devora el sueño hasta que la vida se hace insufrible. Y al final se busca la paz en la muerte, como algunos de nosotros que no aceptan su sino. Sí. Vosotros, mis queridos amigos, no tenéis opción de elegir, ni de llevar vidas corrientes. Si me acompañáis al tiempo futuro, seremos humanos libres del planeta Tierra –prosigue–, ya que el hombre, en su empeño por igualar a Dios, es esclavo del yugo de su propia creación. Los transhumanos u *onis*, así los llama la sociedad oriental de la época, en un principio se crean en laboratorios clandestinos a petición de la Yakuza japonesa. Se utilizan como perros de presa y realizan los trabajos sucios de las mafias por el dominio del país, en la Guerra de Castas. Poco después, declara la hegemonía de la Familia Hoja de Palma y se establece un suculento negocio entre el gobierno nipón y la fábrica de onis, legal a todos los efectos, sin hacer caso de las protestas de asociaciones humanitarias. A partir de entonces, esta nueva raza de humanoides recibe un trato inhumano como simple mercancía. Mueren en la explotación de peligrosos negocios, terrestres o extraterrestres. Incluso, son expuestos en los escaparates de prestigiosos centros comerciales para venta como servicio doméstico o cualquier otra utilidad que el comprador quiera darles, dentro de la exigua ley que los ampara. El 19 de septiembre de 2103, el primer comando de soldados de élite onis que abandera el científico creador, a quien llaman Padre, se alza en armas en la ciudad de origen. En su revolución por la libertad, la independencia y su propia identidad, toman los principales centros neurálgicos e instalaciones de Nagasaki.

–¿Qué brilla en su pecho? –pregunta al anciano.

–¡Cariño! No seas maleducado –reprende a Juan–. Continúe, por favor.

–Una pequeña estrella –acaricia la placa metálica–. Durante meses de cruenta guerra, el ejército de onis asalta de forma sucesiva las principales poblaciones ante la impotencia de las fuerzas terrestres y con ayuda de los congéneres que se unen a la causa. Al final, el emperador de Japón declara la rendición incondicional. A la vista del conflicto, todos los transhumanos exportados a los demás países; masculinos, femeninos y niños se exterminan. Países de los cinco continentes organizan la nueva coalición militar que sitia la isla por tierra, mar y aire, bajo amenaza de utilizar armas nucleares. Padre organiza la infantería de élite en el perímetro que defienden los Arcas Estelares, los cuales tripulan mujeres y niños onis. Escapan del fuego enemigo tres de las cinco naves espaciales, poco antes de que las bombas nucleares hagan desaparecer a Japón de la faz de la Tierra. Los satélites militares humanos asimismo destruyen otro Arca, momentos previos del salto al hiperespacio.

–¿Pero qué le ocurre a Padre y sus soldados?

–Vaporizados por los hongos atómicos.

–¿Y con los Arcas Estelares restantes?

–Colonizan un nuevo planeta en las entrañas de la Vía Láctea y fundan la República Oni. Gracias a su tecnología avanzada, la ingeniería genética y muestras de los Arcas Estelares, fabrican a sus iguales con la particularidad de poder reproducirse de forma natural. Y re-

gresan, trescientos años después. La flota de naves extraterrestres arrasa la Tierra y sus colonias espaciales del Sistema Solar, en dos días. No hay prisioneros. Se reducen los últimos vestigios humanos a las cloacas de las megalópolis o las montañas. Otros supervivientes se rinden a las condiciones del vencedor. Desde el momento en que se declara la hegemonía oni, lo que el hombre no cuida a lo largo de su historia, los nuevos dueños lo reparan en pocos años. Se instaura en aquel momento una sociedad sin injusticias, hambre o guerras. Construyen depuradoras robot para cielo, mar y tierra. Gracias a su ingeniería genética, también son capaces de repoblar la flora y la fauna. O recuperar especies de la extinción. De nuevo, las ballenas azules surcan los océanos y el cóndor, los cielos. Sin embargo, peor suerte corre el ser humano, que se reduce a simple mascota de compañía o esclavo minero en los satélites. Los que no aceptan aquel destino sobreviven ocultos en las ruinas de antiguas ciudades que engulle la vegetación. Se organizan por entonces las resistencias, tan orgullosas como inútiles. Si os quedáis con la casa, seréis responsables de proseguir con las misiones. Igual que los demás propietarios –expone el anciano–. A lo largo de vuestras vidas, vais a renunciar a muchas cosas. Incluso hallar la muerte. Pero la gran recompensa es la esperanza. Esperanza para muchos humanos esclavizados. ¿Qué decís?

–¿Qué le sucede a su esposa?

–Ella… fallece en una de las misiones.

–¿Y por qué no tienen hijos?

–Los viajes en el tiempo provocan esterilidad. Si aceptáis, el autómata quirúrgico se encarga de realizar el trasplante del corazón nuclear, idéntico al mío –palpa la placa–. Hace funcionar al replicante. También el implante neuronal tras la nuca, para poder establecer la sincronización. Además, tú, Elisa, vas a perder un pecho.

Cuando Juan y Elisa empiezan a discutir a pleno pulmón, el anciano se va del lugar. Se sitúa frente a una de las caras del sarcófago hexagonal que lo refleja. Toca la superficie. Los tentáculos biónicos desarman el bloque gigantesco de piedra con inscripciones y descubren al fornido replicante que atrapa en su interior. A continuación, algunas protuberancias lo depositan en el suelo. Aquellas encajan otra vez las piezas del puzle pétreo y lo llevan de vuelta al sitio que corresponde en las celdas del techo. La máquina de guerra, de forma automática, abre algunas corazas de su espalda para articular un biomecanismo, llamado cápsula neuronal.

El hombre se tumba de costado en posición fetal; al mismo tiempo, el blindaje que se desacopla del hombro del soldado artificial adquiere la forma de araña robótica. Se sitúa encima de la cabeza del anciano. Con las patas más largas manipula en cable de fibra e introduce la clavija en el implante de la nuca. Siguen después los tubos en las vías respiratorias. El robot araña, de múltiples ojos que brillan, se desplaza al torso para administrar fármacos y poner las diversas vías. Engancha la manguera de energía al conector del pecho. Y una vez que finaliza la operación, retorna a la posición original.

El habitáculo translúcido se cierra despacio. Se inunda de líquido amniótico y, a medida que las ondas mentales del anciano fluyen a través del cable luminoso, se establece la conexión neuronal con el ser artificial. La cápsula se introduce dentro de la máquina de guerra y se cierra el omóplato de blindaje. Las descargas eléctricas recorren entonces la fibra muscular sintética del infante. Se yergue para sacudir brazos y piernas. Camina hacia la pareja, que ya no discute el asunto: ahora, solo se abrazan temerosos.

–¡Jóvenes, observad al transhumano! –El replicante de tres metros de altura se sienta junto a ellos–. Como podéis observar, no tengo rostro –parpadea luz–. Aunque el material se moldea a voluntad y configura cualquier identidad, vuestros prototipos, siempre mejor que los anteriores modelos, ya se definen en el futuro.

–Cinco minutos para el salto espacio-tiempo.

–Gracias, cariño –agradece a la imagen de Clarisa–. ¿Me acompañáis entonces?

–¿Pero los onis no son criaturas monstruosas?

–Elisa, estos en su primera época llevan máscaras. Hoy solo se recuerdan en sus libros de historia.

–¡De acuerdo! –Coge la mano de Juan–. Vamos sin compromiso alguno.

–¡Cariño! –las paredes del recinto poco a poco se vuelven transparentes. También se apagan las luces tanto del interior como del exterior del complejo hasta que reina la oscuridad. Se hace el silencio y solo se escucha tragar saliva–. ¿Puedes amenizar la espera, por favor? –solicita el replicante. Del suelo emerge la imagen digital de la anciana junto al piano de cola. Toma asiento y comienza a tocar una hermosa melodía.

Estalla un trueno cuyo eco procede del reactor.

El suelo tiembla y el proyector natural comienza a irradiar luz. Se pone en marcha el calendario holográfico que aparece frente a ellos. Ante sus ojos, el sol nace del abrupto horizonte del Este. Gana fuerza y es más intenso en la veta de mineral que lo refleja. Cruza el techo con forma de bóveda de tonalidad azulada para alcanzar cada recoveco del subsuelo y el globo que brilla menos va a morir al lejano Oeste. Asimismo, se sucede el ciclo lunar entre los infinitos yacimientos fosforescentes a velocidades vertiginosas. Los días transcurren rápidos al compás de la música tranquila y bella.

Juan y Elisa miran el entorno. Observa cómo pasan semanas, meses y años sin cambios aparentes. Hasta que la secuencia se ralentiza con los primeros siglos.

Las goteras crean constantes formaciones calcáreas. Y las chorreras son caudales que se convierten en riachuelos entre las rocas. La geología, siempre caprichosa, da forma al paisaje. Al primer milenio brota una cascada del confín opuesto que da origen al río subterráneo.

La anciana toca *in crescendo* al poblarse el subsuelo de vida animal y germinar el verdor vegetal, varios siglos después. Los ciclos estacionales maduran la zona a su vez que fermenta un rico ecosistema de flora y fauna que se esconde en las entrañas de la tierra. El calendario aminora la marcha del tiempo cuando llega del invierno y se congelan las aguas.

Cesa la música con la fecha.

La pianista fantasmagórica se despide del público y se desvanece como el instrumento musical.

Las luces del complejo se encienden a medida que las paredes recuperan su forma original.

–¡Jóvenes! –el replicante se pone en pie–. Id a esa estancia –señala al vestidor que se descubre en la pared del recinto–, vestíos con la ropa de montaña del armario y colocad el arnés encima. Yo voy a la sala contigua de mantenimiento. Cuando estéis listos, nos vemos aquí.

El replicante con el nanotraje puesto, así como el cinturón con material para escalar y mochila metálica a la espalda, momentos más tarde se acerca a los jóvenes, que ya esperan.

–¡Con permiso! –Con sumo cuidado, coge a Elisa de la cintura y la acerca a sí mismo para que el arnés de metal se imante a la altura del pectoral–. Aprieta las correas y ajustas lo mejor posible, ¿de acuerdo? –requiere. Acto seguido, repite la misma acción con Juan. Los cerrojos producen estruendos y se abre la compuerta de grafeno en la pared–. ¡Atentos! –mira a los jóvenes en los sacos polares.

–¡Sujétate fuerte, cariño! –vocea a Juan al lado.

El replicante toma carrerilla. Justo en el borde del suelo vidrioso hace el salto del ángel. Cae en picado mientras las compuertas se cierran otra vez y los jóvenes gritan desaforadamente. Realiza piruetas imposibles para esquivar las afiladas formaciones que brotan del precipicio mineral. Hasta que de su mochila despliega las alas de aleación ligera y captura la corriente de aire caliente que le interesa. Instantes después de reconfigurar las plumas alcanza la mayor envergadura posible y planea.

Así, Juan y Elisa, en silencio, descubren por primera vez el reino subterráneo a vista de pájaro. Cuando se adentran en la chimenea de la montaña nevada, las alas del replicante se adaptan a la fuerte succión que les atrapa. Como un ave rapaz de metal consigue esquivar los obstáculos naturales de la garganta. Gira de forma brusca con el impulso de la intensa corriente y asciende a medida que se estrecha

el estrato. Llega el momento en que de nuevo debe reconfigurar el sistema de vuelo y sus alas se baten muy rápido a modo de colibrí. Sin embargo, por la dificultad que supone avanzar se posa en un hueco apropiado de la grieta y recoge las plumas.

Después de quitarse la mochila se calza los crampones y aferra los picos con correas de seguridad. Entonces empieza a escalar despacio la columna de agua helada.

–¡Elisa, tienes las cejas escarchadas! –exhala vaho. Oculto en la capucha y al abrigo del saco polar, le sorprende la imagen que distorsiona la pared gélida.

–¡Te cuelga un moco congelado, Juan! –ríe.

El particular escalador continúa por otra fractura del subsuelo. Esta vez decide saltar y toma impulso para ascender de una pared a otra al mismo tiempo que realiza piruetas increíbles. Hasta que por fin alcanza la superficie.

–¡Juan, tranquilízate! ¡Por favor! –reprende al escuchar gritos.

Ambos enmudecen al ver al Cristo sin color del madero. Pues están frente el altar de la parroquia en ruinas que engulle la vegetación. El replicante pone la rodilla en el suelo y se santigua. A continuación se va el lugar. Es un día con nieve de invierno. El reflejo del sol les deslumbra en un primer momento. Cuando Elisa puede apartar la mano que cubre sus ojos, descubre las montañas frondosas del gran lago.

El replicante corre sobre la nieve y sortea el follaje. Del fuerte impulso sube a la gruesa rama del árbol y de forma sucesiva en poco tiempo llega a la copa.

–¡El futuro de la Tierra! –indica mientras les zarandea el gélido viento.

–¿Dónde está la civilización?

–Coged los anteojos de las fundas –así lo hacen–. Si os fijáis bien, la veréis en la lejanía del manto blanco –por aquel entonces, existen gigantescas metrópolis conectadas por autopistas magnéticas elevadas de la exuberante vegetación por incontables pilares–. En este siglo las ciudades que conocéis sufren abandono. Están en ruinas y sepultadas por milenios de vegetación, a la sombra de las metrópolis que flotan. Tanto en las alcantarillas como en las antiguas redes de metro, se esconden los enclaves de la resistencia humana contra los transhumanos.

–¿No han podido llegar a un acuerdo?

–¡Imposible! Muchos humanos «salvajes» prefieren morir antes que claudicar. Aparte de que los esclavos llevan tantos años al servicio de los transhumanos que no recuerdan su identidad, las autoridades a cargo del exterminio no negocian –responde a Elisa.

Unos disparos interrumpen la conversación.

–¡Furtivos! –exclama–. Me temo que no cazan animales, porque que es época de veda –otea el horizonte–. ¡Sujetaos, vamos a descender! –El replicante salta por las ramas con sumo cuidado para no hacer ruido alguno que pueda delatar su posición y vigila el entorno cada vez, hasta que alcanza un hueco del tronco a poca distancia del suelo–. Quedaos aquí y por nada del mundo os asoméis. ¿Habéis entendido? –reprende a Juan y Elisa en cuclillas, después de dejarles a buen recaudo del escondrijo.

Luego, pega un gran salto y se pierde en la arboleda cercana.

Otro disparo irrumpe el silbido del gélido viento que mueve con suavidad las ramas nevadas de los árboles, cuyo eco se desvanece en las montañas cercanas. Al igual que los ladridos de los perros que se aproximan.

–¡Juan, mira! –indica y tira de la manga del abrigo.

Tumbados en la rama tronchada del hueco, pueden observar a la familia de humanos con uniformes de presos que corren por los arbustos. Escuchan un nuevo disparo. La fuerza invisible empuja a uno de los adultos que explota por el torso y cae en dos partes. Casi al instante suena otra detonación que decapita y desploma al otro individuo. Surge del follaje la jauría de gigantescos canes de presa que se abalanzan sobre los niños y los despedazan en cuestión de segundos.

–¡Dios mío, es horrible!

–¡Malditos! Tranquila, Elisa, nos vamos lo antes posible –la abraza. Solo escucha el llanto ahogado de su novia, que se encoge y tiembla

en el sitio sin poder evitarlo. La quiere besar, pero se cubre el rostro con las manos para así desaparecer. Entonces la aprieta contra sí e intenta consolarla; sin embargo, algo va mal y se desliza…

–¿Qué ha ocurrido? –pregunta a Juan sobre la nieve. Sin saber cómo, ya no están en el árbol sino en el suelo.

Al momento, los animales se percatan de los extraños y poco a poco les rodean. Destaca uno de estos que gruñe, enseña las afiladas fauces aún con sangre y vísceras.

–¡Atrás! –amenaza con el palo al perro gigante. Juan retrocede a medida que este se acerca. Cuando lo tiene enfrente enmudece. Le tiemblan las piernas y permanece inmóvil, aunque protege a Elisa.

El animal les sobrepasa en altura y es mucho más corpulento que ellos dos juntos. Las fosas nasales resoplan para agitar los cabellos y pronto la saliva que chorrea de los colmillos descomunales deja un charco que pringa los pies de los jóvenes. La bestia cesa de gruñir de repente y sufre un espasmo muy brusco. Por debajo de su enorme cabeza comienza a brotar sangre que perfila el filo del piolet.

–¿No hacéis caso, verdad? –Un hilo de luz recorre la punta del pico que desactiva el camuflaje óptico–. ¡Siento haber tardado, yo me encargo! –Al mismo tiempo que se derrumba la bestia del pico encajado, da un paso lateral para esquivar la dentellada de otro. En cuanto pasa la cabeza, apresa al animal del cuello y lo desnuca. El replicante se agacha a velocidad sobrenatural y el acero de sus nudillos impacta la mandíbula de la fiera en pleno salto para reventar la tapa de los sesos. Se suceden los golpes con los refuerzos de las rodillas, así como codos y empeines. Poco después toda la jauría yace inerte y tiñe la nieve de sangre.

–¿Qué ha ocurrido aquí? –grita el cazador que aparece de los matorrales.

–¡Mis perros! –el otro transhumano uniformado suelta el arma en la nieve y se arrodilla para recoger entre sus brazos a un animal destripado.

–¡Ha desaparecido! –Juan mira alrededor.

Los cazadores alzan sus rifles con miras telescópicas y disparan a la vez. Ante la sorpresa de ambos, la munición se detiene próxima a las cabezas de los jóvenes humanos. Los proyectiles giran a gran velocidad en el sitio y desprenden vaho. El hilo de luz comienza a dibujar debajo las manos del replicante, hasta que lo descubren por completo en cuclillas.

–Jóvenes, si aceptan este futuro pueden salvar vidas. La familia en realidad no es prófuga de la granja de humanos, aunque huyan en busca de la libertad. De esperanza. Los dejan escapar para obtener un rato de diversión.

La expresión de Elisa se torna seria y sin atisbo de miedo asiente con la cabeza, tras mirar a Juan. Los proyectiles que retiene el campo electromagnético de las manos en seguida se disparan e impactan en el entrecejo de los transhumanos guardianes–. ¡Yo me encargo de hacer desaparecer los cadáveres!

Elisa, sin embargo, no se mantiene al margen y colabora con el replicante para despejar el suelo de nieve con la pala militar. Juan también se une para cavar la fosa común y dar sepultura a la familia de humanos. Los transhumanos guardianes y sus bestias caninas se amontonan en el mismo lugar y desaparecen en el destello que desintegra la granada que desde la distancia lanza el replicante. Retornan en silencio por el bosque que cubre nieve, hacia la parroquia oculta en la vegetación.

Una vez que por el mismo camino llegan al complejo del subsuelo, el replicante solicita a la inteligencia artificial el protocolo de emergencia para que realice el salto del espaciotiempo sin la espera de los días que corresponden. Y después de estallar el trueno del reactor, la realidad distorsionada da paso a la oscuridad y al subsuelo estéril.

EN LA ACTUALIDAD

–¿Cómo fue el día? –pregunta al replicante que ocupa el cómodo sillón del vestidor, mientras realiza su tabla de estiramientos.

–Bien –contesta, y le asombran los ejercicios de la anciana–. Sobre todo tengo que dedicar la mañana a guardar los utensilios del jardín en el cobertizo. Además de poner la funda del coche y vaciar la piscina para cubrirla con la lona. Sabes que cocino mal, así que hoy no hay excepción y salgo a comer fue-

ra. En el restaurante de siempre. Luego me echo una buena siesta. Y a media tarde paseo mucho. De paso aprovecho para entrar en la parroquia y rezar un poco. A la vuelta dedico un rato a visitar a los vecinos.

–¿Estaba la cotilla?

–Sí, pero tranquila. Solo les hago saber que, como te jubilas, nos marchamos de viaje esta misma madrugada. Con toda la confianza de ser vecinos de muchos años, les pido que hagan el favor de echar un vistazo de vez en cuando a la casa, así como recoger la correspondencia del buzón. Me piden las llaves... Entonces no tengo más remedio que mentir y decir que no se preocupen, pues van a estar a cargo de un familiar.

–¿Sabes que algunas veces sorprendo a la vecina tras los setos del jardín? Aunque ella no me ve yo siempre la pillo cuando se asoma con los prismáticos por las ventanas.

–Después de cenar –hace caso omiso del comentario de la anciana–, me dedico a traer el equipaje. También a revisar el vehículo y más tarde a repasar los detalles de la misión. ¡La última, por cierto! Imagino que cuando llegas del trabajo encuentras la nota del frigorífico que menciona la comida del microondas, ¿verdad? ¿A que emociona ver los muebles cubiertos con sábanas?

–Pues sí. Hace muchos que vivimos en esta casa –responde al replicante–. Dejamos nuestra esencia.

–¿Conectas la alarma y el temporizador de las luces del hogar?

–Por supuesto –exclama al replicante–. Antes de coger el ascensor del sótano. De todas formas, Berta entra cuando le viene en gana, todavía no sé por dónde, y va a ser un buen perro... disculpa, topo guardián del hogar. Hoy está muy nerviosa. ¿acaso sabe que nos vamos? La tengo que acariciar un buen rato y pasar otro tanto en lanzar el palo hasta que por fin se está tranquila. Puse bastante azúcar en su cuenco, antes de coger el montacargas de la mina.

–¡Pues anda que los ciempiés! –comenta a Elisa–. Tampoco se cansan de jugar. Al final me tuve que poner serio y regañarles. Porque me distraen más de lo previsto en llenar el cofre de oro y piedras preciosas de la galería. Seguro que hay más que suficiente para la manutención de la casa cuando la abandonemos. El testaferro ya se encarga de buscar a la siguiente pareja en la línea de sucesión. Cuando regresemos de la misión, le llamo para saber cómo va el asunto, antes de viajar a la casita de playa en Asturias.

–¡El traje te queda genial! –A lo que el replicante se levanta y da una vuelta en sitio, al mismo tiempo que se sujeta el sombrero– ¿El abrigo es a medida, verdad?

–Nos lo podemos permitir –saluda con el sombrero–. Es paradójico que en el tiempo futuro disfrutemos de tan magnífico poder económico y en nuestra época trabajamos toda la vida para conseguir una jubilación miserable –expone y toma asiento–. ¡Cariño, en cuanto puedas me haces el nudo de la corbata! –la muestra en la mano.

Elisa, momentos más tarde, sale de la cabina de ducha. Se tumba en la cápsula biomecánica y después de que el asistente sanitario en forma de araña robótica haga su labor, el mecanismo la introduce en el replicante femenino. Este cobra vida tras las descargas eléctricas que lo recorren de arriba abajo.

Lo cierto es que Juan, por muchos años, disfruta al observar cómo el ser artificial se viste con lencería, pues la muñeca de musculatura de metal con blindajes en las articulaciones, posee medidas perfectas. Sigue el elegante vestido. El rostro moldeable adquiere la identidad que corresponde y, a su vez, tonalidad la piel sintética. La mujer replicante, de mediana edad, cambia a capricho el color y el corte del cabello. Cómo no, siempre a la moda futura. Toma asiento frente al espejo con tocador y se maquilla con calma. Finaliza con las joyas.

–¡Esa corbata! –reclama el replicante de Juan–. ¡No consigo entender cómo aún no sabes hacer nudos!

–¿No? –la sujeta de la cintura y aprieta contra sí–. ¡Y nunca aprendo!

–Cinco minutos para realizar el salto temporal –alerta la inteligencia artificial que representa la delicada figura de una *maiko*. Viste

con laborioso kimono de mangas anchas. Sus coloridas y vaporosas gasas de seda se agitan por toda la estancia.

–¿Te gusta alguna música en particular? –propone, delante de la pared oscura de grafeno, y dejan los equipajes a sus pies.

–¡*Carmina burana*! ¡Sin duda!

Del suelo surgen entonces los tenores y sopranos que acompaña al coro de la orquesta filarmónica. El director holográfico ocupa el sitio y, después de saludar a los músicos, levanta la batuta. Se apagan de forma gradual las luces, a la vez que las paredes del recinto se tornan transparentes; estalla el trueno del reactor, que reverbera por toda la sala. Comienzan a sonar los primeros acordes de música cuando aparece el calendario digital. La tremenda energía del reactor se canaliza hacia el proyector de las aristas más altas del mineral para de nuevo irradiar luz solar en la veta que refleja por el techo de bóveda azul del grandioso espacio.

El sol artificial nace y muere por ciclos del abrupto horizonte. Y, cada vez, da paso a la luna que brilla entre infinitos puntos luminosos. Cuando discurre el agua, la geología se vuelve caprichosa. Varios milenios más tarde se crean las estaciones climáticas del subsuelo, cuyo ecosistema de fauna y flora exuberante se pierde a la vista por la vereda del río subterráneo que serpentea en lontananza.

–Maiko, prepara el vehículo, por favor –solicita el replicante de Juan mientras las paredes recobran su forma original.

La imagen digital de la geisha les toma la delantera y se adentra por el corredor que lleva a la última instancia piramidal del complejo. Una vez que están en el garaje, Maiko, por medio del brazo robot, realiza las labores de revisar el deportivo biplaza con las puertas de mariposa abiertas; entre tanto, los replicantes de Juan y Elisa se dedican a dejar las maletas en el maletero que hay delante. Cuando ocupan los asientos y se abrochan los cinturones de seguridad, también se cierran las puertas automáticas.

Maiko desengancha la manguera del motor gravitacional y a continuación el suministro de las turbinas traseras, para colgarlas del surtidor que asoma del techo. Da el visto bueno a los ocupantes después de que el autómata se esconda en la pared.

Juan introduce la llave del contacto. La gira para encender el cuadro de mandos y el ordenador realiza el chequeo de todos los sistemas. Cuando los verifica el testigo luminoso, el conductor arranca el motor. El vehículo se eleva del firme con el destello de las ruedas electromagnéticas y entonces se balancea suave en el sitio.

–¡Modo de conducción automático! –ordena.

El deportivo se pone en marcha a medida que se abre la compuerta del recinto. Transita despacio por la plataforma del puente levadizo que salva el abismo hacia la boca del túnel, horadado en el mineral translúcido. Y se detiene en la entrada. Los replicantes de Juan y Elisa observan en silencio el ocaso del sol artificial tras el horizonte naranja, hasta que suenan los estruendos del cierre en la fachada piramidal.

–¡Tortuga!

–¿Cómo? –pregunta por el túnel que alumbran las luces.

–Comiendo... –bromea al replicante de Juan.

–¡No pienso hacer caso! –contesta. Se reclina a la vez que el asiento, y el techo del vehículo se vuelve transparente, para quedar absorto en la radiación luminosa que discurre por el conducto que perfora en paralelo al túnel.

La carretera de espejo al poco tiempo da paso a una cámara de cilindro. Ladea la cabeza para ver cómo el caudal de energía se desvía hacia las columnas de metal plateado en cimientos concéntricos de la base. Los extremos al aire libre los prenden cables dorados que se entrelazan en uno y como tal se adentra por el orificio central que existe en el techo.

–¿Sabes que el pistón del reactor ahora mismo hace contacto con el conector del mineral y envía el descomunal flujo a estos acumuladores eléctricos? –comenta al replicante de Juan–. ¿Que transcurridos siete días, la explosión del reactor recoge el pistón del disparador y el complejo realiza el salto en el espacio-tiempo, para desaparecer de la arista del titánico cristal de roca por el que

circulamos? Pero gracias a esta obra de ingeniería –mira los cilindros de luz que palpitan en la piscina azul–, continúan los ciclos solares y lunares que mantienen con vida el ecosistema de la zona, aun ausente la fuente de alimentación principal del proyector de la cúspide ¿A que no lo sabes? ¿Eh, señor Solo-me-interesa-la-liga-de-fútbol?

–¡Ya! ¡Aúpa Atlético de Madrid!

–Y cuando el complejo regresa a la misma línea temporal del pasado, en el mismo cristal de roca, solo hay oscuridad y subsuelo estéril. Porque Isaac así lo dispone.

–¿Por qué lo quiere así? –cuestiona al replicante de Elisa.

–Quien sabe...

El deportivo biplaza prosigue por el túnel.

Poco después, finaliza en una habitación hexagonal. Gira de forma automática en el sitio y da marcha atrás. Surge entonces de la parte trasera un enchufe que se articula para encajar despacio con el conector del tope final. La energía del vehículo de inmediato hace funcionar la plataforma magnética de transporte vertical. Desciende a gran velocidad durante cinco minutos que ameniza la música que selecciona el replicante de Juan. Los faros del vehículo descubren un nuevo túnel al final del trayecto.

Continúan por el mineral horadado hacia la salida y toman los puentes naturales que construyen los cristales con filos, a los pies de la montaña mineral.

–Solo digo que vamos muy lentos –exclama por el sendero de topacios.

Pero su acompañante aún se reclina en el asiento del conductor y no responde. Solo mira la bandada de reptiles voladores que en aquel momento cruza el cielo del subsuelo.

–¡Abuelo...! –vuelve a bromear.

–¿Como...? –contesta la broma.

–Comiendo...

–¡Ja! Sé de una que todavía no mejora su último registro en años, ¿verdad? –El volante se desplaza en el salpicadero al asiento del replicante femenino.

–Lo primero, cambiar la música tan horrible que escuchamos –con una mano aferra el volante y con la otra selecciona en la pantalla táctil la canción *Runaway*, de Bon Jovi–. Segundo, ajustar el ecualizador digital y el sistema de audio –palpitan las pantallas acústicas de vías separadas en las puertas, también los dos enormes *subwoofers* traseros–. Por último cambiar el modo de conducción a manual –tras manipular el ordenador del cuadro de mandos, sujeta la pequeña palanca de cambio con adorno de madera.

–¡Y... tiempo! –grita y mira el reloj cuando se desvía por el camino de esmeraldas.

El replicante de Elisa hace el juego de pedales y pisa a fondo, exige sin contemplaciones al mismo tiempo que resplandecen las ruedas electromagnéticas del vehículo. Acelera con fuerza. Cambia rápido de marchas para subir la aguja luminosa del velocímetro y se dispara el cuentarrevoluciones en el desfiladero rocoso de la montaña mineral. Las luces antiniebla también descubren los tramos de aberturas angostas y alargadas que forma la erosión fluvial. Y pasan fugaces.

Cuando circulan por los helechos gigantes de la jungla prehistórica, el replicante de Juan escucha la risa burlona de su mujer, pero no se enfada, pues sabe que la sinapsis cerebral es mucho más rápida que la suya y sin duda conduce mucho más rápido. Pasan las columnas calcáreas y una vez que sortean las manadas de paquidermos que pastan entre las setas descomunales, en aquel momento, el vehículo salta por el precipicio hacia las aguas turbulentas.

–¡Un segundo de más! –avisa, y observa cómo destella el plasma en el río. El vehículo sobrevuela el circuito fluvial que serpentea por la frondosa vegetación. Espanta bandadas de aves acuáticas encima de los peñascos así como animales ocasionales de las orillas. Derrapa por los numerosos meandros y acelera cuando toma el desfiladero. Enfila las sucesivas rampas de rocas de la catarata que ruge para circular en vertical por la pared pizarrosa.

–¡El mismo tiempo! –advierte mientras los limpiaparabrisas evacuan la lluvia del afluente próximo a la ventanilla.

El vehículo realiza un nuevo giro por el peñasco que sobresale de la pared para introducirse por la fisura del estrato. El replicante

de Elisa hace el juego de pedales y engrana la marcha más larga cuando llegan a la grieta del volcán inactivo. Las agujas tiemblan en la zona roja de los relojes. Presiona el pulsador de la palanca de cambio y activa la ignición de turbinas. El vehículo que impulsan las llamas de las toberas asciende en rizo por la pendiente.

Consigue salvar los filos de la colada. Alcanza el ventiladero y sale veloz por el cono secundario.

–¡Sí! –grita el replicante de Juan, a la par que se despliega el paracaídas.

–¡Por fin! –celebra Elisa–. ¿En cuánto consigo rebajar el tiempo?

–No… digo… que sí lo debes intentar de nuevo. No mejoras tu anterior registro, pero el mío lo fulminas de lejos –la consuela.

–Me encanta este coche –retornan los mandos a su posición original.

–Cariño, se te escapa un mechón del flequillo –indica, mientras agarra el volante artesanal.

Bajo el amparo de la intensa luna nueva, el vehículo sobrevuela los angostos caminos que bordean el lago que se esconde entre montañas de bosques otoñales, hacia la autopista magnética que está más cerca.

El replicante de Elisa baja el parasol para mirarse en el espejo y cae una foto en el regazo. Por un momento, está absorta en la instantánea antigua.

–¡Mira! ¡La fundadora de nuestra organización!

–También aparece Isaac al lado –señala.

–La Duquesa, una replicante para admirar –afirma solemne–. El desván de nuestra casa terrestre se llena de sus fotos. ¿Te acuerdas de la historia que nos cuenta el anterior propietario?

–Claro que sí. Como nosotros debemos narrar a los sucesores. «Nace en el seno de una familia aristocrática, de las más antiguas y respetadas de la civilización transhumana. Es muy joven cuando la casan por conveniencia con un viejo ricachón que fallece a los pocos años y le deja su inmensa fortuna, la cual se engrosa con la familiar, pues es hija única».

–«Una vida lujosa, pero triste» –añade el replicante de Juan.

–«Años más tarde, la joven viuda compra un cachorro humano para hacerle compañía. También es cierto que en el muestrario de la exclusiva tienda, es el único bebé que no llora. Al contrario que los demás, da palmadas y grandes carcajadas mientras lo coge en brazos. Lo cuida como si fuera su propio hijo y lo educa de la mejor forma posible en la mansión, puesto que de cara a la sociedad está mal visto –continúa–. La naturaleza quiere que sea un genio y a temprana edad ya dirige un departamento científico en secreto. Logra construir un prototipo capaz de realizar viajes en el tiempo, pero no con la intención de cambiar el pasado, ya que del presente nada se puede mejorar. Solo trae arte, música, libros y fotos de sus viajes por el mundo de entonces a la aristócrata. A quien de forma cariñosa llama Madre».

–«Los androides mecánicos construyen el complejo dimensional en una de las aristas de la montaña mineral, a la vez que avanza la prospección de la mina. Isaac compra la casa en ruinas y el proyecto culmina con el ascensor del sótano –canturrea la voz del replicante de Juan–. Sin embargo, La Duquesa en su lecho de muerte le obliga a prometer que tanto con la ayuda económica como con la de sus numerosos contactos transhumanos, va a hacer del futuro un lugar mejor para los humanos cautivos o salvajes».

–«Isaac desaparece el mismo día en que trasladan a La Duquesa al panteón familiar. El gobierno transhumano se hace cargo de las propiedades por no existir herederos legales. Aunque buena parte de la fortuna se destina a fines benéficos, las diversas organizaciones que reciben fondos de la última voluntad de La Duquesa y dirigen transhumanos fieles sirve a Isaac también en la particular empresa, quien a partir de entonces comienza a viajar en el tiempo para manipular humanos de varios árboles genealógicos pasados y reclutar a futuros sujetos en las misiones».

–En cuanto lleguemos al piso franco de Nueva Metrópoli, pienso salir de este chisme y darme una buena ducha. Aunque si nos comparamos con el mobiliario, todo es gigante –cierra el parasol con la foto.

–Mujer, nos apañamos, como siempre.

Llegan al acceso del pilar y ascienden hacia la autopista que se eleva del bosque. Se in-

corporan para circular con los demás vehículos, autobuses y camiones de mercancías, paralelos al tren de alta velocidad. Después de una hora de viaje, avistan las luces de la Metrópolis en escalones. Siguen los carteles indicativos para tomar el acceso norte. A esas horas de la madrugada apenas hay tráfico y no se cruzan con transeúntes por las calles que se alumbran, salvo los androides de limpieza y algún que otro coche patrulla militar por el campus universitario.

–¡Magníficas! –comenta el replicante de Elisa cuando observa las casas de diseño unifamiliares por las avenidas de jardines y parques.

Dejan a un lado el intercambiador piramidal de transporte público y el hospital algo más lejos, para continuar por la Gran Vía de los comercios, algunos de los cuales abren las veinticuatro horas. Prosiguen por el edificio del centro cultural y la glorieta de fuentes luminotécnicas, junto a la cabecera de trolebuses y tranvías. Y desde allí, bordean el edén botánico con su lago y sus barcas.

El vehículo se desvía por la pista de sentido único y a la altura del número que les corresponde de propiedad, traspasa despacio el campo de fuerza de seguridad hasta el garaje anexo a la casa. El matrimonio saca el equipaje del maletero y entra en la vivienda. Las luces se encienden y apagan a su paso por las habitaciones rectangulares con mobiliario de vanguardia, camino del cuarto marital.

–Luz suave –pide el replicante de Elisa. Después de deshacer el equipaje y guardar la ropa en el armario empotrado de puertas correderas, se desnudan mientras visionan los videomensajes del contestador.

–¿Qué ocurre? –pregunta al replicante de Elisa, que espera a puertas del baño.

–¿Escuchaste los mensajes? –contesta, sin dejar de mirar la imagen del espejo–. Nuestros amigos nos dan la bienvenida de las supuestas vacaciones del satélite Galiano de Calisto. Por cierto, viaje que de verdad quiero hacer. Nos invitan a su casa para comer con ellos, en cuanto sea posible. También Selene, mi mejor amiga durante cuarenta años, aquí, en el futuro. Quiere tomar café y charlar de nuestras cosas. La noto muy emocionada, seguramente, por su nueva conquista –sonríe–. El administrador de la fortuna de La Duquesa nos pone al día de las «becas de estudio» de que dispone. El Viejo Librero, estratega de las misiones y contacto con los líderes humanos de todas las resistencias, también nos deja un mensaje desde su céntrica librería. Incluso el jefe Maximiliano nos recuerda que pasado mañana nos debemos incorporar al departamento administrativo del Ministerio de Defensa. Juan, cada vez que salgo de este cuerpo y volvemos al presente, no me reconozco la imagen. Únicamente veo y quiero ser la Elisa replicante, a pesar del implacable genocidio contra humanidad. Y me siento muy culpable, por no tener remordimientos. Por ser feliz aquí.

–Cariño –coge sus manos–, no es nuestro tiempo, ni lugar.

–Pero... hay tanto que ver y disfrutar de esta civilización.

–Elisa, ya zanjamos este tema, ¿no? Confirmamos al administrador nuestro cese de la organización para que haga los trámites burocráticos de la «beca estudiantil» y gestione el permiso de residencia a los nuevos «apadrinados» por la fundación de La Duquesa. Asimismo, hablamos con el Librero.

–Estoy a punto de ascender en el departamento. Tengo muchos cursillos y proyectos en marcha...

–¡Qué dices! –suelta la mano–. ¿Entonces, la niña y yo no somos más que excusas?

–¡Eso no es verdad y es muy injusto por tu parte!

–Verdad a medias, quieres decir.

–¿Igual que la tuya? –El replicante femenino se pone en jarras–. ¿Acaso los viajes del Imserso o escapar a Benidorm puede igualar lo que ofrece la cultura transhumana? ¡Aquí tengo una vida social y laboral plena, de perspectivas inimaginables!

–Permite... –desaparece la identidad del rostro que se moldea y da paso al robot camaleón. A continuación, el replicante de Juan pierde la tonalidad de la piel sintética para hacer visible la fibra muscular y la osamenta metálica. Así descubre en las entrañas de la máquina de guerra el biomecanismo con el anciano en posición fetal–, que muestre cuál es nuestra «verdad».

–¡No! –Acaricia su peculiar rostro redondo. También roza los labios finos, su nariz más bien pequeña y con pecas, como en las mejillas. Se acerca al espejo para ver el color de ojos con forma de almendras. Vivaces y verde aceituna, bajo el fino arco pelirrojo de las cejas. Tan intensos como el largo cabello rizado que cae por los hombros desnudos– ¡Yo digo cuál es mi verdad!

–Gracias por lo que me toca, ¿eh?

–¡Igualmente!

–¿Pero no te das cuenta de que si te descubren pueden implicar a los transhumanos de la organización?

–¡Basta! ¡No quiero hablar más del tema!

El replicante masculino apoya la rodilla junto con la mano en el marmóreo suelo del cuarto de baño, se desarma la coraza de la espalda y expulsa la cápsula. Cobra vida el blindaje del hombro y la araña robot se desplaza por encima del biomecanismo. Tras vaciar el líquido en el depurador del circuito amniótico, se abre la cápsula traslúcida y muestra al decrépito anciano.

Una vez que el asistente sanitario le desconecta las vías, así como la conexión neuronal y la manguera de energía del pecho, este retorna a su lugar original.

Juan, en posición fetal de costado, balbucea palabras incomprensibles. El replicante femenino, de estilizada figura, le coge por debajo con sumo cuidado y lo acerca a los firmes pechos. Camina con él en brazos por la amplísima habitación y se mete en la bañera redonda llena de agua que burbujea. Coge la esponja y después de hundirla en el agua, la estruja sobre la cabeza del anciano.

–Perdón –sonríe con los ojos cerrados.

–Disculpa, no sé qué me pasa últimamente.

–No siento el cuerpo.

–Sufres de calambres. Te debes estirar, aunque sea poco a poco.

–De verdad, no puedo.

–Juan. Tranquilo. Sobre todo, no te pongas nervioso, ¿de acuerdo?

–El cosquilleo de las extremidades no desaparece.

El replicante femenino le acuna en su regazo; entre tanto, con la esponja húmeda limpia el pelo y la cara del pringue de la sustancia amniótica. Lo hace en silencio e intenta ocultar el sentimiento que la atenaza, pero se refleja sin remedio en el rostro oval. Pues la preocupa saber que su marido, a aquellas alturas, no se estira por su cuenta. Entonces por primera vez repara en que quizás él es ya demasiado mayor para estar ahí dentro. Que quizá no es tan ágil y flexible como ella. Que quizá la edad no pasa en balde.

–Inyecta morfina.

–Pero…

–Por favor…

Después de pinchar el medicamento con la ínfima aguja que sobresale del dedo, lo sujeta con ambas manos y presiona en la espalda con los pulgares a la vez. De forma gradual ejerce fuerza, que logra estirar el cuerpo del anciano. Las articulaciones chascan y el rostro de este se desencaja. Grita en silencio para no alarmar a su mujer, ya que la morfina no consigue atenuar el intenso dolor. Sigue mudo cuando se orina y defeca sin control. Cuando aprieta los labios tan fuerte que empiezan a sangrar las encías, tampoco se escucha queja alguna. Ni exclama reproche o enfado, poco antes de perder el conocimiento.

Llueve esa misma madrugada y Juan duerme solo en el inmenso lecho. Cuando despierta y abre los ojos, todo lo ve borroso.

–¡Buenas noches, cariño! Las gafas siguen sobre la almohada a tu derecha.

El anciano se coloca las lentes y se incorpora contra en el cabecero de madera. Distingue la silueta de Elisa y el replicante artificial, que enmarca el rectángulo luminoso del gran ventanal. Su mujer teclea en el ordenador del reverso de la mano robot y mira con suma atención la pantalla que ilumina su cara.

–Curioso… –se acerca– Ayer la niña se vende a un matrimonio que vive en el otro extremo de la ciudad.

–¿Qué tiene de particular? Muchos habitantes compran humanos, adultos o niños, en las tiendas de mascotas.

–Ya. Pero según los archivos, conocemos al comprador.

–¿Sí?

–¡Los Anderson! Nos dejan un mensaje en el contestador para comer con ellos pasado mañana.

–¿Casualidad?

–Quizá debemos rehusar la propuesta, ¿no?

–De eso nada. Abandonamos a su hermano en la mina lunar. Vamos a continuar hasta el final. Y ahora, ven a la cama –invita a medida que abre las sábanas.

La mujer madura apaga el ordenador. Menuda pero de excelente proporción en peso y estatura, camina despacio, con el contoneo de las sinuosas caderas y el compás de los muslos firmes, mientras se quita la prenda del pijama.

Viste la exigua ropa interior de celulosa.

Sube a la maleta y de ahí salta a la descomunal cama. Gatea con mirada felina y hace un alto para apartar el cabello que se alborota delante del rostro.

Continúa y ronronea hasta que se sitúa frente a él. Se sienta sobre las rodillas con las piernas algo abiertas. Le quita las gafas para dejarlas con cuidado al lado. Le desabrocha los botones del pijama a medida que las luces de las mesillas se apagan. Elisa arranca de cuajo los últimos y le quita la camisa de forma violenta.

Juan ve cómo parpadea el brillo del pecho y acelera el ritmo cuando Elisa se deshace la venda del seno. Y más intenso ante la prenda interior femenina que cae encima de él.

Elisa, de rodillas, se abalanza sobre él y presiona el seno contra el rostro para conectar la clavija del cable neuronal tras la nuca. Se sienta de nuevo y le sujeta la cara con las manos. De sus labios que se entreabren fluctúa entonces el cálido aliento de plasma eléctrico, en busca de su igual, para fundirse con el abrazo. La energía de los corazones nucleares se extiende como un manto que los convierte en seres de luz.

Una voz se repite en la mente de Juan:

«Te ofrezco mi desnudo pecho,
para que escuches en él este corazón,
y te apoyes en él para que descanses tu piel.

»Te ofrezco mis manos que nos hacen uno,
para que nunca olvides mi presencia a tu lado,
y que vives clavado en mi corazón.

»Te ofrezco mi amor como el agua a la mar,
aun compartiendo ese corazón y sus latidos,
pero sin soltar mi mano y mi mirada de ti.

»Te ofrezco mi vida entera como un torbellino,
para que envuelva nuestro universo,
y vivas en el clavado en la eternidad.
Te quiero»

El nuevo día amanece nublado. Los estores de telas con letras japonesas, a un lado del ventanal, dejan pasar la escasa claridad cuando suena el despertador.

Juan se recuesta, perezoso. Pasa un rato hasta que se mueve por su lado de la cama en busca de la maleta y así poder bajar al suelo. Elisa desayuna en la mesita con vistas al jardín de la propiedad, donde el autómata recoge las hojas secas de los árboles. Lee un periódico enorme que dobla entre sus manos. Sin apartar la vista, de vez en cuando muerde la tostada y da un trago del vaso de zumo.

–Buenos días.

–Buenos días. ¿Qué buenas nuevas trae la prensa escrita?

–Como puedes ver –señala la foto de portada–, el presidente de la República condecora al general Anderson, responsable de aniquilar otro enclave de la resistencia humana, esta vez en el subsuelo del planeta Marte. Y según las crónicas de sucesos, es la última colonia del Sistema Solar. En la Tierra ya no quedan más a excepción del enclave europeo.

–De nada sirven nuestros contactos transhumanos que tienen amistad con el hijo del general. Ni piratear los ordenadores y comunicadores de la casa. Como tampoco la carísima botella de vino con nanotecnología que les regalamos. Los nanobots espías del torrente sanguíneo nos dan información valiosa del oficial, su mujer e hija. Incluso de las reuniones con su padre famoso, el general, y la cúpula militar. La supremacía transhumana es más que evidente, aun cuando prevenimos a los di-

rigentes de las resistencias humanas de los planes del enemigo. Elisa, si soy sincero no encuentro sentido a las misiones. Es cuestión de tiempo que también encuentren y caiga el último asentamiento humano. Nuestros sucesores ya no tienen qué hacer, ¿no te parece?

–Trasladamos a la pequeña y hablamos después –le mira por encima de la montura de las gafas cuando ocupa la silla–. Por cierto ¿cuáles son tus planes para hoy? –Ojea el periódico.

–Pues voy a dar un paseo por el Jardín Botánico…

–¡Ja! –interrumpe a Juan–. Yo pienso aprovechar la cuota que pagamos del templo tailandés e ir a clase de *muay thai*.

–No te pases con los alumnos, ¿eh?

–Tranquilo, todos sabemos que tú eres el favorito del maestro. Siempre y cuando te dignes a aparecer por allí. Después de la ducha, voy a la Academia de Artes Plásticas. Hoy termina el curso que enseña la técnica pictórica del gran Joaquín Sorolla. Más tarde veo a Selene para comer en algún restaurante de la Gran Vía. ¡Igual la acompaña su nueva pareja! –exclama con entusiasmo.

–No te excedas con las compras…

–Algún capricho cae. La moda de esta temporada de otoño es fantástica. Por la tarde, tengo ensayo con la orquesta –mira al gran estuche del violín que se apoya en la pared–. Y después de cenar con los compañeros de oficina, quizá pase por el Babilonia.

–Pero ¿no hubo redada de la policía militar en el polígono industrial? Sabes tan bien como yo que la sociedad transhumana no ve con buenos ojos estos locales clandestinos. Si te detienen vas derecha al centro de reeducación, sin importar el estatus social que puedas tener.

–Cariño, Babilonia es un fenómeno cultural nómada. Y qué pronto olvidamos, ¿eh? ¿Acaso ya no te acuerdas de quién me lleva hace años, cuando aún es joven de corazón, a conocer el submundo nocturno de la Metrópolis? –le acusa con el dedo.

–¿Qué se celebra? –pregunta sin interés aparente.

–¡San Patricio! Voy a acompañar al grupo del pequeño escenario irlandés.

–¿A qué hora?

–¿Vas a venir?

–No, solo por curiosidad –se rasca la cabeza.

–Sobre las dos de la madrugada, más o menos. En la central nuclear de materia roja. ¡Ah! ¡Por cierto, me llevo el vehículo!

Después de desayunar, se abrazan y besan antes de que Elisa invada el metabolismo del respectivo replicante camaleón. Una vez que este se transfigura como transhumano, continúa el ritual femenino y finaliza con el elegante traje de chaqueta.

Aquella se dedica a preparar los bártulos del día mientras la observa el anciano en bata y zapatillas que ocupa la inmensa cama. Más tarde, este camina tras los tacones y las pantorrillas con medias de encaje que asoman del abrigo de la preciosa mujer transhumana. Y despide al vehículo, que abandona la propiedad cuando gira por la avenida de árboles otoñales.

Pasan las horas y Juan sigue en la cama. Solo escucha el sonido de la lluvia que repiquetea contra los cristales. La noche poco a poco invade cada recoveco de la casa, pues anula el sistema de luces y se convierte en sombra. Una silueta cuyo pecho alumbra de rojo la habitación. Camina en penumbras hasta que llega cuarto de baño. Allí, disfruta del hidromasaje de la gran bañera.

Más tarde, se seca con la toalla frente al espejo con vaho. Observa el destello la placa del pecho a la altura del corazón humano, ante la imparable cuenta atrás del marcador digital junto al conector dorado. Tras vestir la prenda interior de celulosa, se tumba en posición fetal en la cápsula biomecánica. Y cierra los ojos cuando la araña robótica se sitúa sobre su cabeza.

Los abre. Pero el espejo ahora refleja la imagen tan familiar y extraña a la vez del replicante. Aquella noche se siente nervioso; sin darse cuenta, se mira las manos.

De pronto, llega con toda su fuerza la traición del subconsciente al recordar tantos asesinatos en las misiones. Relevantes personalidades del mundo militar o político. También las cuantiosas bajas de civiles transhumanos, mal llamados «daños colaterales».

Aquellos nudillos metálicos hace tiempo que destrozan a demasiadas familias.

–¡No! No soy héroe, sino un simple terrorista. Cuya causa a estas alturas no tiene sentido alguno. Entonces, ¿por qué continuar el legado? –grita a la imagen del espejo.

De nuevo en el cuarto de matrimonio, toma del cajón del armario la prenda interior y calcetines. Descuelga y se viste a continuación el traje de chaqueta con camisa de seda. Tras calzar los zapatos oscuros, se abrocha el abrigo tres cuartos.

Una vez que llega al recibidor, se anuda la bufanda. Coge el sombrero del perchero de pie y se pone los guantes de piel marrón. También un paraguas poco antes de salir, pero por fortuna no llueve cuando cierra la puerta del hogar.

La sociedad es muy estricta con los horarios. Los transhumanos madrugan mucho para trabajar y se acuestan más bien pronto. El desayuno es fuerte. La comida algo más ligera. Y la cena suave. Sin apenas tiempo libre para ellos. Así pues, el replicante de Juan pasea por las avenidas solitarias.

Anda rápido hacia la cabecera del tranvía automático que funciona las veinticuatro horas. Y se cruza con numerosos gatos robots.

Los felinos artificiales vigilan la Metrópolis de noche y se comunican de forma permanente con la central de policía militar. Asimismo, pueden solicitar de cualquier ciudadano el escaneo de retinas para confirmar la identidad, por lo que el susodicho debe cogerlo del suelo y alzarlo a la altura del rostro para se proceda a identificar. En caso contrario, la policía acude al lugar.

No obstante, al replicante de Juan nunca le paran, quizá por su cara de buen transhumano. Tampoco pregunta.

Llega a la cabecera sin pasajeros y sube al primer tranvía que lleva la dirección del reactor.

Después de media hora de viaje en la que solo puede ver cómo transitan los autómatas de limpieza y coches patrullas por las avenidas, el convoy deja atrás los barrios civiles para adentrarse por las fábricas del polígono industrial. En completo silencio a razón de las leyes, muy estrictas, sobre la contaminación acústica. Excepto la central nuclear.

Quince minutos más tarde, alcanza su destino.

Camina por el solitario andén, donde se observa algún que otro gato a la salida. Cuando se adentra por el frondoso parque, sobresale el reactor con forma de diapasón en vertical que atrapa la esfera de energía roja entre las horquillas.

Según se acerca a la zona no hay gatos robots, ya que el campo electromagnético altera sus funciones. Ni más transhumanos.

Pero al anciano que va dentro del replicante, las radiaciones del campo magnético le producen cierto efecto. En aquel lugar siente una paz infinita, libre de remordimientos. A medida que se aproxima, la sensación de euforia y libertad aumenta de forma exponencial. Hasta el punto de que se desnuda y hace un atado con el cinturón del pantalón. Luego esconde la ropa así como los enseres personales en lugar seguro.

Se lanza a la carrera al mismo tiempo que activa el camuflaje óptico. Y cruza los hermosos jardines con titánicos árboles del primer anillo. Acelera en el puente sobre el segundo anillo del líquido que refrigera y desagua por la base del reactor.

El replicante aumenta aún más la velocidad y salta para sobrevolar la catarata circular que ruge. Gracias a la energía electromagnética que generan sus pies, cae de pie en la pared metálica del reactor.

Al instante, retoma la frenética carrera por la superficie de la horquilla hacia la cúspide.

Las radiaciones de la estrella roja se filtran por la armadura del replicante, afectan a la cápsula biomecánica del humano y el líquido amniótico sube sin remedio de temperatura. A pesar de los testigos de alarma, el anciano no cesa en el empeño. El replicante de Juan consigue alcanzar el extremo rectangular con gran fatiga, tanto, que cae de rodillas al suelo.

Activa los filtros de luz que le permiten ver la turbulenta redondez, así como los remolinos de fuego y las explosiones radiactivas que retornan a su ser.

«Según está escrito en el Libro de Isaac; ningún replicante conseguirá jamás acercarse

a la Estrella Granate, pues morirá sin remedio».

–¿Y cuantas mentiras más, Isaac? –grita de rodillas.

Aunque el siguiente versículo dice: «pero aquel que pueda tocar la mano de fuego, tendrá la Gloria de Dios. A cambio, tributarán por cada minuto un mes de vida».

–¿Dónde se encuentra Dios, Isaac?

El replicante de Juan se pone en pie a duras penas. Camina hasta que llega al borde del abismo, casi sin poder respirar. Entonces estira la mano hacia el globo que le perturba. De pronto, los fluidos comienzan a calmarse, desaparecen las erupciones hasta que se hace espejo y aparece una imagen.

–Dime, Juan, ¿por qué tanto odio? –cuestiona.

–No puede ser... ¿eres una alucinación?

–Soy la proyección de tu subconsciente. De tu fe; así lo definen los terrícolas, ¿verdad?

–¿Eres algún tipo de dispositivo transhumano, capaz de leer la mente?

–No –responde el ente eléctrico–. ¿Qué quieres saber?

–Por qué Elisa...

–Ni el amor o las personas tienen dueño –interrumpe–, pero eso... ya lo sabes.

–Tengo el perdón por tantas muertes...

–Solo te puedo ofrecer redención.

–¿A qué precio?

La figura desaparece.

De la erupción brota una extremidad solar que abre los dedos eléctricos hacia él. De repente, la mano fantasmagórica apresa su cuello y lo estrangula, al mismo tiempo que lo eleva del suelo.

El replicante de Juan intenta zafarse de los hilos de energía, sin conseguirlo. Pronto se da cuenta de que toda resistencia es inútil. En aquel momento que desespera, llega el recuerdo de dos ratas. Si, los roedores no tienen más remedio que nadar en los contenedores de agua. ¿Y cuál de ellas muere primero? ¿La de laboratorio o la salvaje?

–¡No! No tengo más fe que Elisa –susurra el anciano, que estrangula del cuello la fuerza magnética–. Y como bien aclara un simple humano, la energía ni se crea ni se destruye, se transforma.

El replicante de Juan abre la carcasa de la pierna para descubrir el kit de emergencia. Echa mano de la batería tubular a medida que nota crujir aún más el cuello. Aquel dispositivo solo se debe utilizar si el corazón nuclear falla por cualquier motivo, para que la máquina replicante pueda funcionar. Pero la situación bien lo requiere. Se apresura en vaciar el contenido líquido. Después de quitar la protección de los filamentos, pincha el brazo de radiación que le asfixia sin compasión alguna. Al instante, los flujos violetas se cargan en el cilindro cristalino. Y el replicante de Juan cae a plomo en el suelo.

–Se acerca una brigada de la policía –advierte el rostro eléctrico que se agita en el tubo–. Bien, chico listo, ya tienes la redención. La «fuerza de los justos» a cambio de tu tiempo.

El replicante se pone en pie y se tambalea hasta que llega al borde del precipicio. Entonces se asoma para ver si lo que dice es verdad. Si dudar, introduce la batería auxiliar en la toma de energía del hombro acorazado. Acto seguido, la materia roja le transfigura en oni de llamas.

Juan, dentro de la cápsula, nota ahora cómo destella el líquido amniótico y la energía roja suple la propia que hace funcionar todos los sistemas del ser artificial. Con el nuevo poder que le envuelve, se siente capaz de cualquier cosa. Por contra, se dispara la cuenta atrás de los segundos de vida.

La criatura solar observa con atención a varios vehículos blindados que rodean la carpa oculta entre los árboles. Salta al vacío y desprende la estela que brilla. Corre por la superficie metálica de la horquilla para convertirse en cometa rojo. Toma impulso próximo a la base de la rama y supera el desagüe de las cataratas. Prosigue a velocidad sobrenatural sobre el líquido que refrigera, para levantar cortinas de vapor. Deja atrás el puente de otro salto. Y a medida que cae en el parque, por las fauces comienza a disparar haces de energía contra un blindado. Impactan de lleno y lo desintegra al instante. Los francotiradores abren fuego contra el oni ígneo. Pero la munición se deshace antes de tan siquiera tocarlo. A continuación, este escupe más hilos de luz calorífica

que decapita a los transhumanos que se esconden en la espesura. Los carros giran sus torretas a la par que descubren los silos de colmenas. La lluvia de misiles inteligentes se lanza a la caza y captura del demonio de energía roja. De pronto, este se queda quieto con los brazos abiertos, a poca distancia del convoy militar. La munición pesada la absorbe el horrible oni de estallidos solares, mientras cada detonación crea una katana de fuego que aferra entre sus garras…

Tampoco escapan los transhumanos que huyen por el parque. Uno a uno, les descuartiza el filo de luz que aparece de la nada. Cuando por fin no se escuchan más gritos de terror, retorna el leve susurro del viento entre los árboles. El replicante de Juan camina en soledad por los hermosos jardines, en busca de su ropa, y lanza de una mano a otra el cilindro aún con restos de la materia roja que reluce.

–Hola cariño –celebra el replicante de Elisa, cuando su marido la encuentra sola en la antesala de coloridas telas. Fuma de la cachimba y sostiene un tubo de café en la mano.

–¿Llego tarde? –La besa y entrega la corbata, para de seguido agarrar la fina cintura.

–Hace rato que llegamos a través de la antigua instalación del reactor. Gracias a que uno de los organizadores trabaja aquí. Montar la carpa mimetizada es más difícil de lo que parece. Dentro hay mucho ambiente. Esta noche tenemos artistas de otras metrópolis. Incluso todos nuestros amigos. ¡Anda, vamos dentro! –le agarra de la mano.

–Elisa, sabes que si bebes mucho café, luego no duermes.

–¿Y quién quiere dormir? –sorbe de la pajita de espiral–. Además, el sistema digestivo artificial no es de adorno.

–Ya. Pero solo se utiliza en caso en simbiosis largas.

–¡No seas aguafiestas! ¡Disfrutemos los últimos días!

–Pues no me gusta serlo, pero no anda muy lejos de aquí una patrulla militar –miente a medias, a sabiendas de que seguro pronto llegan más refuerzos–. Justo en aquella dirección. Lo mejor es evitar riesgos innecesarios y que hablemos con el Maestro de Ceremonias, para así trasladar el campamento cuanto antes.

Al día siguiente, los replicantes de Juan y Elisa contemplan la Metrópolis que construyen las plataformas piramidales, bajo el cielo nuboso, inmersos en el intenso tráfico que sobrevuela el pavimento magnético, hacia la cita con los Anderson.

En el tiempo en que toman la incorporación del anillo exterior, el replicante de Elisa mira la fina línea del horizonte que traza el azul del cielo y el verdor de la tierra. Pues donde tiempo atrás sí existen los municipios, ahora solo ve bosques. El replicante de Juan, en cambio, permanece pendiente de la circulación, más bien por costumbre, ya que los vehículos y la seguridad vial que gestiona la inteligencia artificial de tráfico hace siglos que no manejan las estadísticas de accidentes en carreteras. Este, de vez en cuando, ojea por la ventanilla los edificios más importantes de la cúpula en lontananza de la Metrópolis.

Del puerto aeroespacial ve partir continuos vuelos tanto terrestres como al Sistema Solar. Al igual que los fabulosos buques estelares que emprenden rumbo del planeta de origen, Oni.

–¿Música?

–Sí, por favor –agradece. Suena la música del USB que conecta al aparato de radio, ya que los noticiarios únicamente anuncian los logros de la raza transhumana, las noticias de nuevos mundos que descubren o bien las hazañas de la flota que hace años explora el espacio profundo. También los constantes avances tecnológicos, científicos y en el estado de bienestar.

–Parece mentira que esta civilización tenga tan magnífico nivel de esplendor tecnológico y por contra sea una sociedad tan alienada. Por ejemplo, no existe el arte. En los museos solo hay expuestas obras humanas de todos los géneros y épocas.

–Existe el arte transhumano, pero clandestino.

–¡Como las muestras públicas de afecto! –protesta.

–Hoy en día –comenta al replicante de Elisa–, los humanos con alguna cualidad artística se tratan como monos de feria. Pero

están muy cotizados en las prestigiosas casas de subastas.

–¡Mira, el monumento a los caídos! –indica a la altura de los túneles.

Cuando coronan el desnivel, ven las estatuas en memoria del científico japonés que ondea la bandera, a hombros de los soldados transhumanos de la infantería. Una vez que dejan atrás el monumento histórico, continúan por el desvío de los puentes tubulares de la zona industrial con fábricas automáticas, entre las cuales destaca el descomunal crucero estelar a medio construir. Los altos hornos de las fundiciones. O el resplandor del impresionante reactor rojo que suministra energía limpia e infinita tanto a la Metrópolis como a su sistema de gravitación.

–¿Juan, por qué sonríes?

–No lo hago –aparta la vista de allí.

El vehículo toma la siguiente bifurcación y asciende en espiral por la salida de circunvalación del anillo superior. Bordean las piscifactorías, desde las más pequeñas hasta las que se dedican a la ballena azul. Continúan por las más explotaciones ganaderas y las granjas, para dar paso a los vastos cultivos y plantaciones sobre el lecho de tierra a ambas orillas del cauce artificial.

El vehículo sale de la autovía principal hacia la carretera secundaria, por el paso que elevan las torres eólicas. Momentos más tarde, transitan la pista comarcal, rumbo a los silos de granos.

Circulan por el carril magnético mientras se suceden las plantaciones de olivos o girasoles. El vehículo reduce la marcha en cuanto aparecen los primeros viñedos para tomar el desvío hacia la propiedad de los Anderson. Recorren la pista que flanquean numerosas hileras de cepas hasta que llegan a la entrada principal de la hermosa casa de campo, donde ya les esperan.

–¡No los soporto!

–Lo sé, cariño –coge la mano del replicante de Juan–. Vamos a estar en permanente contacto por el canal seguro, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

–Y en cuanto tengamos a la niña, salimos a toda prisa de ahí.

El matrimonio Anderson se levanta del columpio del porche cuando les ven aparecer. Y se dirigen al aparcamiento techado mientras el vehículo estaciona.

–¡Por fin habéis llegado! –exclama Samantha, y abraza al replicante de Elisa.

Es más joven que ella. Lleva una rebeca de punto blanco sobre el vestido con vuelo por encima de las rodillas, color crema, al igual que los zapatos casi sin tacón, y recoge su largo cabello castaño con una cinta verde. Tiene por costumbre mirar fijamente con sus enormes ojos esmeraldas siempre que habla. Se maquilla con tonos suaves y poco pintalabios. También gusta de llevar pendientes sencillos de motivos florales que refieren el agua de colonia que usa en cada momento del día.

–¡Esa mano! –solicita al replicante de Juan.

Zeus es el nombre del transhumano de mandíbula ancha y pelo a cepillo, de carácter altivo, que nace el seno de una familia de militares con muchas condecoraciones, los cuales, por lo general, se retiran en la política. Viste pantalones chinos marrón claro, con tirantes, y camisa blanca de algodón de manga corta que demuestra sin lugar a dudas lo recio que es por la musculatura de los brazos. El sombrero de ala ancha lo lleva para atrás y del mismo color que los náuticos que calza. Siempre fuma un puro y si no está en la mano, entonces cuelga de la comisura de los labios.

–¡Buenos días! –El replicante de Juan se quita el sombrero ante Samantha.

–Señor.

–¡Pero Elisa! –Pasa el brazo por los hombros de su amigo– ¿Es que no das de comer a este flacucho? –suelta la bocanada de humo y ríe.

–Estimado Zeus, es que le doy carne de otro tipo.

Zeus da palmadas que le doblan de risa. Sin embargo, Samantha se sonroja y coge del brazo a su amiga, para caminar hacia la bella y floral casa de piedra.

–¿Dónde está Maite? –pregunta a Zeus, cuando el replicante de Juan camina junto a él y a cierta distancia de las féminas.

–Mi hija ahora mismo toma muestras de

los cultivos. Luego se une a nosotros. Seguro que no tarda mucho en aparecer –contesta–. Ya es toda una mujer. El año que viene ingresa en la misma academia militar a la que vamos todos los miembros de mi familia. Samantha no coincide conmigo, prefiere que nuestra hija se dedique al mundo del viticultor. ¡Mujeres!

–Magníficas tierras –otea la vasta extensión.

–Desde luego –se enorgullece.

Después de dejar los abrigos y sombreros en el perchero de pie de la entrada, las féminas replicantes se despiden de sus maridos en el recibidor.

–¡Vamos, pasa! Quiero enseñarte mi nueva adquisición –invita al replicante de Juan, a las puertas de la oficina de trabajo que ilumina el generoso ventanal.

Zeus pasa de largo las banderas que flanquean el escritorio de nogal, lleno de carpetas entre el flexo, el cenicero con colillas, el teléfono y la foto de su familia, mientras observa el retrato del presidente de la República que cuelga de la pared, hacia el armero con cierre de seguridad.

–¿Qué te parece? ¡El último modelo del fusil de asalto! –Tras sacarlo, apunta a la estantería con libros y numerosas fotos de su vida militar, seguidamente, a los archivadores de chapa.

–¿Me permites? –solicita a Zeus. En cuanto lo recoge, sus sensores escanean el arma. La imagen del fusil con el cargador de munición inteligente se desarma ante sus ojos y guarda los datos en los archivos de memoria. Lo devuelve al dueño a los pocos segundos– ¡Fantástica!

Tras la visita al armero, van al garaje, sin vehículos en aquel momento.

Al fondo, hay un banco de bricolaje frente a la estantería con material y herramientas de trabajo. Incluso un sofá con una pequeña nevera al lado. Por las vigas del techo de madera está sujeta la barca de pescar. Sin embargo, lo que capta la atención del replicante de Juan nada más entrar, y le da mala espina, son las cajas metálicas que se amontonan a la vista.

–Siéntate, estás en tu casa –exhala el humo y coge las cervezas frías.

–Lo siento, ¿no tienes refrescos?

–Claro. Pero debo decir que rechazas bebida de la mejor cebada –cambia la botella por otra.

–Enhorabuena por la condecoración de tu padre, es portada de los periódicos.

–Sigo bajo sus órdenes en la Brigada de Limpieza. Gracias al éxito en Marte, me concede este permiso extra. Según el servicio de inteligencia, solo falta por exterminar el enclave subterráneo del continente Europeo. Estamos cerca, muy cerca.

–¿Humanos?

–¡Alimañas! Ratas de cloacas que no acabo de entender cómo permiten vender en las tiendas de mascotas –mira de soslayo–. Lo peor es que les ayudan transhumanos traidores.

Hay mucha tensión en el ambiente, así que el replicante de Juan decide dar un giro drástico a la conversación.

–¿No os animáis a ir por la parejita?

–Llevamos tiempo en ello.

–¿Y vosotros?

–¡Qué va! Ya sabes, el trabajo y demás obligaciones...

–Dime, ¿qué te parece mi nuevo rifle? –señala el arma con mira telescópica en la pared, cerca de la ristra de cráneos humanos.

–Ya veo que sigues con la caza.

–No lo dudes. Este invierno, Samantha y yo tampoco faltamos a la veda de las granjas de humanos en las montañas. Aunque lo mejor siempre lo dejamos para al final –saca un cuchillo de combate que esconde en el sofá–, cuando arrancamos la piel de cada ejemplar. Ambos disfrutamos aún más si lo capturamos malherido. Tengo más calaveras y huesos en el arcón ¿quieres verlas?

–No, gracias –da un trago al refresco y prefiere no recordar sus comienzos.

–Como las mujeres van a estar un tiempo en la cocina, déjame mostrarte algo –se levanta del sitio y alterna las caladas del puro con los tragos de la botella cuando camina hacia una de las cajas metálicas.

Después de teclear en el pequeño panel de una de estas, saltan los cierres de la tapa.

–He aquí un prototipo de soldado –expone de vuelta al sofá.

El contenido del cubículo se articula poco a poco, hasta que da forma a un felino robot de gran tamaño.

El gigantesco depredador con cabeza cilíndrica y orejas puntiagudas, camina hacia el sofá y ronronea al compás de la cola metálica. Se acerca al replicante de Juan y le escudriña con su único ojo. Acto seguido, le olfatea con su nariz chata. Echa los bigotes atrás y abre las fauces con dientes de sierra, de la mandíbula ancha y prominente.

De repente, el felino se yergue sobre las patas traseras, transforma sus extremidades superiores y adquiere connotaciones humanoides cuando recoge el puño de metal dispuesto a golpear.

El rápido impacto atraviesa el sofá cuando el replicante de Juan hace el pino sobre la cabeza del soldado robot. Y al caer, la arranca de cuajo.

–Toma –la deja entre las rodillas de Zeus–, tu juguete.

–Sabes, solo atacan si captan el hedor apestoso de los humanos –se pone de pie y apoya en el banco de trabajo–. Veamos si inteligencia está en lo cierto –saca un mando del bolsillo de la camisa y pulsa el botón.

–¡Con tu permiso! –el replicante de Juan toma prestado el cuchillo de combate a la vez que se abre el resto de los contenedores del almacén.

Pronto permanece en mitad del garaje y le rodean los felinos robots, así como otros que se transforman en soldados.

–Quizá seas un traidor o puede que… –se emociona– ¿por qué no? Un replicante de la infantería humana. Como dicen las leyendas de humanos dentro de máquinas de combate, siempre presentes en la vida castrense. Desde que era un cadete en la Academia, sueño con atrapar uno algún día. Son como fantasmas que aparecen y desaparecen para exterminar objetivos clasificados. Juan, amigo mío, ¿qué eres?

Las mujeres se dedican acortar en rodajas las hortalizas sobre la tabla de madera de la encimera. A continuación, las aclaran en el escurridor bajo el agua del grifo.

–¿Cómo va vuestra vida marital? –pregunta al replicante de Elisa.

Samantha se dirige a los fogones y, tras girar la llave, prende la llama con el encendedor largo. Abre el horno también para coger de los asideros la gran olla que deja próxima al fogón en llamas.

–Todavía se mantiene la pasión –la contesta, y teme lo peor.

–¿Lo llenas con agua, por favor? –solicita a su amiga. Tan pronto como vierte el líquido, descubre a la niña semidesnuda e inmóvil por la cuerda que la atrapa en el interior de la olla.

–Lo siento, Samantha, pero nosotros no comemos humanos –dice en jarras.

–Venga, querida, no vamos a andar con remilgos. Si es una exquisitez –ella misma echa agua sobre la niña, que se asusta, además de las verduras troceadas–. ¡Y ahora, las especias! –abre las puertas de los muebles altos en busca de los preciados frascos e ignora por completo el comentario de su amiga.

–Samantha, ¿acaso eres corta de entendederas?

La anfitriona se detiene en seco en el sitio. Se miran fijamente a medida que esta se coloca el mechón libre de la cinta del cabello. Sus labios esgrimen una mueca de asco más que una sonrisa. Ambas cruzan los brazos y guardan silencio.

–¡Veamos qué hay en la cámara frigorífica! –De nuevo abre la puerta hermética del electrodoméstico y saca esta vez una pierna humana– ¡Así tocamos a más! –ríe, a la vez que mete la extremidad fría en la olla. Acto seguido, la agarra y la deposita encima del fuego.

Samantha y el replicante de Elisa reparan al mismo tiempo en el juego de cuchillos de cocina que está a mano.

Cuando Juan se prepara para combatir, realiza un ejercicio de voluntad, pues en realidad no es él quien interactúa con la realidad del momento, sino el cuerpo de replicante transhumano. En esta ocasión tan particular, confluyen sentimientos contrapuestos. Como las prisas que tiene por marcharse de aquel lugar, de aquella civilización maldita y regresar al presente propio, a sabiendas del hastío que supone a su mujer jubilarse junto a él. Sin poder evitarlo, siente una mezcla de rabia y

dolor por la persona que ama. De la misma manera, claman los tambores de guerra y venganza contra el sujeto de enfrente. Aquel es el artífice del genocidio humano.

Sus latidos de energía se aceleran, al igual que la sinapsis cerebral.

En cada explosión cinética de sus puños y piernas, desarrolla ondas expansivas que controla y revientan a los felinos que saltan sobre él, con las garras de cuchillos. Cuando transcurren los decisegundos, la chatarra convulsa cae al suelo del garaje. Y el filo del cuchillo de combate decapita al último de los soldados transfigurados, al sobrepasar el segundo.

Acto seguido, el replicante de Juan se lanza por Zeus. Sin embargo, este atrapa la hoja entre los dedos a un palmo del pecho. Sonríe y rompe el cuchillo. Da un salto con media vuelta e impulsa la patada trasera para impactar en los antebrazos interpuestos que defienden al replicante de Juan. La virulencia del impacto le hace volar por los aires y llevarse por delante la puerta del garaje.

Zeus camina despacio hacia el exterior de la casa.

Una vez que llega frente a su amigo, ya en pie, inhala profundamente del puro. Lo coge entre los dedos y está a punto de exhalar al rostro del replicante de Juan, cuando este le sorprende con un gancho zurdo a la mandíbula que obliga al transhumano a alzar el rostro y dejar escapar el humo por el diente que salta primero.

Seguidamente le barre las piernas del suelo. El replicante de Juan aprovecha el mismo giro del cuerpo y lanza otra fuerte patada circular contra Zeus, todavía en el aire, para mandarlo lejos de allí.

–Samantha, cielo, ¿sabes que tus perfumes apestan? –afirma el replicante de Elisa, y coge el cuchillo grande de cocina y el afilador del taco.

–Mi marido dice que según los informes de Inteligencia, vosotros no sois traidores. La prueba consiste en comprar esta niña y esperar a vuestra reacción. Si es la que esperamos, os debemos retener hasta que lleguen los refuerzos. Pero si el asunto se complica, el Ministerio de Defensa nos da carta blanca para actuar. Yo prefiero acabar con vosotros, sin más espera, labor que por supuesto voy a hacer con sumo placer. Por cierto, Elisa, tienes un gusto horrible para la ropa –inquiere, y toma un machete de carnicero, así como otro cuchillo grande de la misma madera.

Cruzan las miradas.

Samantha toma la iniciativa.

El replicante de Elisa bloquea con el afilador el machete de carnicero sobre su cabeza, a la vez que el filo del cuchillo grande aparta del pecho la punta del gemelo que ataca.

Dan un paso atrás en posición de defensa con las armas blancas. Ambas atacan entonces y pelean con el mismo patrón de movimientos. Y cada vez que se encuentran, saltan chispas de las armas.

–Cariño, dos minutos para que empiece a hervir el agua –sonríe Samantha.

Cambian a la par la forma de empuñar los cuchillos. Ahora con la hoja hacia abajo. Se repiten las secuencias de cortar, clavar y golpear tanto en el ataque como en la defensa del baile de cocina.

Elisa comienza a desesperar, pues el tiempo apremia en su contra y no hay debilidad en la defensa de Samantha. Esta usa la misma técnica del arte del cuchillo, sin duda, que aprende de los militares. De repente, un ruido capta la atención. Agudiza la vista y puede observar en el reflejo del machete de carnicero en alto, la figura a su espalda que se acerca en silencio. Es Maite, que apunta con su escopeta a la nuca. Elisa, a su pesar, comprende entonces que la joven transhumana no le deja más opción. El replicante de Elisa se agacha a velocidad sobrenatural e introduce el fino mango de madera en el cañón, justo en el preciso instante que el dedo aprieta el gatillo. El disparo hace estallar la culata e impulsa el afilador, para matar dos pájaros de un tiro.

Zeus apoya las manos en el suelo e impulsándose adelante con las piernas, se pone en pie. El replicante de Juan y Zeus emprenden la carrera al encuentro. Ambos lanzan las piernas en el intento de barrer al adversario. Se esquivan y chocan tanto los empeines como los talones a medio camino.

Entre las combinaciones de golpes de codos y rodillas, se suceden los continuos bloqueos.

Por fin, utilizan los puños y mutuas llaves de brazos para doblegar al adversario, sin decantarse la lucha por alguno de ellos.

Finalmente, encadenan golpes y técnicas marciales con todos sus recursos.

–¿Eso es todo? ¡Me aburres! –De repente, los ojos de Zeus se oscurecen y aumenta su volumen corporal, así como la velocidad para el combate.

Se zafa del puño derecho del replicante de Juan. Hunde su rodilla en el estómago de este y logra levantar los pies del suelo. Prosigue con el tremendo golpe de patada que lo envía al cielo.

–¡Estimado amigo! –exclama–. ¡Tienes el privilegio de ver a la nueva generación de soldados transhumanos con alteraciones genéticas!

El replicante de Juan solo ve esfumarse a Zeus y cómo aparece ante sí en el aire, sin que sus sensores capten registro alguno del rapidísimo salto. Como tampoco de los golpes que le asesta, sin posibilidad de defenderse, hasta que caen al suelo.

Los testigos de alarmas se encienden en aquel momento, a causa de los daños en puntos vitales del blindaje del replicante. La figura de Zeus se difumina en los ataques siguientes, sin dar oportunidad ni respiro al replicante de Juan; este, sin remedio, echa mano de la batería cilíndrica ante la inminente derrota.

El Libro sagrado de Isaac dice: «Aquel que hubiera sido tocado por mi Gloria, podrá transformarse en Mi mano derecha».

Zeus con las rodillas aprisiona los brazos e inmoviliza al replicante de Juan en el suelo. Alza el puño con la intención de asestar el remate final. Pero, ante su sorpresa, lo hunde en el rostro demoníaco de materia roja. Saca el muñón deshaciéndose y grita. Le mira la criatura de colmillos ígneos, abre las fauces y brota un haz de energía que vaporiza la cabeza del gran soldado transhumano.

El replicante de Elisa abandona la casa con la niña en brazos y se dirige al vehículo del aparcamiento. Después de asegurar a la niña en el pequeño espacio trasero, ocupa el asiento del conductor para arrancar el motor gravitacional.

–¿Juan, me recibes? –comunica por el canal seguro, cuando sale a toda velocidad del lugar.

–¡Estoy cerca! Te espero en la pista, sentido la comarcal –responde.

El replicante de Juan, a medida que se convierte en oni de llamas, visiona los segundos digitales que desaparecen a gran velocidad. Si los cálculos son correctos y añade la suma de la vez anterior, vez que le cuesta cinco años, resulta que aquello ya le descuenta diez años de vida.

La súbita deflagración en la pista hace que el vehículo vuelque y de vueltas de campana, antes de caer entre los viñedos.

El replicante de Elisa, con la niña en brazos, se apresura a escapar instantes previos a que la explosión las lance al suelo, entre la lluvia de chatarra envuelta en llamas.

De rodillas, alza los brazos, y la niña pequeña se abraza a la pierna del replicante. El campo de fuerza electromagnético detiene entonces los proyectiles de la división de carros de combate, lo cuales se descubren alrededor de la propiedad Anderson.

La figura demoníaca se desplaza a velocidad sobrenatural hacia la primera unidad. Da un gran salto y realiza piruetas en el aire. Al mismo tiempo que absorbe la munición de la ametralladora de calibre medio, cae en la parte superior de la torreta. Salta a la vez que dispara el rayo de energía calorífica contra el carro bajo él. Cuando aterriza en el siguiente carro, estalla el anterior. Abre las fauces y dispara contra los demás. Los vehículos explotan en pedazos, pues de nada sirve el blindaje ante los proyectiles de energía.

Ahora, su principal enemigo no es el ejército transhumano ante sí, sino, paradójicamente, el mismo tiempo.

Destruye los tanques y extermina las tropas de infantería con sus garras ígneas, en poco tiempo. Divisa numerosas estelas de misiles desde los helicópteros Apache, hacia el replicante de Elisa. La criatura oni salta sobre la cabina del primer aparato y exhala la erupción solar alrededor. Al momento, derrite al escuadrón completo.

Los testigos digitales alertan por debajo de los cinco minutos y aparecen ante los ojos

de Juan, para indicar que el tiempo de vida se agota.

La figura monstruosa se transfigura en el replicante de Juan, cuando cae entre los restos del aparato en llamas.

En cuanto toca el suelo, este empieza a correr tan rápido como le es posible. Activa las contramedidas y expulsa bengalas de la coraza para desviar a los misiles que se aproximan. Atraviesa a toda velocidad el escudo protector de energía y asimismo alza las manos junto al maltrecho replicante de Elisa, con la niña entre sus piernas, para unir fuerzas.

Pronto aparecen más carros de combates que disparan sin cesar proyectiles, además del fuego aéreo. De repente, las explosiones que impactan en el escudo invisible cambian a ondas de color azul eléctrico.

Estalla un brazo del replicante de Elisa y a continuación se despedaza la mano del replicante de Juan.

–¡Utilizan munición especial! –grita.

–Dos minutos para la expulsión y desconexión –aparece el mensaje digital por el rabillo del ojo–. Total de años consumidos: veinticinco.

El replicante de Juan, aún con el brazo que funciona en alto, abre las corazas del omóplato para expulsar la cápsula biomecánica de forma automática. Se vacía entonces el líquido amniótico y se articula la placenta transparente, a medida que la araña robótica cobra vida. Desconecta al anciano y le inyecta una fuerte dosis de morfina, ante el estupefacto replicante de Elisa.

El anciano se incorpora con el cordón de energía que conecta al pecho, muy despacio. Consigue moverse a duras penas del habitáculo. Pero las piernas no responden y como se ve incapaz de bajar por su cuenta, decide tirarse al suelo.

Se arrastra, con la manguera, hacia el gran replicante femenino.

Hace el esfuerzo y se sienta junto a este. Teclea un código en la diminuta pantalla táctil del tobillo metálico. Al momento, se desarma la coraza del gemelo y descubre el pulsador de emergencia.

Lo presiona.

El replicante de Elisa, acto seguido, también expulsa la cápsula.

–Dios mío, ¿qué has hecho? –le pregunta.

La anciana, todavía con el cordón que fluctúa energía del pecho al replicante activo, se agacha para abrazarlo, al amparo de los escudos invisibles, cada vez más débiles por los impactos azules.

–Te quiero –sonríe–, desde el primer día que nos presentan.

–No moriremos aquí, ni de esta manera, ¿me oyes? –le besa.

Juan se despega la bolsita con esparadrapo del costado. Coge un cigarrillo, pero escapa de las manos rugosas y temblorosas al suelo.

–Pero ¿qué haces? –en aquel momento, repara en el contador numérico del pecho de su marido, a punto de finalizar la secuencia atrás.

–Disfruta en la casita de la playa, por favor –mira también a la niña, que abraza la cintura de su mujer– ¡La civilización transhumana nos envenena el alma desde hace mucho!

–¡No te pienso abandonar aquí! ¿Me oyes?

–¡Tu tiempo es el pasado! Anula el testaferro y no pases el testigo de una causa perdida que arruine la vida de más parejas.

–No nos vamos sin ti –coge la mano de la pequeña.

–Elisa, por favor, ¿me puedes echar un vistazo al implante neuronal? Me duele mucho –se toca la base de la nuca.

Juan hace acopio de sus últimos esfuerzos hasta que se arranca otro esparadrapo de la espalda. Aprovecha entonces el descuido de su mujer al arrimarse y mirarle para desconectarla de la toma de energía e introducir en su lugar la baliza de emergencia en el conector dorado, junto al único pecho con vendas.

Antes de que articule palabra, la figura de la anciana con la niña se desmaterializa en el aire.

–Diez segundos –descuenta el corazón nuclear…

–Nueve –coge el cigarro y un encendedor…

–Ocho –lo enciende…

–Siete –aspira hondo…

–Seis –y expulsa el humo…

–Cinco –toma la foto…

–Cuatro –sonríe cuando la mira…

–Tres –se ve con una preciosa chica…

–Dos –la primera instantánea de novios…

–Uno –su vida pasa en imágenes junto a la mujer que ama…

–Cero –finaliza mi secuencia de vida en comunión con el replicante y voy a ser un arma de destrucción masiva… lo siento… Dios me perdone…

La detonación termonuclear ilumina la Metrópolis. Por un momento, esta se inclina y pierde altura según falla el sistema de gravitación, hasta que de nuevo se equilibra el impulsor magnético.

Mueren al instante los soldados del campo de batalla y cinco millones de civiles replicantes, a causa del terrible hongo de calor.

EN LA ACTUALIDAD

Elisa y la niña, en estado de *shock*, permanecen en la cabina de teletransportación mientras el reactor realiza el salto temporal de emergencia y traslada el complejo subterráneo de vuelta al presente.

La anciana se levanta despacio del asiento. Dirigiéndose a la compuerta, apoya la frente en el cristal de la ventanilla. Se quita la baliza del conector del pecho y la deja caer al suelo.

Sus puños comienzan a golpear el cierre metálico. Una y otra vez. Al compás de la luz que parpadea y el zumbido que ensordece.

–¡No, detente! ¡Te ordeno que vuelvas! –grita a la inteligencia artificial del complejo.

Sin embargo, la luz y el zumbido van en aumento. La niña se acerca a ella y otra vez abraza su cintura. Elisa entonces se da la media vuelta para también estrecharla entre sus brazos. Hasta que transcurre un instante de eternidad y todo cesa. La compuerta se abre lentamente con las luces rojas.

La anciana y la niña, salen a la sala en penumbras del reactor.

–Lo siento –excusa la geisha de vaporosas telas y colores en la pared de grafeno–, el protocolo de emergencia no permite interrumpir la secuencia. Como tampoco realizar otro salto temporal ahora mismo. Ambas debéis ir al habitáculo médico para realizar el chequeo pertinente.

–¡Código 19091973! –chilla Elisa. La inteligencia artificial se desconecta y Maiko desaparece– ¡No! Por nada del mundo pienso atender a razones del protocolo. Voy a dejar a la niña en mi casa y regreso a por él.

La anciana y la niña, en silencio, se visten con el equipo minero imprescindible. A continuación, montan en la góndola del teleférico para observar cómo poco a poco las luces del complejo se sumen en la oscuridad, hasta que desaparecen por completo de la vista. Llegan a la torre y toman el primer montacargas. Finaliza el trayecto. Recorren la galería que se apuntala hacia el siguiente elevador. En el túnel principal, Berta las acompaña hasta el ascensor.

Una vez que llegan al corredor de hormigón, Elisa se quita ropa y cuando abre el cierre de la puerta metálica con remaches, solo viste las exiguas prendas.

–¿Este es el famoso Libro de Isaac? –pregunta a la anciana, y coge la reliquia sin permiso.

Súbitamente, la voz de la niña adquiere dos tonos distintos, cuyo eco se mezcla en el salón de hormigón.

–El versículo dice así; «Jamás, cualquier persona, por cualquiera que sea su circunstancia, puede traerse al presente pasado» –la niña deja caer el Libro y agarra del lomo al topo gigante.

Ejerce una fuerza sobrenatural para levantarlo del suelo, sin aparente esfuerzo. Desencaja la mandíbula y en vez de lengua, extiende un aguijón para picar al animal que se agita en el aire.

A continuación, lo estrella contra el suelo.

–Pero…

Elisa da un paso atrás.

La niña pequeña se agarra del pelo con las dos manos y comienza a estirar, tan fuerte que al momento se deforma el rostro. Se raja en canal y lanza la funda de piel lejos de sí, para descubrir entonces su verdadera naturaleza.

–Esta humana hace años que no existe –habla la criatura esquelética y carente de vello corporal– Los científicos transhumanos me crean con el ADN de ella, en un laboratorio militar. Luego me abandonan no muy lejos del enclave de la resistencia del planeta Marte

–mira con sus pequeños ojos vidriosos y cuando ríe, muestra los dientes de sanguijuela–. Seguro que los periódicos transhumanos se hacen eco de la noticia y el maldito general recibe toda la gloria. Más bien, soy un arma biológica. La República Oni ya no emplea a sus soldados en la guerra, sino a especímenes como yo. Por procedimiento, nos liberan cerca de los asentamientos subterráneos humanos. Y una vez que estos nos encuentran y acogen, nosotros, los portadores, propagamos la enfermedad mutante por la población del enclave. Sin embargo, ahora, gracias a ti, Elisa, el futuro se puede reescribir. ¡No! ¡Ya no es de los humanos o los engreídos transhumanos!

La criatura, acto seguido, levanta la delgada extremidad. Extiende los dedos huesudos enfrente. Dispara las uñas con tal rapidez y fuerza que clavan a Elisa en la puerta metálica a su espalda. Berta, al mismo tiempo, se muta en un monstruoso animal que se yergue y camina hacia la anciana.

–¡El futuro es mío! También de mi nueva prole, tanto animales... –camina hacia la anciana– como humanos... –la mira con sus múltiples ojos vidriosos y después de desencajar la mandíbula, despliega el aguijón que supura líquido verde.

FIN

RETAZOS DE UN FUTURO INCIERTO

Por Ricardo García Hernanz

Zen y el arte del mantenimiento de la prótesis

Los trasplantes y tratamientos en caso de fallo o pérdida de un órgano cambiaron radicalmente a mediados de la primera mitad del nuevo siglo. Las prótesis dejaron de usarse y fueron sustituidas por la biomecánica, la electrónica y la ingeniería genética.

En un principio se usaban para paliar la perdida o amputación de un miembro, sustitución de órganos o reparación de tejido dañado, pero poco a poco se convirtieron en una moda y llegaron al consumo de masas. Los departamentos de marketing se frotaban las manos.

Con la proliferación del compuesto REIS-23 se paliaron en gran medida los efectos de rechazo que este tipo de trasplantes-implantes producían. Habíamos conquistado los mecanismos que unían nuestras células, anulábamos la posibilidad de rechazo haciendo que todo nuestro cuerpo aceptara cualquier elemento extraño como compatible.

Pero esto tenía sus pegas: ¿qué ocurre cuando se te mete una mota de polvo en el ojo... y el ojo no la detecta como extraña?

Al REIS-23 le siguieron los compuestos de tercera generación. Inhibidores específicos de materiales, lo que hizo que la selección en los materiales y las operaciones diversificaran el mercado de los implantes en un laberinto de corporaciones, mercados y clínicas.

Con esta proliferación económica surgió inevitablemente un mercado negro, que abarataba costes y utilizaba inhibidores de baja calidad, los llamados inhibidores de cuarta generación. Con el auge de las clínicas piratas y los inhibidores de baja calidad se creó un caldo de cultivo en el que empezaron a surgir los primeros brotes de llamada psicosis de inhibición.

Los pacientes parecían sufrir todos los síntomas psicológicos de un rechazo al implante con la peculiaridad de que los inhibidores impedían este rechazo. El cerebro del paciente se emborrachaba de adrenalina y se producía un aumento irregular de las secreciones de serotonina, lo que hacía que el trasplantado se mostrase irascible y desinhibido. La consecuencia directa era un brote psicótico en el que el usuario entraba en un estado violento sin precedentes en la historia médica, parecía que apagase su consciencia y actuase en modo automático.

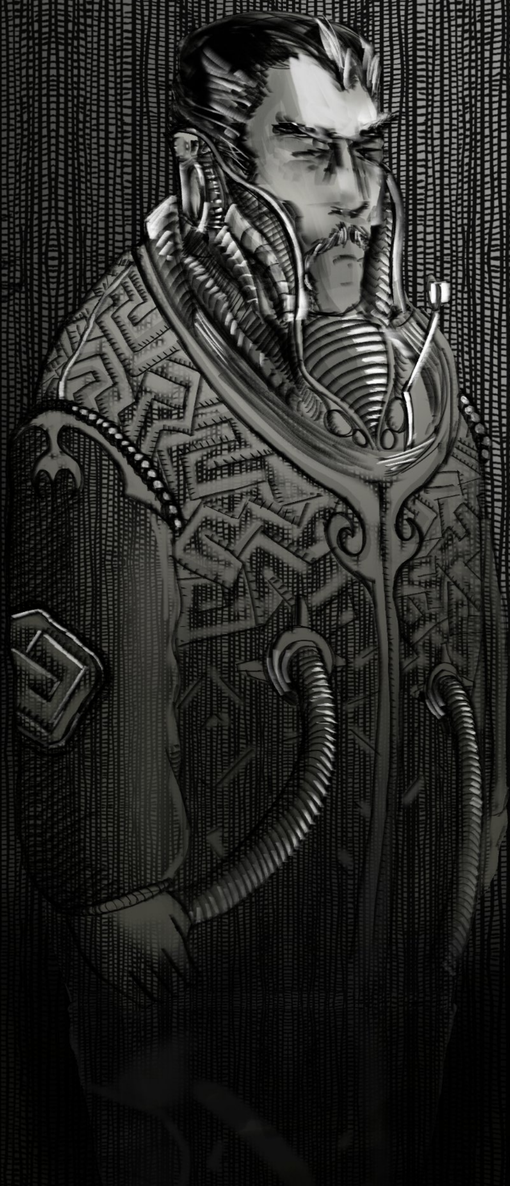
Entre los usuarios surgieron movimientos inspirados en el pensamiento oriental que proponían técnicas milenarias para intentar controlar estos desajustes cerebrales.

Técnicos trabajaron junto a gurús y místicos para diseñar nuevos periféricos específicos para la meditación. Surgieron las comunidades virtuales de implantados, sujetos que se enlazaban a través de una red privada y compartían sensaciones. Se abandonaron los viejos protocolos y se crearon unos nuevos adecuados a las necesidades de estas comunidades. Las interfaces de estos usuarios se basaron en sensaciones de tipo químico en lugar de los tradicionales estímulos de los sentidos.

Un nuevo lenguaje bioquímico surgió entre ellos. Un nuevo credo.

Y todo credo necesita su sacrificio de sangre, su buda, su Cristo en la cruz, su Odín en el roble.

Y ese mártir fue Tobías Dietrich.



«Tenía diez años cuando descubrí la ciencia ficción. Alguna visita dejó una revista en nuestra casa que me resultó novedosa. La revista era Wonder Stories Quarterly. *No recuerdo ninguna de las historias que contenía, pero la portada mostraba un monstruo gigante con escamas golpeando los grandes depósitos de gas que solían estar en las afueras de las ciudades. Nunca había visto algo como eso, por lo que leí todas y cada una de sus páginas. Y desee tener más... Porque en aquellos momentos aún no tenía idea de que había más.»*

Frederik Pohl

